

LAS COMPAÑERAS DE ADELA

Joseph Stefanelli, sm

**Servicio de Publicaciones marianistas
Madrid
1999**

**Dedico este trabajo
a las personas contemporáneas de Adela
que vivieron y trabajaron estrechamente con ella,
que fueron causa de preocupaciones y alegría para ella
y que llegaron a quererla
como amiga, hermana y madre espiritual.
También lo dedico a todas esas personas
que, aún hoy, continúan siendo
"compañeras de Adela".**

Créditos:

- © Joseph Stefanelli, SM, 1990.
- © Marianist Resources Commission, "North American Center for Marianist Studies", Dayton, Ohio 1990.
Traducción de Isabel García de Aizuru (Revisada por Emilio Ortega)
- © Servicio de Publicaciones Marianistas, Madrid 1999.

ÍNDICE

Prólogo	7
Siglas empleadas	8

PRIMERA PARTE: Candidatas en el Refugio (1816-1820)

1. Sor Teresa de Jesús (Clementina) Yannasch.....	10
2. Sor Espiritu Santo (Juana) Lion.....	18
3. Sor Marta	21
4. Sor Estanislao (María) Treille.....	23
5. Sor San Francisco (Francisac) Arnaudel.....	26
6. Sor María del Sagrado Corazón (María Águeda) Diché.....	28
7. Sor San Vicente (María Magdalena Cornier) de Labastide.....	36
8. Sor Santísimo Sacramento (Paulina) Yannasch.....	41
9. Sor Emanuel (María Rosalía) Lhuillier.....	43
10. Sor Ana (Catalina Isabel) Moncet.....	48
11. Sor Luis Gonzaga (María) Poitevin.....	50
12. Sor Santa Foy (Magdalena Virginia) Maréchal.....	57
13. Sor Dositea (Rosa) Gatty.....	59
14. Sor San José (Clara) Desgrange.....	64
15. Sor Isabel (Adelaida) Lespès.....	66
16. Sor Inés (Clara) de Casteras.....	67
17. Sor María José (Francisca Isabel) de Casteras.....	68
18. Sor Catalina (Magdalena) Duffau.....	71
19. Sor María Escolástica (Sofía) Dubernard.....	73
20. Sor Ángeles de Bernard.....	74
21. Sor Margarita (la primera).....	74
22. Sor Trinidad.....	75
23. Sor Apolonia.....	75
24. Sor Celestina.....	76
25. Sor Asunción.....	78
26. Sor Victoria (la primera).....	79
27. Sor Luisa María (María Gabriela Virginia) Drenne.....	81
28. Sor Visitación (Juana Foy) Souèges.....	83

SEGUNDA PARTE: Candidatas entre septiembre de 1820 y julio de 1824

29. Sor Isabel (Isabel) Degers.....	86
30. Sor Teresa de san Agustín (Eufrosia) Degers.....	87
31. Sor Felicidad.....	89
32. Sor Felicidad (María) Nicolas.....	90
33. Sor Rosalía (la primera).....	91
34. Sor Julia (María) Ransan.....	91
35. Sor Úrsula	92
36. Sor Angélica (la primera).....	92
37. Sor Elena	94
38. Sor Elena Habé (ver nota de la anterior).....	94
39. Sor Antonia (Isabel) Chales.....	94
40. Sor Anastasia Rangouse.....	95
41. Sor Santa Clara Delmas.....	95
42. Sor Susana Duffau.....	96
43. Sor Rosa (María) Armagnac.....	96

44. Sor Justina (Isabel) Cordé.....	97
45. Sor Adelaida (la primera).....	97
46. Sor María de la Encarnación (Carlota) de Lachapelle.....	99
47. Sor Serafina (Justina Bartolomé) Robert.....	111
48. Sor Juliana (la primera).....	114
49. Sor Melania (Juana) Boé.....	114
50. Sor San Salvador Caillet.....	115
51. Sor San Pablo.....	117
52. Sor Presentación.....	118
53. Sor Luisa María (María Juana Sofía) de Portets.....	119
54. Sor Isabel.....	121
55. Sor María de los Ángeles (Sofía) Latourette.....	122
56. Sor Victoria (la segunda).....	124
57. Sor Trinidad (María) Prébousteau.....	124
58. Sor Escolástica (María Deseada) Laffuge.....	125
59. Sor San Benito.....	126
60. Sor San Lorenzo (María) Faget.....	126
61. Sor San José (María) Durrenbach.....	127
62. Sor Angélica (Rosette).....	128
63. Sor San Dionisio.....	129
64. Sor Natividad.....	129
65. Sor Margarita (la segunda).....	132
66. Sor Magdalena (María Ana) Tissandier.....	133
67. Sor Genoveva de San Pedro (Genoveva) Prêtre.....	133
68. Sor Magdalena de Pazzi.....	134
69. Sor María Gabriela (Carlota) Waller.....	135
70. Sor Gabriela.....	136
71. Sor Francisca (María Catalina) Gary.....	136
72. Sor Sofía (la primera).....	137
73. Sor Sofía (la segunda).....	137
74. Sor Isabel Sénac.....	137
75. Sor Clotilde (Catalina) Delpech-Sauve.....	138
76. Sor Clotilde Lorman.....	139
77. Sor Clotilde Barrier.....	139
78. Sor Brígida (Antonia) Marche-Destouet.....	140
79. Sor Victoria de María (Ángela) Destouet.....	141
80. Sor Inés (María) Boudet.....	141
81. Sor Águeda.....	143
82. Sor Adelaida (la segunda).....	144
83. Sor Eufrosia (Aglaya).....	145

TERCERA PARTE: Candidatas entre julio de 1824 y enero de 1828

84. Sor Ignacio (María Teresa) Schmeder.....	147
85. Sor Javier (Francisca Águeda) Schmeder.....	148
86. (Sor) Carolina.....	148
87. Sor Lucía (María) Bouzeran.....	149
88. Sor Juliana (la segunda).....	150
89. Sor Margarita (la tercera).....	151
90. Sor Margarita (Ana) Bitali.....	151
91. Sor San Agustín (Segunda) Mandibéron.....	151
92. Sor Eulalia (Nais) Lafourcade.....	153
93. Sor Eulalia (Clotilde) Saubeau.....	154
94. Sor Josefina (Isabel) Barbier.....	155
95. Sor Isabel (la primera).....	156

96. Sor Gertrudis (Emilia) Boé.....	156
97. Sor Pelagia.....	157
98. Sor Pelagia Cézérac.....	157
99. Sor Úrsula (Catalina) Castaing.....	157
100. Sor Rosalía (la segunda).....	158
101. Sor Dorotea. (María) Castillon.....	158
102. Sor Leonor Grandet.....	159
103. Sor Trinidad [Espíritu Santo] (Margarita) Lafforgue.....	160
104. Sor Angélica Dayrenx.....	160
105. Sor Francisco de Regis (María) Thévenin.....	160
106. Sor Isabel (la segunda).....	160
107. Sor María de Jesús (Inés) Bernède.....	161
108. Sor Brunet.....	161
109. Sor Leocadia (Teresa) Voirin.....	161
110. Sor Juan Bautista.....	162
111. Sor María Teresa (Luisa) de Maignol.....	162
112. Sor Santa Clara (Paulina) Brun.....	163
113. Sor María de la Cruz Piquard.....	163
114. Sor Victoria [Emiliana] (María) Goux.....	163
115. Sor Teotista (Juana) Dumais.....	164
116. Sor Inés Bernès.....	165
117. Sor Leonor.....	165
118. Sor Germana.....	165
119. Sor Asunción Silhères.....	166
120. Sor Teresa de Jesús Silhères.....	166
121. Sor María Jacinta (Antonia) Hybres.....	167
122. Sor San Luis (Francisca) Campunant.....	168
123. Sor Angélica (María) Joly.....	168
124. Sor Angélica (la segunda).....	169
125. Sor Angélica (la tercera).....	169
126. Sor María Constanza (Catalina) Leroy.....	169
127. Sor Santa María (Ana) Charmel.....	170
128. Sor Esteban.....	170
129. Sor Delfina (María Magdalena) Moura.....	170
130. Sor María de Chantal.....	171
131. Sor Isabel Maillet.....	171
132. Sor Isabel Bordes.....	171
133. Sor Cecilia (Marta) Schmit.....	171

CUARTA PARTE: En el convento, pero no miembros del Instituto

134. La señora Yannasch.....	173
135. Eulalia.....	174
136. La señorita Dardy.....	175
137. La señorita Bruite.....	176
138. Las <i>Damas de Paravis</i>	177
139. Melania (protegida).....	178
140. La señora Clairfontaine.....	180
141. La señora Moira.....	183

QUINTA PARTE: Compañeras fuera del convento

142. María Teresa Foy (Sor Juana de Jesús) Diché Belloc.....	185
143. Amelia de Rissan (Sor Luisa de san José).....	187
144. Florentina Abeilhé (Sor Teresa de san Agustín)	189
145. Melania Figarol (Sor Javier).....	190
ÍNDICE ONOMÁSTICO	194

PRÓLOGO

El Instituto de las Hijas de María [Inmaculada], Hermanas Marianistas, fue fundado en mayo de 1816 por Adela de Batz de Trenquelléon. Entre esa fecha y la muerte de Adela, en enero de 1828, ingresaron en la Congregación más de 135 mujeres, al menos como postulantes. (Ver *Adèle*, App. E). Es prácticamente imposible determinar cuántas más fueron, ya que casi todos los datos disponibles correspondientes a ese período se encuentran en la correspondencia de Adela. Las 433 cartas existentes de aquellos años de su vida son una pequeña parte de todas las que escribió. Sin lugar a dudas, el resto de sus cartas contenían más nombres y más información acerca de las personas mencionadas en las cartas que conservamos. La mayoría de estas mujeres no permanecieron en el Instituto. Al parecer, algunas estuvieron en él solamente unas semanas del período de prueba; otras profesaron, incluso hicieron los votos perpetuos, pero luego dejaron el Instituto. De unas sólo conocemos lo que aparece en las cartas de Adela; de otras existe, además, información adicional en los archivos de la comunidad.

Todas estas mujeres, más de 135, formaron parte de la vida de Adela, de sus alegrías y de sus luchas, de sus esperanzas y desilusiones. Todas ellas fueron, sobre todo, parte de su amor, incluso aquellas a las que conoció muy brevemente. El presente trabajo es un intento de recrear la vida de algunas de ellas, utilizando fundamentalmente las cartas de la propia Adela.

De algunas de estas mujeres, especialmente de las que perseveraron en el Instituto, existe más información que la que aquí se da. *Este trabajo se refiere sólo a los doce años que Adela vivió como religiosa en el convento (1816-1828)* y de ningún modo pretende presentar las biografías completas de ninguna de ellas. De muchas, la información es incompleta: hay lagunas en la correspondencia, hay referencias indirectas, hay cartas en las que se usan solamente las iniciales para referirse a personas que nos son desconocidas.

Suponemos que el lector está familiarizado con la biografía de Adela y, por tanto, con el contexto en el que vivieron estas mujeres. El lector puede comprobar las referencias que se dan, y así sacar sus propias conclusiones.

Este trabajo se inició el 12 de octubre de 1987,
día de Nuestra Señora del Pilar,
y se terminó el 5 de septiembre de 1988,
fiesta de María, Reina de los Apóstoles.

SIGLAS

- ABT: *Lettres de Adèle de Batz de Trenquelléon*, 2 tomos, Roma, Filles de Marie Immaculée, 1985. Se cita el número de la carta.
- Adèle*: J. Stefanelli, SM, *Adèle*, Dayton, Marianist Resources Commission, 1989.
- AGMAR: Archivo General de la Compañía de María, Roma. Se citan sus siglas.
- ESC: Anónimo *Mère Marie-Joseph [Elisa] de Seignan de Casteras*, manuscrito, copia, Archivo de las Hijas de María Inmaculada, San Antonio, Texas. Se citan las páginas.
- POS: [Joseph Verrier, SM], *Positio super introductione causae et virtutibus servae Dei Adelaidis de Batz de Trenquelléon*. Ciudad del Vaticano, Typis Polyglottis Vaticanis, 1974. Se citan las páginas.
- RMS: *Religiosas marianistas en olor de santidad*. Madrid, Juan Bravo (Floreциllas de la Virgen) 1956. Se citan las páginas.
- ROU: Henri Rousseau, *Adèle de Trenquelléon*, Paris, Beauchesne, 1921. Se citan las páginas.
- GJC: *Lettres de M. [Guillaume-Joseph] Chaminade*, Nivelles (Bélgica), 1930. Se cita el número de la carta, incluyendo las cartas, o párrafos S del tomo 8º: *Suppléments et Nouvelles Acquisitions*.

PRIMERA PARTE:

Candidatas en el Refugio¹ (1816-1820)

¹ “El Refugio” fue la casa fundacional, en la ciudad de Agen, donde estuvo la primera comunidad hasta el 6 de septiembre de 1820. En esa fecha se trasladan a la casa de la calle Agustinos, donde las hermanas van a residir hasta hoy. “El Refugio” fue ocupado por la Compañía de María, que abrió allí su primer colegio de enseñanza primaria.

1. Sor María Teresa (María Julia Clementina Yannasch)

Clementina Yannasch nació el 16 de febrero de 1794 en Hamburgo, Sajonia, de una familia acomodada, probablemente de comerciantes. Siendo todavía niña, su padre trasladó la familia a España por motivos económicos o tal vez políticos. Al morir el padre, la madre de Clementina se fue con ella y su hermana pequeña, Paulina, a Puch, un pueblecito de unos 250 habitantes, a unos diecisiete kilómetros al noroeste de Feugarolles y Trenquelléon, aguas abajo del río Garona. Clementina, aún adolescente, era ya muy bella, igual que eran extraordinarios su carácter y sus modales. Muy pronto, tanto ella como su madre y su hermana comenzaron a ser invitadas a todos los bailes de moda y a los acontecimientos sociales de aquellos primeros años posteriores a la Revolución Francesa. Las tres fueron motivo de rumores, habladurías y, sin duda, de celos en aquellos ambientes. Por aquel entonces, la belleza y la personalidad de Clementina estaban inmersas casi exclusivamente en sus compromisos sociales, en sus ganas de pasarlo bien y en su deseo de seguir la última moda. (1)

Durante sus visitas sociales, que se extendían hasta más allá de Puch y Lompian, por lo menos hasta Tonneins, Clementina entró en contacto con un grupo de jóvenes pertenecientes a la Asociación de Adela, la *Petite Sociéte*, algunos de cuyos miembros vivían en el mismo Puch y en las ciudades y aldeas de alrededor. Las asociadas estaban disgustadas y molestas por las costumbres frívolas de toda la familia Yannasch, pero por otro lado deseaban reclutar en su Asociación a personas tan atractivas y ricas, ¡Menudo efecto produciría en todas las demás el hecho de que entrasen en su Pequeña Asociación!

Las asociadas plantearon la cuestión al padre Larribeau, párroco de Lompian, a unos cinco kilómetros de Puch, quien, sin duda, habría oído hablar mucho de la familia Yannasch. Larribeau formaba parte también de la Asociación de Adela; había sido incluso director desde 1807. Las nuevas amigas de Clementina la convencieron para que entrara en contacto con el padre Larribeau. Le impresionó tanto su trato, sus enseñanzas, amabilidad y entusiasmo que Clementina se convirtió. Cambió su estilo de vida antiguo por el de una cristiana auténtica, que el padre Larribeau había vuelto a despertar en ella, siendo pronto admitida en la Asociación. La consternación de sus amigas y conocidas fue enorme; su misma madre y Paulina juzgaban despreciable y ridícula la conversión de quien ahora se negaba siempre a participar en diversiones mundanas. Clementina comenzó a dedicar más tiempo a rezar, a hacer obras de caridad, a atender a los pobres; empezó a vestir con más sencillez y a ocuparse de sus nuevas tareas con un ardor tal que desconcertaba a todos cuantos la habían conocido antes.(2)

Al fin, la señora Yannasch fue en persona a ver al padre Larribeau, tal vez con la intención de protestar por la influencia de éste sobre Clementina. Pero ella misma se quedó tan impresionada por el talante espiritual de este hombre que muy pronto siguió el ejemplo de su hija mayor. La misma conversión tuvo lugar en Paulina, de manera que las tres mujeres de la familia se consagraron a su progreso espiritual, a la práctica íntegra de su religión y a las tareas de la Asociación. (3)

Al poco tiempo de su conversión, Clementina conoció a Adela en Lompian, en uno de los encuentros anuales de las asociadas, dirigido por el padre Larribeau. Aunque con cinco años de edad de diferencia, las dos coincidían tanto en el carácter como en los ideales. Por eso la atracción fue mutua y enseguida se hicieron grandes amigas. En las cartas de Adela, se menciona a Clementina por primera vez en octubre de 1814; Clementina tenía entonces veinte años. Había estado enferma, aunque ya se había recuperado, y Adela propuso a Águeda Diché, su corresponsal, que, en la novena de oraciones que había solicitado la señorita Momus, una asociada de Puch, se incluyera también pedir por la completa recuperación de Clementina. Cinco meses más tarde, el propio padre Larribeau se puso muy enfermo y en esta ocasión fue Clementina quien transmitió a Adela las noticias del médico, según las cuales, su director se recuperaría completamente. (4)

A principios de 1816, cuando alguna asociadas aspiraban a formar parte de la fundación religiosa planeada por Adela, Clementina volvió a caer enferma. Al parecer había otros obstáculos, aunque no sabemos bien cuáles, que impedían la entrada de Clementina y su hermana en el futuro Instituto. Adela le animó a plantear el problema abiertamente y a que le escribiera a ella -y probablemente también al padre Chaminade- exponiéndoles sus dificultades. Cualesquiera que fueran, se aclararon, porque Clementina entró en la nueva fundación. (5)

El 22 de mayo de 1816 Clementina llegó a Trenquelléon para unirse a Adela en la nueva aventura. A su llegada al castillo se le pidió que dirigiera una breve oración. Lo hizo con tal sencillez, fervor y espontaneidad que la baronesa, madre de Adela, quedó profundamente impresionada y recordaría el hecho muchos años después. Clementina estaba en la mansión de Trenquelléon cuando Adela se despidió de su familia y amigos. El 25 de mayo por la mañana, las dos, junto con María Treille y Juana Lion, salieron de Trenquelléon y se encaminaron a pie hacia Port-Sainte-Marie, a unos cinco kilómetros de distancia, donde subieron a un carruaje que las llevó a Agen. (6)

Con el asesoramiento de la señorita de Lamourous y más tarde con el del mismo padre Chaminade, la nueva comunidad comenzó su andadura en el Refugio. A pesar de las restricciones propias de la clausura, se dedicaban a muchas obras apostólicas, sobre todo a las obras de la Congregación de las jóvenes y de las señoras casadas. Clementina -ahora ya Sor María Teresa- decidió organizar un pequeño grupo de aspirantes, formado por las más jóvenes, que aún no tenían la suficiente edad para ser congregantes. Como no contaban con mucho espacio, por la cantidad de grupos que se reunían dentro del convento, Clementina celebraba las reuniones de su nuevo grupo bajo una higuera, en el jardín del convento. Esta "fracción de la higuera", de adolescentes de 10 a 15 años, tuvo mucho éxito. (7)

El padre Mouran, profesor (y más tarde superior también) del seminario mayor y superior eclesiástico del nuevo convento, fue quien dio este nombre tan poco común al pequeño grupo. También les daba catequesis y apenas podía contener su emoción cuando le manifestaban su intención de consagrarse a María. El padre Gardelle, superior entonces del seminario mayor y vicario general de la diócesis de Agen, decía que el bien que se hacía en la Congregación era mayor que el que se hacía en las escuelas; animaba continuamente a las hermanas a dedicarse de lleno a las chicas de 12 a 15 años, "formándolas para la primera comunión, en lugar de estar puliendo zoquetes para las escuelas". (8)

El padre Chaminade había dispuesto que las funciones de los tres oficios dentro de la nueva comunidad fueran rotatorios, para descubrir así las aptitudes y habilidades de cada una de las hermanas. Sor Teresa fue nombrada enseguida Jefe de Celo del Instituto recién creado. Junto con las otras pioneras tomó el hábito la víspera de Navidad. El padre Chaminade se mantuvo en contacto con ella a través de la correspondencia. A principios de 1817 pidió a todas las futuras religiosas que le manifestaran sus disposiciones respecto a su vocación religiosa. Tenían que hacerlo por carta, antes de su segunda visita al convento. Su respuesta a Teresa, como le decía a Adela, podía servir de norma para las demás. El padre Chaminade consideraba que una Jefe de Celo bien formada era un medio muy valioso para animar a la comunidad. (9)

Poco después, sor Teresa pasó una temporada difícil de dudas, llegando incluso a cuestionarse su vocación. En parte estaba influida por su vida anterior y por los años "perdidos" en esparcimientos mundanos, y tal vez por eso se preguntaba ahora si verdaderamente tenía vocación a la vida religiosa. También comenzó a tener dificultades en la oración, lo que confirmó sus impresiones negativas sobre sí misma y sus aptitudes. El padre Chaminade le aseguró que sus dudas y sus dificultades le serían de gran ayuda para crecer en humildad. Le aconsejó que evitara una excesiva evocación de su pasado: bastaba con arrepentirse y mirar hacia el futuro. Lo que debía hacer, según el padre Chaminade, era rezar con sencillez, sin demasiado autoanálisis y sin preocuparse excesivamente por el éxito de su oración. Sobre todo, debía continuar formándose espiritualmente de acuerdo con la Regla. El padre Chaminade insistía mucho en esto porque, en definitiva, la Regla encarnaba el espíritu del Instituto y precisamente en eso debía formarse. Teresa emitió los votos perpetuos el 25 de julio de 1817. (10)

Junto con Adela y sor Emanuel, Teresa desplegaba una gran actividad en la Congregación de las jóvenes. Además de estar presente en las reuniones generales, las hermanas empleaban mucho tiempo en entrevistas personales con las chicas y con las jóvenes, que venían a verlas espontáneamente, para hablarles de sus problemas, dificultades y dudas. Tenían tanto éxito que estas entrevistas llegaron a ocupar gran parte de su tiempo. Como los encuentros eran tan frecuentes, empezó a hacerse normal la tendencia a dispensarse de la "hermana oyente" presente en el locutorio, práctica común en las comunidades religiosas de entonces.

El padre Chaminade comprendió que el tiempo dedicado a estas entrevistas, aun siendo tan importantes como eran, y los descuidos en el cumplimiento íntegro de la nueva Regla tendrían efectos negativos en la comunidad. Una de las hermanas mayores, probablemente sor Espíritu Santo, ya se había quejado del mucho tiempo que pasaban en el locutorio. Por eso, el padre Chaminade aconsejó a

Adela, a sor Emanuel y a sor Teresa que redujeran lo más posible las entrevistas personales y que animaran a las jóvenes congregantes a buscar consejo en las Damas del Retiro, más que en las propias hermanas, que se limitarían a las reuniones generales y a breves sesiones con congregantes individuales. El padre Chaminade sabía que esta petición exigiría de las hermanas, y también de las congregantes, un gran sacrificio, por lo interesadas que estaban en ese trabajo, que, además, proporcionaba una gran satisfacción a las hermanas. Por eso, planteó la petición con mucha cautela y alentó a Adela a que fuera ella la primera en reducir las entrevistas. Después podría animar, con prudencia y caridad, a sor Teresa y a sor Emanuel a que siguieran su ejemplo. Ésta sería una buenísima ocasión para que practicasen la obediencia que habían prometido. (11)

Sor Teresa era muy competente en su cargo de Jefe de Celo. En las *Mémoires*, sor María José dice que era de una amabilidad y una religiosidad poco comunes. Cuando Clara, hermana de María José y prima de Adela entró a formar parte de la comunidad durante un tiempo, debió de compenetrarse enseguida con sor Teresa. Así, cuando empezaba a cuestionarse su continuación en el convento, fue a sor Teresa, como Jefe de Celo, y no a Adela, a quien le entregó sin cerrar una carta "romántica" dirigida a una amiga (que podría ser considerada como "peligrosa"), reconociendo que estaba enamorada de un cierto joven. Y es que sor Teresa mantenía también un contacto muy directo con las novicias, sustituyendo a menudo a la maestra de novicias, sor Sagrado Corazón, cuando ésta debía ausentarse del noviciado, lo que ocurría frecuentemente durante los primeros meses del Instituto, ya que sor Sagrado Corazón hacía también de enfermera cuando había muchas enfermas en la comunidad. (12)

Por aquellos años, sor Teresa tuvo que enfrentarse con algunos problemas y asuntos familiares. Su hermana menor, Paulina, también había entrado en el Instituto poco después de su fundación; ahora se llamaba sor Santísimo Sacramento. Pero enseguida comenzó a mostrar rasgos de inestabilidad mental. Durante años preocupó mucho a Adela y naturalmente a sor Teresa. Por otro lado, la señora Yannasch, viuda y sola tras la marcha de sus hijas, decidió vender las propiedades familiares, incluida la casa, y establecerse dentro del complejo del convento. Los ingresos por la venta de las propiedades formarían la dote de las dos hermanas y, además, servirían para pagar el alquiler del Refugio. Pero los eventuales compradores no cumplieron con los pagos, de manera que la señora Yannasch y el convento tuvieron que acudir al señor de Lacaussade para cobrar la deuda.

La señora Yannasch se hizo enseguida a la vida y trabajos del convento, y en particular a la Congregación de Damas del Retiro. Junto con otras congregantes participó en la peregrinación para la restauración y reparación del santuario de Buen Encuentro, cerca de Agen, que había sido destruido por los estragos de la Revolución. A pesar de sus continuos problemas de salud, algunos muy serios, la señora Yannasch hizo muchos trabajos para las hermanas. Tras la fundación del convento de Tonneins, visitó varias veces a su hija, llevando y trayendo recados para uno y otro convento. (13)

El padre Chaminade siguió manteniendo contacto con sor Teresa, animándola en su vocación y en su papel de Jefe de Celo de la comunidad, pues la tenía en gran estima. Cuando parecía que la correspondencia entre Adela y Emilia de Rodat llevaría a la fusión de las dos fundaciones, se preguntaban qué hermana habría que enviar a Villefranche para seguir con las negociaciones y para compartir con el grupo de Emilia la información y el espíritu de la fundación de Agen. El padre Chaminade creyó como lo más conveniente que fuese sor Teresa quien hiciera el viaje, ya que era la más preparada para transmitir el espíritu del Instituto (Adela estaba demasiado enferma para ir) En realidad el viaje nunca tuvo lugar, ya que monseñor Jacoupy intervino, insistiendo en que fueran las hermanas de Villefranche las que se trasladaran primero a Agen. (14)

Poco después, en la primavera de 1820, cuando se estaba planteando la fundación en Tonneins con el señor de Lacaussade, el padre Chaminade decidió que la propiedad debía adquirirse a nombre de Adela y de sor Teresa. En cambio, sor San Vicente, por ser más apta que sor Teresa para esos asuntos, fue a Tonneins para concluir las negociaciones. El padre Chaminade eligió a sor Teresa como primera superiora de este primer convento filial, que estaba dedicado a san José. En sus cartas a de Lacaussade, el padre Chaminade explicaba las razones que le llevaron a elegirla para este cargo tan importante: (15)

«Es una persona de gran valía -escribía-, como si Dios la hubiera llamado a hacer cosas grandes. Incluso su belleza física, realizada por una modestia poco común, buenas maneras y prudencia, acentúa las cualidades de su mente y de su corazón y le ayuda a solucionar las cosas muy

bien». De hecho, sor Teresa era tan bella, que en una ocasión un sacerdote dijo que procuraría recordar los rasgos de su cara cuando quisiese imaginar cómo debió de ser la Santísima Virgen en la tierra. (16)

La propia Adela estaba muy ilusionada con la nueva fundación y sus posibilidades apostólicas: Tonneins, ciudad medio protestante, ya contaba con un número considerable de congregantes y el convento de las hermanas sería un centro de irradiación y de actividad. Mientras tenían lugar las negociaciones, la salud de Adela era muy débil, por lo que el padre Chaminade la obligó a reducir sus actividades, especialmente las relacionadas con la Congregación. Por primera vez en catorce años no podía llevar a cabo su ministerio activo, lo que fue para ella un sacrificio muy grande y tuvo que compartir el trabajo con otras hermanas, especialmente con sor Teresa, que en esos momentos llevaba todos los asuntos internos de la comunidad, así como las responsabilidades de la Congregación, junto con sor Emanuel. Coincidiendo con estos hechos, la señora Yannasch enfermó. En medio de todos estos problemas, sor Teresa tenía que prepararse para la nueva fundación de Tonneins. (17)

Hacia finales de agosto de 1820 se hicieron los preparativos para la doble marcha del nuevo Instituto: del Refugio a los Agustinos y luego hacia la nueva fundación en Tonneins. El padre Chaminade pensó que todo ello requería su presencia en Agen. El 6 de septiembre, por la mañana temprano y bajo una cortina de agua, las hermanas, acompañadas por el padre Chaminade y Adela, y seguramente también por la señora Yannasch, la señora Belloc y otras damas, se dirigieron, a través de la ciudad, al nuevo local. Ese mismo día dos hermanas hicieron sus votos perpetuos como preparación para su marcha a Tonneins: sor Dositea y sor Santa Foy. Al día siguiente, sor Teresa, en compañía del padre Chaminade y de Adela, llevó la nueva comunidad a su hogar. Con ella, sor Dositea y sor Santa Foy iban también sor Espíritu Santo, sor san Francisco y sor Catalina. (18)

El grupo hizo en barca los treinta y ocho kilómetros que había hasta a Tonneins, y, a pesar de cierto recelo al principio, fue bien recibido por los habitantes de la ciudad. A su llegada, varias asociadas y congregantes dieron la bienvenida a las hermanas. Esa misma tarde, Adela, a pesar de su mala salud, celebró una reunión para organizar la Orden Tercera Secular, que finalmente fue confiada al cuidado de sor Dositea. El padre Chaminade, por su parte, recibió oficialmente a algunas de las asociadas como congregantes, animándolas en su misión con los habitantes de la ciudad. El obispo había pedido al párroco que acogiera este convento en su parroquia y había nombrado al padre Larribeau superior eclesiástico del mismo, tal como Adela había supuesto que haría. (19)

Unos días más tarde, el padre Chaminade regresó a Burdeos y Adela a Agen; sor Teresa, que entonces tenía veintiséis años, se hizo cargo de la nueva comunidad. Durante casi tres años, sor Teresa había sido Jefe de Celo en la comunidad de Agen y a menudo había tenido que sustituir a Adela en muchas de sus obligaciones como superiora. Sin embargo, ahora por primera vez toda la responsabilidad recaía sobre ella y era consciente de sus limitaciones. Por supuesto, no se la dejó sola. El padre Larribeau, superior eclesiástico de la comunidad, visitaba el convento bastante a menudo, a pesar de vivir en Lompian, a una distancia de más dos horas en coche de caballos. Había una habitación reservada para él fuera del recinto del convento. El señor de Lacaussade, que había contribuido tanto a preparar la fundación de Tonneins, siguió, con la ayuda de David Monier, supervisando los asuntos económicos y temporales de la comunidad. Con el tiempo también se convirtió en el médico del convento. Por otra parte, el padre Chaminade y Adela siguieron en estrecho contacto epistolar con sor Teresa. (20)

Nada más llegar a Agen, Adela escribió a sor Teresa la primera de las muchas cartas que le enviaría en los dos años siguientes. Adela le decía a sor Teresa que esta primera separación era la más difícil y dolorosa, pero que le ayudaría a sufrir por el Señor y a ser generosa con él; este dolor era el destino común de muchas fundadoras. Estas cartas contenían muchos detalles prácticos, espirituales y temporales, de la vida del convento, pero su propósito fundamental era alentar a sor Teresa en su nuevo cargo, tranquilizarla y apoyarla en medio de las dificultades, problemas y dudas. También para Adela la nueva fundación suponía nuevas responsabilidades; ahora ya no era únicamente superiora de un convento, sino Superiora General del Instituto (aunque le insistía a sor Teresa que no utilizara este título en su correspondencia). (21)

Sor Teresa dependía ahora de las cartas o de las visitas ocasionales desde Agen para tener noticias de su madre y hermana. La señora Yannasch seguía luchando contra su enfermedad y por entonces se encontraba lo suficientemente bien para ir a Tonneins a visitar a su hija. Sor Santísimo Sacramento sufría un proceso de deterioro mental, manteniéndose en el límite entre la normalidad y la inestabilidad mental. Pero la enfermedad también había visitado a las religiosas de Tonneins: sor

Teresa tenía informada a Adela sobre la salud de las hermanas, así como de los cuidados que el señor de Lacaussade les prestaba. También le pedía más personal, para que ayudara a las hermanas en las numerosas tareas del convento, especialmente cuando alguna caía enferma. Adela les mandó varias aspirantes y más tarde algunas profesas; enseguida se inició un movimiento bastante considerable entre las dos localidades. Adela también se mantenía en contacto con sor Dositea y sor San Francisco, que, con sor Teresa, eran las que más activamente trabajaban en las obras apostólicas externas del convento.

Sor Teresa comenzó a ejercer sus nuevas responsabilidades con gran energía; escribió unas listas completas de las congregantes y de los cargos en el grupo de las mismas y abrió Libros de Actas, tanto del Consejo de la Comunidad como de las reuniones de la Congregación. Debido a la localización geográfica del convento, también caía bajo su responsabilidad mantenerse en contacto epistolar con los diversos grupos de la Congregación, existentes en la región de Tonneins-Aiguillon. (Por entonces, Adela le recomendó que mejorara su letra, bastante ilegible, y su ortografía, que tampoco era muy buena, dado que, después de todo, el francés no era su lengua materna). Sor Teresa mantuvo a Adela al tanto de los acontecimientos de la Congregación, le daba noticias de sus reuniones, así como de los progresos en las clases gratuitas que habían comenzado a dar poco después de que se abriera el convento. Ella estaba encargada de la Congregación de las jóvenes, y sor Dositea le ayudaba en su trabajo con la Orden Tercera (22)

Evidentemente, su primera preocupación era la vida interna de la comunidad. A la vista de la mala salud de algunas hermanas, tenía mucho cuidado de no cargarlas con excesivo trabajo. Moderó algo la lectura en las comidas e incluso algunas de las oraciones de la comunidad, velando por su salud. Pero, sobre todo, ponía mucho empeño en animar a las hermanas a que estuvieran presentes en todos los momentos de esparcimiento de la comunidad, así como en los ejercicios espirituales. Como superiora, pedía a sus hermanas que le dieran cuenta de su vida espiritual, especialmente con ocasión del día de retiro mensual y enviaba informes de cada una al padre Chaminade y a Adela. Así, bajo la guía prudente de Adela, aprendió a dirigir a cada hermana según la gracia personal de cada una, adecuando sus consejos y ánimos a sus necesidades personales. Adela le recordaba que tan peligroso es adelantarse al momento de la gracia como no seguirla en cuanto se la conoce. (23)

El cuidado de la observancia de la clausura era una responsabilidad que no podía delegar en otras. Como ni el obispo ni el padre Larribeau vivían cerca, sor Teresa tenía que tomar sus propias decisiones, a veces después de haber pedido consejo a David [Monier], si estaba cerca o a Adela. La habitación que el padre Larribeau tenía en Tonneins estaba fuera del recinto de la clausura, y las hermanas que querían consultarle algo, sólo podían hacerlo con su permiso previo o con el de sor Teresa. Al padre Laumont, cuando iba de visita, se le recibía en una habitación fuera de la sacristía; sin embargo, también se le dejaba entrar en la clausura si la ocasión lo requería.

A pesar de que los diversos edificios del convento no estaban totalmente cercados por un muro o una valla, la zona de clausura de las hermanas estaba bien definida. La casa del jardinero se hallaba fuera de la clausura, aunque como su mujer y su hija hacían a menudo encargos para las hermanas, solían entrar en el convento. Cuando la señorita Momus y otras congregantes de Lompian o de Puch iban de visita, no tenían libre acceso al convento: comían en la habitación del padre Larribeau y debían observar la regla de silencio, excepto durante el tiempo de recreo de las hermanas o cuando las visitaban en el locutorio. (24)

A sor Teresa le resultaba difícil encontrar el momento adecuado para hacer el retiro mensual de la comunidad y permanecer fiel a ese momento. Rodeada como estaba de tantas ocupaciones como superiora, tenía que prepararse de antemano para permanecer interiormente lo más libre posible de todas las obligaciones exteriores. Después de pasar un tiempo con cada una de las hermanas, informándose de los progresos en su vida espiritual y escuchando sus necesidades y deseos, ponía el máximo empeño en reservar un momento para ella misma.

Adela le aconsejaba, utilizando las palabras de San Pablo: «Temo que, después de haber predicado a los otros, yo mismo sea rechazado». Sor Teresa también recordó las palabras del padre Chaminade, repetidas por Adela: «Con religiosas santas haremos muchas cosas, con religiosas imperfectas casi nada». Consciente de que su propia perfección era su mayor reto, trató de imitar el ejemplo del padre Chaminade: parecía que nunca tuviera prisa, siempre mostraba un gran dominio de sí misma, hacía todo bajo la influencia de la gracia. (25)

Para la joven superiora, la vida en el convento no estaba exenta de problemas: tenía que trabajar con ahínco para lograr un espíritu de caridad y unión entre las hermanas, especialmente cuando los conflictos de personalidad o las diferencias de opinión amenazaban la armonía de la vida de comunidad. Tuvo que hacer frente a las murmuraciones de la gente de la región: decían que los padres de las alumnas robaban a sus amos para entregar algo a las hermanas. Por otro lado, el cúmulo de enfermedades que habían comenzado a tener las hermanas desde el principio mismo de la fundación en el Refugio continuó asolando a la nueva comunidad. Teresa tuvo que mostrarse muy delicada al comunicar a sor Catalina la noticia de la muerte de su madre, así como a sor Dositea la de la muerte de su querida hermana. También tuvo que presionar al abogado de los Yannasch, en Puch, para que cobrase a los compradores de las propiedades de la familia y se ocupó de que la señora Verdier, antigua dueña de las propiedades del convento de Tonneins, fuera cuidada y atendida durante su enfermedad, como lo había dispuesto el padre Chaminade. (26)

Pero también había cosas positivas evidentemente: la Congregación prosperaba, algunas de las aspirantes a la vida religiosa parecían muy valiosas, las clases para los pobres iban viento en popa, la Orden Tercera Secular se desarrollaba y ampliaba su campo de acción bajo la dirección de sor Dositea. Poco a poco se creó una pequeña biblioteca para la comunidad. Situada Tonneins en el camino entre Agen y Burdeos, constituía una parada para los hermanos que iban de viaje, para los miembros de la Congregación, para la señora Belloc, para David Monier en los numerosos viajes de negocios que hacía por cuenta del padre Chaminade e incluso para los alumnos de la pequeña escuela que Emilia de Rodat tenía en Villefranche. De esta manera, la comunidad se mantenía en estrecho contacto con el resto del Instituto y sus obras. Sin embargo, Adela se lamentaba que sor Teresa no siempre era fiel en la correspondencia con algunas de las hermanas de Agen. (27)

Como superiora, sor Teresa estaba muy centrada en la tarea de discernir y poner a prueba las posibles vocaciones de la comunidad, así como en la formación de las postulantes antes de ser enviadas a Agen para hacer el noviciado. Sin embargo, y contrariamente a las expectativas del principio, el número de las aspirantes que venían de la región medio protestante de Tonneins era bastante escaso. Por otro lado, le resultaba difícil despedir a las que ella o Adela consideraban que no eran adecuadas para el Instituto, realizando esta tarea con gran delicadeza e interés personal, como lo demuestra el hecho de que continuase recibiendo en el locutorio a las que se habían marchado, pero volvían en busca de algún consejo. Por ejemplo, Clara, la prima pequeña de Adela, estuvo en Tonneins, después de dejar el convento, para hacer un retiro bajo la dirección de sor Teresa. Clara era, según palabras de Adela, «la pequeña misionera de Trenquelléon». Entre las candidatas que perseveraron hubo algunas que resultaron excelentes en el noviciado de Agen. (28)

La pobreza era una realidad tangible en la joven comunidad y seguramente eso era para sor Teresa algo especialmente difícil teniendo en cuenta el estilo de vida y las comodidades a las que había estado acostumbrada antes. La idea era que el convento viviera de las dotes de las hermanas, pero la mayor parte del dinero se había gastado en la compra de la propiedad de Tonneins y en el pago del alquiler del Refugio. Teresa probó suerte incluso en la lotería local, aunque, desde luego, jugando pequeñas cantidades. Mientras sor Espíritu Santo era responsable de las finanzas de la comunidad, sor Teresa se hacía cargo de las del mantenimiento de la casa. Adela le prohibió aceptar de los miembros de la Orden Tercera los bienes de los que éstos quisieran desprenderse para practicar su propia forma de pobreza, porque temía que aceptar estos regalos podía comprometer al convento de alguna manera. Las de la Tercera Orden debían repartir esas cosas o venderlas y dar a los pobres lo que obtuvieran por la venta. (29)

Acosada, como estaba, por las necesidades de la comunidad y por todas sus ocupaciones, que no aportaban ningún ingreso al convento, sor Teresa escribió a menudo a Agen pidiendo ayuda económica. Pero en Agen la situación no era mejor: «Debemos dinero a todo el mundo, y con intereses», le decía Adela, que le pedía confianza en la divina Providencia y paciencia. En una ocasión Adela se molestó con sor Teresa, cuando ésta tomó prestada una pequeña cantidad de dinero de la Caja de los Pobres en lugar de habérselo pedido a la administradora de la comunidad, sor Espíritu Santo. En otra ocasión, sor Teresa provocó la indignación del padre Chaminade cuando se atrevió a sugerir que sor Encarnación debía pagar habitación y hospedaje, como las novicias, si la destinaban a Tonneins; sin embargo, permitió que se pusiera a nombre de sor Teresa un pequeño viñedo que el señor de Lacaussade había adquirido para la comunidad. (30)

Cuando aún no llevaba dos años en Tonneins, Teresa cayó gravemente enferma. Lo que no está claro es si se trataba de una reaparición de la enfermedad que había sufrido antes de la fundación o si era, una vez más, el «síndrome de consunción» que había afectado a las hermanas desde los primeros años del Refugio. La señora Yannasch se apresuró a ir a Tonneins para estar con su hija y Adela envió más personal para que ayudaran a la comunidad en sus muchos trabajos. El señor de Lacaussade se encargó de cuidar la salud de la superiora. El padre Chaminade propuso que la llevaran a Agen, para que descansara y para que las hermanas la cuidaran, pero tenía que tener el consentimiento previo de Lacaussade, en quien confiaba más que en los médicos de Agen. A Adela le abrumaba la idea de perderla y pidió las oraciones de las hermanas, de las congregantes y de la comunidad de Villefranche. Por eso, cuando la salud de sor Teresa mejoró notablemente, Adela se alegró enormemente y escribió al señor de Lacaussade, dándole las gracias por lo que había hecho en favor de la comunidad. (31)

En julio de 1822, sor Teresa se encontraba restablecida. Pudo ir a Agen a hacer los ejercicios espirituales y a encontrarse con sor Emilia y sus compañeras de Villefranche. Volvió a Tonneins para reemprender su trabajo, aunque aún no estaba lo suficientemente recuperada; entonces Adela envió a su prima sor María José a Tonneins para que ayudara a sor Teresa. Al año siguiente, cuando se acercaba ya al final de su tercer año como superiora, el padre Chaminade pensó destinarla a Agen, donde sus funciones como Jefe de Celo serían más llevaderas que las de superiora de Tonneins. Sin embargo, en agosto no estaba lo suficientemente bien como para viajar, y en octubre tuvo que guardar cama: su estado era muy grave y la comunidad estaba desolada. (32)

Adela envió a Tonneins a su mejor amiga, sor Sagrado Corazón (Águeda Diché), para que ocupara el puesto que Teresa ya no podía desempeñar. «Se me rompe el corazón -escribía a sor Emilia- ante un sufrimiento tan grande... Madre Teresa se está muriendo como una santa, con la sonrisa siempre en sus labios, hablando solamente del cielo, donde está convencida que encontrará el descanso final. Reza por mí, para que imite sus virtudes». Y animó a la enferma a ofrecer su sufrimiento por el Instituto, por la santidad de sus miembros y para que los superiores tuviesen la gracia de la luz divina. (33)

El 3 de noviembre de 1823, a las diez de la noche, sor María Teresa murió, consciente hasta el último momento y dando gracias a Dios por su vocación. Aún no había cumplido los treinta años. Fue enterrada en el jardín del convento de Tonneins. Era la primera hermana que moría allí. Adela confesó a sor Dositea que estaba «muy contenta de que la hermana no dejara la clausura ni siquiera después de morir». (34)

El padre Chaminade, en carta a David Monier, afirmaba que sor Teresa había muerto como una santa. Dos semanas más tarde, en una carta colectiva dirigida a los miembros de la nueva comunidad establecida en Saint-Remy, escribía: «La madre Teresa, superiora del convento de las Hijas de María de Tonneins, murió en olor de santidad el pasado 3 de noviembre. Desde su muerte, el Instituto de las Hijas de María experimenta claros signos de su protección». Una semana más tarde, Adela escribía en los mismos términos a sor Sagrado Corazón: «Tengo que decirte que creo que madre Teresa es una gran protectora para nosotros» y citaba como ejemplos el extraordinario cambio en la conducta de la madre San Vicente, así como la "conversión" de la hermana de madre Teresa, sor Santísimo Sacramento. Incluso David Monier, que no era muy dado a sentimentalismos, pidió a las hermanas «oraciones y lágrimas» para conseguir otra madre Teresa, tan necesaria para el Instituto. (35)

A principios del año siguiente (1824), después de que la señora Yannasch volviera de un viaje a Tonneins con algunas postulantes y necesitando un buen descanso, Adela aseguró a sor Sagrado Corazón que ellas podrían cuidarla: «El recuerdo de su hija hace que la queramos doblemente». Y en julio, cuando de camino a la fundación de Burdeos se detuvo en Tonneins, vio que «el espíritu de la madre Teresa» se respiraba por todas partes y con gran respeto se arrodilló delante de la tumba de su querida hermana. (36)

NOTAS:

- (1) ABT.vol.2.p.611;ROU.412-416;RMS.007-020
- (2) RMS.007-020

Compañeras de Adela. Stefanelli

- (3) ABT.vol.2,p.611;RMS.007-020
- (4) ABT.251;265;279.
- (5) ABT.290;292
- (6) ABT.305;ROU.414
- (7) ABT.307.
- (8) ABT.307;ROU.333;379;727.nota a.
- (9) GJC.083.
- (10) GJC.083
- (11) GJC.086;087;088
- (12) ABT.337;351;POS.546.MEM.
- (13) ABT.305;339;378;380;385;386.
- (14) ABT.372;GJC.065;136.
- (15) GJC.136.
- (16) RMS.015;GJC.136.
- (17) ABT.373;377;378.
- (18) ABT.403;415;418;421.
- (19) ABT.374
- (20) ABT.408;417;ROU.416;POS.550.MEM.
- (21) ABT.402;421.
- (22) 404;433.
- (23) ABT.429;433.
- (24) ABT.429;433
- (25) ABT.409;436;444.
- (26) ABT.410;414;421;422;431;437;466;GJC.162.ter.
- (27) GJC.191;194;ABT.414;415;425;433;437;453;454;459.
- (28) ABT.435;437;GJC.186;191;194.
- (29) ABT.447;464.
- (30) ABT.429;GJC.209;233.
- (31) ABT.472;475;GJC.206;207.
- (32) ROU.465;GJC.243.
- (33) ABT.484;486.
- (34) ABT.488;489.
- (35) ABT.490;492;495;GJC.257;260.
- (36) ABT.503;ROU.493.

2. Sor Espiritu Santo (Juana Lion)

Sor Juana Lion, como Clementina Yannasch, había nacido en Puch y con ella fue al castillo de Trenquelléon el 22 de mayo de 1816. Probablemente, la señorita Lion, como la llamaba Adela, fue religiosa antes de la Revolución francesa. Tenía alrededor de sesenta años en el momento de la fundación y lo que cuenta Adela, citada en las *Mémoires*, acerca de una «anciana y venerable religiosa» bien puede referirse a ella. Juana Lion estaba presente en Trenquelléon, junto con Clementina Yannasch y María Treille, cuando Adela se despidió de su familia y amigos. Formó parte del pequeño grupo que salió del castillo en la mañana del 25 de mayo y fue una de las fundadoras del Instituto. Tomó el hábito e hizo los votos perpetuos con el resto de las fundadoras. (1)

Durante los primeros meses en el nuevo convento, fue la señorita Lion, ahora sor Espiritu Santo, quien introdujo a la comunidad en las reglas tradicionales de la observancia de la clausura. Se la nombró portera y Adela consideraba que esta antigua religiosa era un «muro de protección que defendía el claustro». Sor Espiritu Santo compensaba la inexperiencia de la nueva comunidad, dirigiéndola poco a poco a una mayor observancia de la clausura, recordando a sus hermanas los reglamentos y las "normas de reserva" incluidas en la Regla, que, según confesó la misma Adela, al principio se pasaron por alto demasiadas veces.(2)

Sin embargo, ya al año siguiente, sor Espiritu Santo empezó a ser un problema para el convento y el propio padre Chaminade reconocía que era una de las cruces que el Señor había enviado a la comunidad. Tenía la buena hermana un temperamento demasiado sensible y una imaginación ardiente; además, era demasiado obstinada e inflexible en sus posturas. Si creía que se había infringido la Regla o que se había dado un permiso injustificado para entrar o salir de la clausura, no paraba hasta que el problema se resolviera de acuerdo con sus puntos de vista. Hacia octubre de 1817, sus rarezas habían alcanzado proporciones alarmantes. Cuando el padre Chaminade fue consultado, recomendó a la comunidad que fuera caritativa con ella y que rezara. Sin embargo, por miedo a que su conducta diera motivo a la gente de fuera para hablar mal de la comunidad o a que se les despertara demasiada curiosidad por enterarse de las cosas del convento, recomendó que se nombrara a otra "hermana oyente" para el locutorio y que sor Espiritu Santo fuera retirada de la portería del convento. Al mismo tiempo, recomendaba a Adela que actuase de forma que no empeorase la actitud de la hermana y le pedía que consultara con el padre Mouran cómo afrontar del mejor modo posible el problema. (2)

Cualesquiera que fuesen las medidas que se tomaron, fueron eficaces, ya que, pocos meses después, sor Espiritu Santo era nombrada de nuevo portera. Pero incluso entonces, el padre Chaminade tuvo que tranquilizarla asegurándole que no quebrantaba la clausura cuando la dejaba por un momento para despedir a las visitas. Si esta conducta hubiera sido contraria a las estrictas reglas de clausura que se observaban antes de la Revolución, ahora encajaba perfectamente con la nueva interpretación que se hacía del voto de clausura de las hermanas. De todas maneras, el padre Chaminade esperaba encontrar alguna solución para aliviar la conciencia demasiado sensible de sor Espiritu Santo. (4)

En una ocasión, una congregante se desmayó cuando sor Emanuel, una de las hermanas más populares, salió de la sala de visitas después de haber tocado el piano. Sor Espiritu Santo estaba convencida de que el desmayo era consecuencia de un excesivo apego a la hermana, por lo que dijo a Adela que si por ella fuera, nunca más permitiría que las dos se reunieran en el locutorio. Insistió tanto que Adela le prometió consultar el asunto con el padre Chaminade y seguir sus consejos. Cuando la superiora no se encontraba bien, y a pesar de ello iba a las reuniones o daba la clase de catecismo, su solícita y siempre vigilante hermana le reñía abiertamente. (5)

Durante el invierno de 1819-1820, sor Espiritu Santo pasó por un período de graves tentaciones contra la fe. Decía que no podía hacer un acto de fe, ni confesarse con el padre Mouran ni con el padre Gardelle. El padre Maillé fue a verla y pudo devolverle un poco la calma. Al padre Chaminade le pareció bien este nuevo arreglo, pero sor Espiritu Santo empezó a sentirse amargada y a sospechar de la correspondencia que el padre Chaminade mantenía con otras hermanas del convento, pensando que quizá hablaban de ella. (6)

Cuando tuvo lugar la fundación del convento de Tonneins, sor Espiritu Santo fue destinada allí, encargada de los asuntos materiales y económicos. Poco más tarde cayó enferma. Sin embargo Adela no se preocupó demasiado, porque sor Espiritu Santo se acatarraba y tenía fiebre con frecuencia.

Pero esta vez la enfermedad se prolongaba, y, según la propia enferma, se agravaba por la ineptitud de la joven postulante que le habían enviado de Agen para ayudarla en su trabajo. (7)

En su correspondencia con sor Teresa, superiora de Tonneins, Adela tenía siempre mucho cuidado de mandar saludos para sor Espíritu Santo, a la vez que la animaba a obedecer y confiar en su superiora. Al mismo tiempo, insistió en que sor San Francisco sometiera su conducta al consejo de sor Espíritu Santo, por ser ésta la Jefe del oficio de Asuntos Temporales, e incluso reprendió a la misma sor Teresa por haber cogido algunas monedas de la Caja de los Pobres, en lugar de habérselas pedido a sor Espíritu Santo. (8)

Durante el invierno de 1820-1821 se cebó la enfermedad en ambos conventos y sor Espíritu Santo no fue una excepción. Adela reconvino a sor Teresa por haber permitido que sor Espíritu Santo guardara el ayuno cuaresmal, sobre todo viendo el esfuerzo físico tan duro que tenía que hacer la hermana. Adela recordó a la superiora que el año anterior, en Agen, no se autorizó a ayunar a sor Espíritu Santo. Además, resaltó lo valioso que era el trabajo que hacía la hermana y lo importante que era que gozara de buena salud para seguir trabajando en la viña del Señor. Esta preocupación por la salud era mutua: sor Espíritu Santo estaba preocupada por los rumores que corrían acerca de la salud de Adela, quien le aseguró que durante aquel año ni siquiera había tenido un resfriado. (9)

Sor Espíritu Santo no sólo era responsable de los asuntos materiales. Como a las otras hermanas, le llegó el turno de dirigir la oración de la comunidad. En el retiro anual de 1821 fue encargada de leer la Regla, así como de preparar los puntos para el examen de conciencia de la comunidad. La preocupación de Adela por el crecimiento espiritual de la hermana se manifestaba de muchas formas. Rezaba para que sor Espíritu Santo creciera en amor a la obediencia e insistió en que fuera la primera en ver al padre Chaminade cuando éste hizo la visita del convento en el verano de 1821. Se alegró al saber que el padre Larribeau se había encargado de la dirección espiritual de la hermana. Cuando tenía tiempo, Adela le escribía personalmente; cuando no, incluía algunas líneas para ella en sus cartas a sor Teresa, a sor Dositea y, tras la muerte de sor Teresa, a sor Sagrado Corazón. (10)

En el transcurso de su visita al convento en 1822, el padre Chaminade tuvo que escuchar las quejas de sor Espíritu Santo referentes a la situación económica de la casa. Le contó que, al menos en dos ocasiones, la caja de la comunidad se había quedado reducida a cinco o seis francos. Cuando el padre Chaminade le preguntó cuánto dinero disponía la comunidad en el momento de su fundación y si las hermanas habían pasado alguna vez verdadera necesidad, sor Espíritu Santo tuvo que reconocer que en el momento de la fundación no tenían nada y que jamás habían pasado auténtica necesidad. El padre Chaminade le dijo entonces que tenía miedo de que la preocupación que ella sentía por el futuro pudiera ser un obstáculo para los planes de la Providencia; aunque también le dijo que si alguna vez pasaban por serias dificultades, se lo hiciera saber de inmediato. (11)

A principios de 1823, Adela pudo enviar a Tonneins a una hermana joven para que ayudara a sor Espíritu Santo en su trabajo. Cuando más tarde sor Teresa, la superiora, estuvo gravemente enferma, Adela encargó a sor Espíritu Santo que diera una charla religiosa semanal a la comunidad y unas semanas después envió al convento varios libros de espiritualidad, prestados por la baronesa. (12)

Después de la muerte de sor Teresa (noviembre de 1823), fue sor Sagrado Corazón quien tuvo que informar de las excentricidades de sor Espíritu Santo. Adela le pidió que tuviera paciencia y que hiciera un poco la vista gorda a ciertas actuaciones de la hermana, porque el ejemplo de la buena hermana no era contagioso. Más adelante, cuando la situación se volvió más tensa, Adela escribió directamente a sor Espíritu Santo. Parece ser que una de las quejas de esta hermana contra la nueva superiora de Tonneins era que escribía cartas durante el tiempo de recreo. Adela le dijo a sor Espíritu Santo que ella hacía lo mismo cuando no disponía de otro momento. (13)

En la primavera de 1825, sor Espíritu Santo cayó otra vez enferma, esta vez gravemente. Los médicos no tenían ninguna esperanza de que se curara (efectivamente, murió seis meses más tarde). Adela pidió que se rezara por ella y se preocupaba por la hermana que, confinada en su habitación, no podía recibir la comunión. Adela le escribió directamente y también le daba ánimos y saludos a través de las cartas que escribía a sor Sagrado Corazón y a otras hermanas. «A menudo pienso en ella - escribía-; no os olvidéis de ella ante Dios». En otra carta decía: «Mando un abrazo a todas las madres y hermanas, pero sobre todo a sor Espíritu Santo». La llamaba «mi hermana mayor» y «mi querida hija». (14)

En octubre, en una carta a sor Sagrado Corazón, Adela decía que rezaba por sor Espiritu Santo para que se entregase y resignase a la divina Providencia. Como el sufrimiento de la enferma se prolongaba, Adela le aseguró que eso era una prueba del amor de Dios, que prefería que sufriera en este mundo en lugar de sufrir en el otro. Debía perseverar en la paciencia y en la conformidad con la divina voluntad, porque el alma se fijaría para toda la eternidad en las disposiciones que tuviera en el momento de la muerte y la conformidad con la voluntad de Dios era la antítesis de la condenación. (15)

En noviembre de 1825, como ya era evidente que no se iba a recuperar, se le permitió recibir la comunión en la cama, de lo que Adela se alegró. Los dos conventos siguieron rezando para que Dios la sostuviera hasta el final y la recibiera en el paraíso. Sor Espiritu Santo murió el 28 de noviembre de 1825, el mismo día en que Adela escribía una vez más a Tonneins para enterarse de las últimas novedades sobre el estado de la hermana y para decir que todas seguían rezando por ella. Después de sor Teresa, era la segunda de los miembros fundadores de la comunidad de Tonneins que moría. Dos años más tarde, Adela evocaría el aniversario de su muerte y recordaría a las hermanas la obligación que tenían de rezar por las que las habían precedido en el cielo. (16).

NOTAS:

- (1) Ver:POS.549.MEM; *Adèle*,App.D Nota especial 75;ABT.305.
- (2) POS.549.MEM.
- (3) ABT.323;GJC.093S;POS.549.MEM.
- (4) GJC.096S.
- (5) ABT.342;343;365.
- (6) ABT.367;371;375.
- (7) ABT.378;407;409;415;416.
- (8) ABT.421;423;429.
- (9) ABT.427;431.
- (10) ABT.441;444;448;449;456;457;483.
- (11) GJC.209.
- (12) ABT.479;486;508.
- (13) ABT.518;544;545;559;603.
- (14) ABT.545;576;581;583;588;593;594;598;600;601.
- (15) ABT.609;614;615;619.
- (16) ABT.622;624;626;722;736.

3. Sor Marta

Aunque sor Marta fue una de las fundadoras de la primera comunidad, en Agen, se sabe muy poco de ella, excepto que había sido religiosa antes de la Revolución. Se la menciona por primera vez en una carta que la señora Belloc (Dicherette) escribió a Adela el 18 de abril de 1816, en la que habla de los preparativos que se hacían en el Refugio antes de la fundación. Sor Marta ya había llegado a Agen, no sabemos de dónde, y se alojaba en casa de la señora Galibert, gran amiga de las familias Diché y Belloc. Sor Marta, que había llevado consigo su cama, pasó una temporada en esa casa de la señora Galibert, haciendo los preparativos para su ingreso en el Refugio. (1)

Tres meses después de la fundación, el padre Chaminade recomendaba a Adela que autorizara a sor Marta, que era una hermana conversa, a continuar dirigiendo el Oficio Parvo, rezado por las postulantes de la Congregación. Sor Marta, junto con sor San Francisco, era responsable del orden material de la casa. En el verano de 1817 cayó enferma; Adela estaba convencida de que tenía los pulmones seriamente afectados y su estado se agravó debido a su gran sensibilidad y a sus «ataques de nervios». Cuando Adela, según la costumbre de la época, le reglamentaba la frecuencia de la comunión, sufría una recaída, lo que preocupó a su superiora. Adela escribió entonces al padre Chaminade pidiéndole que le aconsejara sobre cómo lograr que la hermana la obedeciera sin sufrir semejantes recaídas. (2)

Dos años más tarde sor Marta cayó gravemente enferma, presentando los mismos síntomas que otras muchas hermanas: escupía sangre, apenas podía dar unos pasos fuera de la cama y retenía muy poco alimento. Pero poco a poco se fue recuperando y parece que se curó del todo. Los cinco años siguientes los pasó en Agen. Al principio, sor San Francisco la ayudó mucho, pero con la fundación de Tonneins se quedó sin su ayudante y tuvo que hacer la mayor parte del trabajo sola. Según parece, su comportamiento en la comunidad fue muy bueno hasta 1825, pero en esta fecha se produjo un cambio radical en su vida. (3)

En septiembre de este año Adela escribió a sor Luis Gonzaga, que estaba en Condom, y le dijo que sor Marta pensaba dejar el Instituto. Éste era, según Adela, un «problema muy serio», por lo que, siguiendo la opinión de su Consejo, escribió al padre Chaminade. Mientras tanto, pidió a sor Luis Gonzaga que rezara y que hiciera rezar al resto de su comunidad. Pasó casi un año antes de que se llegara a una decisión. Parece que durante ese tiempo sor Marta continuó trabajando muy bien en la comunidad. (4)

Cuando el padre Chaminade visitó la comunidad en el verano de 1826 y comprobó por sí mismo la conducta y la actitud de sor Marta, se tomó la decisión. Adela lo escribía así a sor Sagrado Corazón, que estaba en Tonneins: «Desde que tenemos aquí, en Agen, el noviciado de las hermanas conversas, que poco a poco va aumentando, el Buen Padre y yo hemos coincidido en que sor Marta, debido a su carácter, podría ejercer una influencia negativa; así que será trasladada a la casa de Tonneins... Créeme, querida madre: te aseguro que no tomo esta decisión para deshacernos de ella, sino por el bien de las casas a las que con el tiempo irán las hermanas conversas. Ella [sor Marta] tomará el hábito de externa... Créeme, querida madre, cuando te digo que preferiría que se quedara aquí antes que liberarme yo misma deshaciéndome de ella. He tomado esta decisión por el bien del noviciado; prefiero sufrir yo antes que hacer sufrir a otro». (5)

Cuando Adela escribía a Tonneins, nunca se olvidaba de saludar a sor Marta, animándola a que se sometiera a la voluntad de Dios y prometiéndole recordarla ante el Señor como a una de sus primeras hijas. Sin embargo, parece que el hecho de tener que tomar el hábito de externa complicó los problemas de sor Marta. Estaba convencida de que ese hábito era una ocasión para pecar, porque se parecía demasiado al vestido seglar. Adela le recordó que no era el hábito lo que ocasionaba el pecado y que un corazón humilde y contrito siempre recibe la gracia necesaria para superar la tentación. Además, Adela escribió al padre Chaminade pidiéndole que enviara a sor Marta unas líneas animándola y que intentara calmar su espíritu. (6)

Adela recordó a sor Marta que, en su condición de ser una de las primeras Hijas de María, tenía que ser también una de las primeras en practicar la virtud. Sin embargo, al año de trasladarse a Tonneins, alguien en el convento de Agen encontró ciertas "cosas" [no sabemos qué] que parecían incriminar de alguna manera a sor Marta. Este descubrimiento, un golpe psicológico para Adela, fue una oportunidad para que sor Marta se arrepintiera y expusiese su situación interior. Adela creía que la

poca inteligencia de sor Marta pudo influir en su falta y rezaba para que la Santísima Virgen no permitiera que ninguna otra de sus hijas se perdiera. (7)

Dos meses más tarde, la situación llegó a tal extremo que sor Marta decidió su salida de la comunidad. En su última carta a sor Sagrado Corazón, Adela detalla la ropa que se envió a Tonneins para sor Marta, casi un completo ajuar seglar: dos vestidos, uno nuevo y otro prácticamente nuevo; cuatro pañuelos; doce tocas bordadas y doce sencillas; una docena de pañuelos de bolsillo; doce piezas de ropa interior; tres pares de medias de algodón y un delantal azul. Pidió a sor Sagrado Corazón que añadiera dos pares de medias de lana. Así fue cómo sor Marta dejó el Instituto, justo seis semanas antes de la muerte de Adela. (8)

NOTAS

- (1) POS.142;ver, *Adèle*, APP.D, Nota especial.77 sobre una equivocación en la identificación de Marta `por la POS. y por ROU.
- (2) GJC.071;ABT.322;323.
- (3) ABT.348;350;351;527;529;551;565.
- (4) ABT.605;614.
- (5) ABT.663.
- (6) ABT.665;667;671;682;692.
- (7) ABT.703;719;724;735.
- (8) ABT.736.

4. Sor Estanislao (María Treille)

María Treille (con Clementina Yannasch y Juana Lion) fueron las tres jóvenes que estuvieron presentes en el castillo de Trenquelléon del 22 al 25 de mayo, y salieron con Adela para empezar la primera fundación, en Agen. Era natural de la pequeña ciudad de Montpazat. Su edad no consta en ninguna parte, pero probablemente fue la más joven de la comunidad inicial. Si se la puede identificar con la joven hermana de la que trata Adela en su carta al señor de Lacaussade el 30 de diciembre de 1822, en la época de la fundación tendría 17 años. En los años siguientes, el padre Chaminade y Adela se ocuparon mucho de su formación y desarrollo espiritual, y también la señorita de Lamourous se interesó especialmente por ella durante los primeros días de la fundación y posteriormente se mantuvo en contacto con ella por correspondencia. (1)

Junto con las demás hermanas del Refugio, sor Estanislao tomó el hábito en la Misa del Gallo de la Navidad de 1816. Hizo sus votos temporales el 19 de noviembre de 1819. (2)

Durante los años que permaneció en Agen (1816-1823), sor Estanislao trabajó activamente en la Congregación y también enseñó a las niñas más pequeñas en las clases gratuitas para los pobres. Estaba encargada de uno de los grupos de jóvenes congregantes y por lo visto algunas de éstas estaban demasiado apegadas a ella, por lo que el padre Chaminade recomendó a Adela, a sor Sagrado Corazón (que era la maestra de novicias) y al padre Mouran que ayudasen a sor Estanislao a orientar este afecto «totalmente hacia Dios y hacia todos los miembros de la comunidad». Cuando la prima más joven de Adela, Clara (sor Inés) estaba en el convento, solía asistir con sor Estanislao a las reuniones de la Congregación, y entretenía a las chicas más jóvenes contándoles historias. (3)

A pesar de su entrega al trabajo, sor Estanislao causó problemas a Adela. Era muy obstinada, no siempre obediente y muy inclinada a engañarse a sí misma. A veces hacía tales penitencias en la mesa que Adela llegó a temer por su salud. Se negó a cambiar de actitud hasta haber hablado con el padre Mouran e incluso se las arregló para no hacer su confesión general durante más de tres meses. Adela le llamó la atención sobre su falta de sencillez y los extremismos en su conducta. El propio padre Chaminade tuvo que intervenir y en su correspondencia le aconsejaba que fuera más moderada. (4)

A Adela también le preocupaba la salud de la joven hermana. Sor Estanislao era de constitución delicada, aunque no estuviera realmente enferma. En enero de 1820 tuvo un ataque de ictericia y tuvo que ser sustituida en la clase por sor Santísimo Sacramento. Un año más tarde volvió a enfermar, esta vez de más gravedad. El doctor Belloc, médico de la comunidad, le diagnosticó tuberculosis y Adela pensó que muy pronto seguiría a las otras hermanas que ya habían muerto. (5)

Sor Estanislao sufría mucho con los remedios que le aplicaban y Adela no confiaba demasiado en su mejoría. Pidió a las hermanas de los dos conventos que rezaran cada miércoles, durante un año, la letanía de san José para pedir la curación de sor Estanislao (y por el equilibrio mental de sor Santísimo Sacramento). En el verano siguiente, parecía que sor Estanislao estaba totalmente recuperada. (6)

Año y medio más tarde, la hermana fue destinada al convento de Tonneins. Ya en noviembre de 1820, según una carta dirigida a sor Teresa sobre la necesidad de personal de esta comunidad, Adela había pensado en la posibilidad de enviar a sor Estanislao. Pero no había nadie que la remplazara en la clase, precisamente en un momento en que la baronesa estaba pensando en retirar a Clara del convento de Agen. En diciembre de 1822, a la vez que felicitaba el año nuevo al señor de Lacaussade, Adela prometió enviar a una hermana joven (tendría veintitrés años) a Tonneins para que ayudara a sor Espíritu Santo en su trabajo; además, según Adela, podría ayudar en la clase y en las catequesis públicas. Es probable que se tratase de sor Estanislao. En cualquier caso, cuatro días después, Adela escribía a Emilia de Rodat: «sor Estanislao ha sido trasladada a Tonneins; la echo mucho de menos». (7)

En Tonneins, sor Estanislao fue nombrada Jefe del oficio de Instrucción. A Adela le preocupaba si cumpliría bien con su nueva responsabilidad. Pidió informes a sor Sagrado Corazón, superiora tras la muerte de sor Teresa, y le recomendó vivamente que sor Estanislao continuara su propia formación e instrucción. Adela estaba convencida de que las Jefes de Instrucción, tanto en Agen como en Tonneins, no estaban suficientemente formadas porque no dedicaban al estudio

personal el tiempo necesario que prescribía la Regla. De hecho pensaba que sor San Salvador, todavía novicia, estaba mejor preparada que sor Estanislao para enseñar a la comunidad. (8)

El mismo día en que moría sor Teresa, Adela escribió a sor Sagrado Corazón manifestándole su preocupación por sor Estanislao, que, por lo que se ve, estaba pasando por un período de graves tentaciones. Adela animó a la joven hermana a que abriera su corazón a la nueva superiora y le expusiera sus tentaciones y no se preocupara. Darle demasiada importancia podría llevarla a centrarse en sí misma y esto era más peligroso que las mismas tentaciones. Era muy importante que sor Estanislao mantuviera una actitud humilde y tranquila. (9)

Adela se alegró mucho cuando se enteró de que el padre Larribeau dirigía a sor Estanislao y de que ésta hacía caso de sus consejos. Aunque era Jefe de Instrucción, sor Estanislao necesitaba mucho apoyo y protección, y tenía que aprender que en la vida religiosa, incluso las buenas obras pueden ofrecer peligros. (10)

Por lo que parece, muchas de sus tentaciones y dificultades provenían de su trabajo: tentaciones de soberbia y vanidad y probablemente también contra la castidad. Tenía que aprender a compaginar su entrega al trabajo con el crecimiento espiritual. Debido a su juventud (por entonces tendría veinticinco años), sólo ejercería su cargo bajo una discreta vigilancia. Sor Estanislao podría, por ejemplo, escribir cartas, como Jefe de Instrucción, a las congregantes, pero las cartas debía firmarlas sor Sagrado Corazón por ser ésta la superiora (así lo requerían las normas). En las clases podría estar sola, pero en las reuniones con las congregantes debía estar presente alguna hermana más. En el Consejo de comunidad, sor Estanislao tendría plena libertad para exponer sus puntos de vista y opiniones, pero las decisiones las tomaría sor Sagrado Corazón. Además, añadía Adela, sor Estanislao debería recibir visitas en el locutorio pocas veces. (11)

Algo más de un año después de su traslado a Tonneins, sor Estanislao fue causa de otra preocupación para sor Sagrado Corazón. Parece ser que sor Estanislao y otra hermana no se llevaban muy bien, siendo una y otra fuente de muchos enfados. A Adela no le sorprendió esto, y recordó a sor Sagrado Corazón que entraba en los planes de Dios que «fuésemos ocasión de mutuo sufrimiento». Se animó a las dos hermanas a que tuvieran paciencia la una con la otra, por amor a Dios, y a que lo tomaran como una penitencia. En ningún caso se le permitiría a sor Estanislao dejar de asistir a las reuniones del Consejo por causa de estas dificultades. (12)

Adela pensaba que estas diferencias podían ser una oportunidad para que sor Estanislao adquiriera ese poco de humildad, que tanto necesitaba. En cuanto a sor Dositea, también debía ser más humilde, recordando estas dos normas de la Regla: nunca reprender autoritariamente a quien no depende de nosotras, y ser siempre humilde cuando el deber de estado nos obliga a corregir de alguna manera. (13)

Mientras tanto, las clases que supervisaba sor Estanislao progresaban mucho y las profesoras mejoraban notablemente. De hecho, sus métodos eran mejores y más fáciles de aprender que los que se seguían en Agen, por lo que el padre Chaminade recomendó que los utilizaran. Pero, a pesar de esta nota positiva, sor Estanislao seguía teniendo problemas personales, sufriendo mucho por ellos. Adela sufría con ella, pero no tenía demasiadas esperanzas. (14)

Una posible ayuda hubiera sido trasladarla a Condom, donde el Instituto abriría su primer internado. Adela consideró esta posibilidad con sor Sagrado Corazón en septiembre de 1824: ¿Se comportaría mejor en Condom?, ¿se arreglaría mejor con las hermanas de allí? Adela recordó a sor Sagrado Corazón que el padre Chaminade no era partidario de que las religiosas cambiasen de comunidad frecuentemente. Le propuso pues que en vez de trasladar a sor Estanislao para que solucionara sus problemas de conciencia, cambiase la hermana de confesor, si ésta y el padre Larribeau estaban de acuerdo. (15)

Hacia finales de octubre la situación llegó a ser muy crítica. Adela proponía que sor Visitación y sor Ana fueran trasladadas desde Condom, a cambio de sor San Francisco y sor Estanislao de Tonneins. Sin embargo, ignoraba lo que pensaba el padre Chaminade al respecto, por lo que animó a sor Sagrado Corazón a que le escribiera directamente dándole información detallada del estado de la «pobre» sor Estanislao. Seis semanas después se encontraba ésta en Burdeos, en el noviciado de las hermanas y bajo la dirección del propio padre Chaminade. Adela se preguntaba qué efecto habría producido su marcha en la comunidad de Tonneins. (16)

En mayo de 1825, el padre Chaminade estaba dispuesto a enviar a sor Estanislao a Condom, aunque se retrasó la salida debido a que su compañera de viaje, sor Josefina, cayó enferma. Mientras

tanto, sor Encarnación, superiora de Condom, no parecía tener mucha prisa en que sor Estanislao llegara a la comunidad, por miedo a que añadiera nuevas dificultades a las ya existentes. Adela le aseguró que sor Estanislao era una fiel cumplidora de la Regla y que los problemas que había tenido eran fruto de su excesiva imaginación, que solamente habían perjudicado a ella misma y a su conciencia, no al resto de las hermanas. (17)

El tiempo que pasó sor Estanislao en Burdeos fue una gran ayuda para ella y Adela pensó que incluso podría ser Jefe de Asuntos Temporales en la comunidad de Condom, donde sería especialmente útil en la supervisión del trabajo y cuidando de las hermanas conversas de allí. Sin embargo, en octubre seguía en Burdeos y parece ser que nunca fue a Condom. Al año siguiente, el padre Chaminade escribió a David Monier informándole que sor Estanislao iría a la nueva fundación de Arbois como maestra de novicias y Jefe del oficio de Instrucción. En abril de 1831, unos tres años después de la muerte de Adela, sor Estanislao Treille, una de las fundadoras de las Hijas de María y una de las primeras compañeras de Adela, dejó el Instituto. (18)

NOTAS:

- (1) GJC.070;099S;ABT.479.
- (2) ABT.vol.2,p.610.
- (3) ABT.339;351;363;GJC.155.
- (4) GJC.117;ABT.371.
- (5) ABT.361;363;419;424;427.
- (6) ABT.427;429;436.
- (7) ABT.415;479;480.
- (8) ABT.485;486.
- (9) ABT.487;490.
- (10) ABT.487;499.
- (11) ABT491;499;503.
- (12) ABT.511;513.
- (13) ABT.513.
- (14) ABT.521;526.
- (15) ABT.527;531.
- (16) ABT.534;538;544;GJC.349.
- (17) ABT.580.
- (18) ABT.597;GJC.414;ABT.vol.2,p.610.

5. Sor San Francisco (Francisca Arnaudel)

Antes de la fundación del Instituto, el padre Taillé, vicario general de la diócesis de Agen, propuso a Adela una candidata llamada Francisca Arnaudel. Había nacido en Penne d'Agenais en 1782. Era pobre y no podía aportar dote alguna. Al principio Adela rechazó la petición; sin embargo, cuando el padre Taillé le aseguró que Francisca tenía un talento especial para enseñar a los pobres, Adela cambió de parecer. Tanto el padre Taillé como Francisca se alegraron mucho y la joven hizo los preparativos para su ingreso. Como la señora Belloc le dijo a Adela, Francisca sería de gran utilidad a sor Marta en los asuntos materiales de la nueva comunidad. Fue a Francisca (ahora ya sor San Francisco) a quien Adela confió el dinero en efectivo a su llegada al Refugio. (1)

Tal y como había asegurado el padre Taillé, sor San Francisco comenzó inmediatamente su misión con los pobres de Agen. Sabemos que en octubre de 1816 reunía cuatro veces por semana a las pobres para darles clase. Eran unas veinte adultas y algunas chicas jóvenes entre quince y veinte años. Muchas de ellas aún no habían hecho su primera confesión. Sor San Francisco las instruyó, rezó con ellas y les animó a que se confesaran. «Dios bendice su labor», escribía Adela a su amiga Lolotte, en Condom. (2)

En julio de 1817, sor San Francisco hizo los votos perpetuos, junto con los otros miembros de la fundación de Agen. Fue aquél un año de gran escasez en aquella zona y la falta de alimentos hizo que las prostitutas se acercaran al convento en busca de comida. Fue sor San Francisco en particular quien las recibió con los brazos abiertos y la que compartió con ellas la poca comida que las hermanas podían dar. También aprovechó la ocasión para aconsejarles y pedirles que hicieran el bien y que se alejaran del pecado. El padre Chaminade elogió su tarea, asegurando a las hermanas que aquella era una buena labor y que se daba a las chicas la oportunidad de conocer un poco mejor a Dios, que da de comer al hambriento y las recibe como hijas suyas.

Sin embargo, dijo que ese no era el tipo de trabajo para el que se había fundado el Instituto y recomendó a las hermanas que no lo continuaran más tiempo del necesario. Aclaró que el Instituto ni estaba orientado a crear un hogar para las pecadoras públicas arrepentidas ni tenía medios para ello. Siempre y cuando la policía lo permitiese, podrían asistir a las catequesis públicas. Dios las iluminaría y llegaría a su corazón, pero el convento no podía hacerse responsable de ellas. La labor del Instituto, añadió el Fundador, no era tanto la de convertir a una o varias pecadoras públicas, sino la de atraer y convertir a un mundo que se había extraviado casi totalmente. Y este objetivo tendría que salvar mil obstáculos si la gente identificaba el convento con un refugio de prostitutas, dada la hipocresía farisaica del mundo al que el Instituto trataba de llegar. (3)

Cuando Adela planeó la fundación de Tonneins, pensó que sor San Francisco sería especialmente útil en aquella comunidad, porque los pobres en particular estaban muy poco instruidos en aquella zona protestante. Había muy buenas escuelas para chicos y chicas protestantes, pero ninguna para la población católica. Incluso algunos padres católicos pensaban enviar a sus hijos a escuelas no católicas. Una semana después de la fundación, Adela escribió a sor San Francisco recomendándole que comenzara su trabajo con los pobres. Sor San Vicente, le decía, ya había ocupado su cargo en Agen y lo estaba haciendo muy bien; pidió oraciones semanales (todos los jueves) para que tuviera éxito.(4)

Dos semanas más tarde, en una carta a sor Teresa, la superiora, Adela envió saludos a sor San Francisco, añadiendo que sor San Vicente daba catequesis cuatro veces por semana y atraía a gran cantidad de mujeres pobres. Adela, preocupada por el bienestar de sor San Francisco, le envió de Agen un cómodo sillón. Un mes más tarde sor San Francisco enfermó y Adela manifestó su preocupación a sor Teresa, después de haber recibido noticias por David Monier (5)

Entretanto, Eulalia, sobrina de sor San Francisco, estaba en el convento de Agen, aprendiendo a coser y a leer bajo la dirección de sor Apolonia y de sor Inés (la prima más joven de Adela). A veces se unía a las hermanas durante la hora de esparcimiento y también a las jóvenes postulantes. Aunque las hermanas estaban muy contentas de tenerla entre ellas, Adela advirtió a sor San Francisco que Eulalia no podría quedarse en el convento indefinidamente. Era demasiado joven y, a veces, motivo de dispersión para las postulantes. (6)

En una carta fechada en diciembre de 1820, Adela recomendó a sor San Francisco que se esforzara en practicar la pobreza y la humildad, "esa maravillosa virtud de superación". También le

pidió que rezara para que ella (Adela) pudiese soportar mejor los males y desgracias, sobre todo enfermedades, que estaban padeciendo las hermanas. Un mes más tarde recordó a sor Teresa que animara a sor San Francisco a practicar la humildad, y a la semana siguiente escribió directamente a sor San Francisco con el mismo propósito: debía someterse a los consejos de sor Apolonia (que ahora estaba en Tonneins a cargo de los talleres) y a los de sor Espíritu Santo, que era la responsable de los asuntos temporales. (7)

Sor San Francisco trabajaba mucho con las mujeres pobres de la zona. No se le exigía que hubiera una hermana oyente en el locutorio, si las mujeres que iban a pedirle ayuda necesitaban intimidad y si ella las conocía. Adela le aseguró que podía continuar con esta labor en Tonneins; sin embargo, tendría que informar a la superiora de estas visitas y, en casos delicados, a su confesor. También se le permitía ir a la casa del jardinero cuando era necesario, a pesar de que la tal casa se hallaba fuera del recinto de clausura. (8)

Una vez, Adela envió una carta a sor San Francisco por medio de una persona conocida de las dos, una tal Petrou. Adela le pidió que rezara por Petrou: «La gracia la llama, pero ella no responde». Adela entonces le recordó la grandeza de la vocación religiosa, su hermosura, sus alegrías, sus ventajas; verdaderamente, no había justificación para las quejas: ¡el calor de aquel verano (1821) no era nada comparado con el del purgatorio o con el del infierno! Y añadió: «La bandera está desplegada, los santos nos preceden, el camino está bien señalado, sigámoslo. Un esfuerzo más y la corona será nuestra». (9)

Días más tarde, cuando la comunidad de Tonneins se preparaba para su retiro anual, Adela escribió a la superiora enumerándole las gracias que recomendaba para cada una de las hermanas. Las de sor San Francisco eran: querer que se olvidaran de ella y desear que los demás la mirasen por encima del hombro. Sor San Francisco era, quizás, demasiado sensible a las apariencias y a las opiniones de los demás. Por ejemplo, le fastidiaba que a Eulalia le enseñara el abc otra niña de su edad en vez de una de las chicas mayores. Adela le explicó que eso era lo normal y que una de las mayores (catorce años) le enseñaría a leer. Algunas de las hermanas de Tonneins no estaban contentas con sor San Francisco. Sin embargo, Adela pidió a sor Teresa que, en nombre de la paz, no le llamara la atención ya que lo que la comunidad necesitaba era un clima de oración donde poder encontrar paz, fortaleza y consuelo. (10)

A sor San Francisco se la vuelve a mencionar dos años más tarde, al final de la vida de sor Teresa. Parece ser que entre las mujeres a las que instruyó había una que quería entrar en el Instituto. Adela rechazó la petición porque, dadas la edad y la condición de la mujer, aceptarla supondría hacer una excepción a la Regla. Y añadió: «Ya hemos hecho suficientes excepciones; si hiciéramos más, la Regla dejaría de existir». Sin embargo, Adela estaba al tanto de la gran labor de sor San Francisco, y esperaba poder enviar pronto, desde Agen, a sor Brígida para que la ayudara. (11)

Sor Sagrado Corazón, la nueva superiora tras la muerte de sor Teresa, sometió a juicio de Adela las dos peticiones hechas en favor de sor San Francisco. La primera era que se le permitiera disponer de un tiempo extra todos los días para el estudio y lectura personales; la segunda, que, cuando enseñara a las mujeres pobres, no llevara el manto de coro. Adela accedió a lo primero porque, dijo, al dedicar tanto tiempo a predicar y enseñar, así como a sus deberes de portera, hacía que sor San Francisco necesitara más conocimientos y más tiempo para el recogimiento. Sin embargo, a lo segundo contestó negativamente, porque la gente estaba acostumbrada a verla con el manto del coro puesto, y «una no debe ser variable como el viento». (12)

Tres meses después de la fundación de Condom, parece que sor San Francisco iba a ser trasladada allí. Sin embargo, permaneció en Tonneins. Adela siguió estando en contacto con ella, bien directamente o a través de sor Sagrado Corazón. En 1826, en un intercambio de felicitaciones de año nuevo, Adela volvió a pedir a sor San Francisco que practicara la caridad y la humildad de corazón. Más tarde, durante aquel mismo año, probablemente como respuesta a la insistencia de la hermana, Adela permitió que no llevase puesto el manto del coro durante las catequesis, pero no se le permitía que se lo quitase a la hora de la comunión. (13)

En una carta a sor Sagrado Corazón, en noviembre de 1826, Adela recomendaba a sor San Francisco que perseverase en la lucha por la santidad con más generosidad: se habían enrolado bajo el estandarte de la cruz y no podían fracasar. Sor San Francisco continuó su ministerio con los pobres de Tonneins hasta que murió, en 1853, a la edad de sesenta y cinco años. (14)

NOTAS:

- (1) POS.546.MEM;POS.142.JDB;POS.506.
- (2) ABT.309.
- (3) GJC.093.
- (4) ABT.386;396;405.
- (5) ABT.407;409;415.
- (6) ABT.407;416;418.
- (7) ABT.418;421;423.
- (8) ABT.423.
- (9) ABT.439.
- (10) ABT.463;466.
- (11) ABT.486;495.
- (12) ABT.499.
- (13) ABT.534;589;629;631;667.
- (14) ABT.686;689;vol.2,p.592

6. Sor María del Sagrado Corazón (María Águeda Diché)

Águeda Diché, que con su hermana Juana eran las mejores amigas de Adela, no formó parte del pequeño grupo que inauguró el convento de Agen, aunque, sin duda alguna, estuvo presente entre las amigas y asociadas que dieron la bienvenida a Adela y sus compañeras aquel 25 de mayo de 1816. Las dos hermanas, Águeda y Juana, habían pensado unirse a la nueva fundación religiosa, pero su familia puso objeciones. Juana Diché Belloc nunca entró en el Instituto, aunque siempre estuvo muy relacionada con él. Águeda entró un mes después de su fundación. (1)

Águeda conoció por primera vez a Adela el día de su confirmación, el 6 de febrero de 1803, domingo de Septuagésima. Aunque las dos eran prácticamente de la misma edad (Águeda había nacido el 11 de noviembre de 1879), Adela estaba más cerca, en personalidad y madurez, de Juana, que era cuatro años mayor. Con Juana y con Ducourneau, Adela había formado, en 1804, una "asociación" de oración y de mutuo apoyo espiritual. Águeda se unió rápidamente y, tras el matrimonio de su hermana con el doctor Belloc en 1805, se convirtió en la principal corresponsal de Adela y en su contacto con las asociadas de la región de Agen. A pesar de ser casi de la misma edad, Adela era la personalidad dominante en aquella relación. Tal vez pueda entenderse aquella amistad a partir de una expresión de Adela en carta a Águeda el 16 de septiembre de 1815: «Adiós, mi pequeña hija, te quiero más de lo que nunca podría expresarte». (2)

Por temperamento, Águeda tendía a ser una persona dubitativa, insegura, sujeta a escrúpulos espirituales, muy ligada al círculo familiar, carente de la exuberancia de Adela y de la energía y rotundidad de Juana. Como miembro de la Asociación, dependía demasiado de Adela y de los miembros sacerdotes. Con el tiempo, adquirió mucha más madurez. Sin embargo, parece que siempre, incluso en el convento, fue más dependiente que emprendedora, más dubitativa que segura y más tímida que animosa. Era, sin embargo, una persona muy espiritual, una religiosa concienzuda, una maestra de novicias entregada en cuerpo y alma a su trabajo; con el tiempo se convirtió en una guía bastante buena. Pero, por encima de todo, era la queridísima amiga y confidente de Adela.

No está claro por qué la familia Diché puso dificultades a la entrada de Águeda en el convento, especialmente teniendo en cuenta la estrecha amistad que existía entre los Diché y los Trenquelléon. Las razones pudieron ser varias: el miedo a "perder" dos hijas a la vez; la inestable situación política del momento (el nuevo gobierno de la monarquía restaurada podía destituir al señor Diché de su cargo); o por otras razones que no aparecen en los documentos. De cualquier forma, cualesquiera que fueran las objeciones que puso la familia, Águeda entró en el Refugio el 28 de junio

de 1816. En 1814 había adoptado el nombre de sor Sagrado Corazón, y el 8 de diciembre, junto con las otras jóvenes miembros de la Asociación, hizo los votos religiosos temporales. Además, comenzó a llevar el anillo de plata. Como miembro de la nueva comunidad, vistió el hábito por primera vez la víspera del día de Navidad de 1816 y emitió los votos perpetuos el 25 de julio de 1817. (3)

La pequeña comunidad organizó su vida interna bajo las directrices del padre Chaminade y según las prescripciones del Gran Instituto; sor Sagrado Corazón fue nombrada la primera maestra de novicias. No sólo iniciaba a las primeras candidatas en las prácticas y principios de la vida religiosa, sino que también les hacía aprender cosas prácticas, como bordado. Sor Sagrado Corazón era muy habilidosa para este tipo de labores. Confeccionó un velo de sagrario para la capilla de la Magdalena en Burdeos, por el que el padre Chaminade sentía especial predilección. Cuando las hermanas abrieron su noviciado en Burdeos, sor Sagrado Corazón bordó uno para aquella comunidad. (4)

En el verano de 1819, el padre Chaminade hizo su visita oficial y se encontró con que sor Sagrado Corazón, que era enfermera además de maestra de novicias, pasaba más tiempo visitando y atendiendo a las enfermas que con las novicias. Manifestó a Adela que eso no estaba bien y le dijo que varias hermanas tendrían que turnarse en la enfermería para que sor Sagrado Corazón pudiera disponer de más tiempo para las novicias. Aunque estas recomendaciones no pudieron ponerse en práctica con la rapidez que el padre Chaminade hubiera deseado, se hicieron algunos cambios. Gracias a ellos, sor Sagrado Corazón podía estar presente en el noviciado con más regularidad, y cuando no podía estar, sor Teresa la sustituía. (5)

Las enfermedades fueron muy frecuentes en el Refugio aquellos primeros años y también en la nueva comunidad de sor Emilia en Villefranche. Durante el invierno de 1820, sor Sagrado Corazón pidió permiso a Adela para ayunar un día al mes por la curación de las hermanas enfermas de Villefranche, porque, como Adela escribió a sor Emilia, «todas nuestras hermanas os quieren muy sinceramente». Sor Sagrado Corazón escribió al padre Chaminade una carta en la que le decía que sor Emanuel, la Jefe de Instrucción de la comunidad, no visitaba a todas las hermanas enfermas. El padre Chaminade entendió que sor Emanuel estaba discriminando a algunas hermanas, pero sor Sagrado Corazón le aclaró que no se trataba de discriminación, sino de que sor Emanuel estaba demasiado ocupada para visitar a todas las enfermas. (6)

Cuando se fundó el convento de Tonneins, sor Sagrado Corazón sustituyó a sor Teresa como Jefe de Celo en Agen. Ahora ocupaba tres cargos: maestra de novicias, Jefe de Celo y enfermera. En febrero, una de sus novicias fue la causa de una gran crisis de sor Sagrado Corazón. Como el Consejo de la comunidad decidió que sor Asunción no era adecuada para la vida religiosa, se le pidió que dejara el convento. La joven protagonizó entonces una escena: primero, abrazándose al crucifijo de la capilla, pidió a Jesús que cambiara los corazones de los miembros del Consejo; luego, cayendo a los pies del padre Mouran, le pidió permiso para quedarse, al menos, una semana más. No habiendo conseguido ni el milagro ni el permiso, pidió la bendición de Adela, perdón a sor Sagrado Corazón, abrazó a las hermanas y se fue del convento por la noche. (7)

Si a Adela le molestó aquel suceso, una escena, según escribió, que recordaría por mucho tiempo, mucho más le molestó la reacción de sor Sagrado Corazón. La maestra de novicias estalló de emoción, dijo que era injusto haberle negado a Asunción unos días más y acusó de dureza de corazón a los dos miembros del Consejo que se habían mantenido firmes. En una reunión con el Consejo, declaró que si el Instituto hubiera tenido otra casa, habría suplicado que la enviaran allí como hermana conversa, porque no podía continuar viviendo en aquella casa. (8)

Cuando el padre Chaminade se enteró de lo ocurrido, reconoció la gran sensibilidad que sor Sagrado Corazón había mostrado hacia los sentimientos de la joven candidata. Ésta era, escribió a Adela, la característica más deseable en una maestra de novicias. Pero, como en todo, no había que excederse. Tal vez, si sor Sagrado Corazón hubiera conocido mejor a la hermana, se habría dado cuenta de las tentaciones que podían asaltar a sor Asunción y esto habría conducido a su despido. En cualquier caso, después de haber defendido su causa con energía, debía haber aceptado con humildad la decisión que se había tomado y debía haberse sometido interiormente a las disposiciones de la Providencia. El padre Chaminade no podía aprobar la "explosión" de sor Sagrado Corazón, pero reconocía que la situación había sido muy difícil. Sencillamente, la bondad de su corazón había llevado a sor Sagrado Corazón a acusar de dureza a los miembros del Consejo y esperaba que sacara algún provecho de este incidente. (9)

El padre Chaminade ni censuró ni aprobó la decisión del Consejo. Dijo que no estaba lo suficientemente al tanto de las circunstancias como para juzgar si se había actuado según la fe o simplemente según consideraciones humanas. Aprovechó la ocasión para recordar a las hermanas: «Es una desgracia que en las comunidades religiosas se dé más valor a los juicios provenientes de la prudencia humana que a las decisiones de la prudencia divina. No olvidemos nunca la hermosa frase: "el justo vive de la fe"», (10)

Sor Sagrado Corazón, a consecuencia de este incidente, pidió a Adela que la relevara del cargo de maestra de novicias, pero Adela se negó. Sor Sagrado Corazón se calmó algo y a finales de febrero Adela informó al padre Chaminade que ya había vuelto a ser la misma. Sin embargo, parece que su salud quedó afectada por la tensión sufrida y los sacrificios de la cuaresma, que llegó inmediatamente después, le costaron más de lo normal. (11)

Durante los meses que siguieron, sor Sagrado Corazón y el padre Chaminade se escribieron tratando diferentes temas. En mayo de 1820 le sugirió que utilizara los servicios de algunas de las personas que iban desde Burdeos a la feria de Agen para enviarle sus cartas. En septiembre del año siguiente, demasiado ocupado para escribirle directamente, el padre Chaminade pidió a Adela que le transmitiera sus ideas. Sor Sagrado Corazón, dijo, debía seguir los caminos que Dios, por su gracia, ponía ante ella; porque, de otra manera, sus esfuerzos serían inútiles. La palabra de Dios, afirmó, era siempre verdadera, tanto en los acontecimientos pequeños como en los importantes: «Pidamos ayuda a Dios, no nos cansemos de pedirla». (12)

Dos años después, cuando sor Teresa estaba muy enferma en Tonneins, el padre Chaminade escribió al señor de Lacaussade diciéndole que podría enviar a alguien excelente para sustituirla: sor Sagrado Corazón. Tras la muerte de sor Teresa, también escribió a David Monier, a Saint-Remy, informándole que había enviado a sor Sagrado Corazón a Tonneins para consolar a la comunidad, que estaba desolada, para hacerse cargo de los asuntos del funeral de sor Teresa y para ejercer temporalmente el cargo de superiora. (13)

Antes de octubre de 1823, sor Sagrado Corazón estaba en Tonneins y Adela le envió una carta muy larga, dándole noticias del convento de Agen, especialmente de las novicias, «las hijas de su corazón». Esta carta fue el comienzo de una correspondencia muy similar a la que habían tenido las dos amigas durante los días de la Asociación: Adela, animando, apoyando, aconsejando... y compartiendo sus pensamientos y sentimientos más íntimos; Águeda, preguntando, buscando, respondiendo y ofreciendo su apoyo, amistad y compañía espiritual. (14)

Pero las cartas también eran cartas de negocios. A la muerte de sor Teresa, sor Sagrado Corazón se convirtió en la nueva superiora del convento de Tonneins. Adela le pidió que pusiera al día los registros del noviciado, que se había llevado con ese propósito. Una vez que fueran devueltos, sor Santa Foy, la nueva Jefe de Celo recomendada por sor Sagrado Corazón, y sor Luis Gonzaga, la nueva maestra de novicias, se encargarían de ellos. (15)

Dos meses más tarde, Adela advirtió a sor Sagrado Corazón que sor Santa Foy y sor Luis Gonzaga no podrían mantener los registros al día hasta que los hubieran recibido. Mientras tanto, Adela había conseguido los nuevos para Tonneins y se los envió a sor Sagrado Corazón como regalo de año nuevo (eran más baratos en Agen). El Registro del oficio de Instrucción, explicó, debía incluir los nombres de todas las congregantes, indicando edad, estado y un pequeño comentario sobre cada una de ellas. Además, debería incluir los nombres de todas las hermanas, así como las materias que impartían. El registro correspondiente al oficio de Asuntos Temporales debía incluir una lista de todas las hermanas de la comunidad indicando las aptitudes de cada una para los trabajos físicos o manuales, así como los nombres de todas las niñas a las que se enseñaba en los talleres. (16)

Cuando sor Teresa se estaba muriendo, Adela escribió a sor Sagrado Corazón para animarla en su nuevo cargo: «Tienes que adoptar la mentalidad de superiora, para así poder ayudar a las almas que te han sido encomendadas». Le recomendó que comenzara las reuniones regulares de los Consejos de la Congregación; que cuidara especialmente a las hermanas jóvenes y que estuviera atenta a las posibles candidatas. Y le aconsejó que permitiera que cada hermana dedicara cada día un rato a la lectura personal y se ofreció a enviar comentarios de la Biblia en caso de que la comunidad de Tonneins no tuviera lo necesario para la instrucción adicional de las hermanas. Una de las hermanas daría semanalmente catequesis a la comunidad, pues era fundamental que todas estuvieran bien instruidas. (17)

Un mes más tarde, mientras tomaba los baños prolongados que los médicos le habían prescrito para la salud, Adela escribió a sor Sagrado Corazón asegurándole que no estaba muy enferma. También le comentó que el noviciado de Agen funcionaba muy bien bajo la dirección de la nueva maestra de novicias, que tenía menos responsabilidades de las que sor Sagrado Corazón había tenido, por lo que podía dedicar más tiempo a las novicias. Ahora era sor Santa Foy Jefe de Celo y sor Encarnación enfermera. Así pues, sor Luis Gonzaga estaba únicamente a cargo del noviciado y de las hermanas conversas. Parece que con la reorganización de los cargos y el traslado de sor Sagrado Corazón, se perdieron varias copias de las normas generales y particulares. En concreto, una copia que sor Emanuel había transcrito sobre un papel muy bonito. Ambas comunidades estuvieron muy ocupadas haciendo la una para la otra copias de los textos perdidos. (18)

Tras la muerte de sor Teresa, su correspondencia fue enviada a Agen. Después de revisarla, Adela decidió que las cartas que el padre Larribeau, el padre Chaminade, el padre Caillet y la propia Adela habían enviado a sor Teresa debían guardarse en Tonneins. Las devolvió a sor Sagrado Corazón, sugiriéndole que tal vez más adelante se pudieran encontrar algunas directrices y sugerencias de utilidad. (19)

Lo mismo que en la Asociación previa a la fundación, Adela aprovechaba las cartas que enviaba a sor Sagrado Corazón como vehículo de dirección, admonición, corrección y consejo, tanto para el crecimiento personal de su amiga como para el buen cumplimiento de su nuevo cargo como superiora de la comunidad. En una ocasión se refirió a las quejas que habían llegado a sus oídos de que sor Sagrado Corazón llegaba tarde con bastante frecuencia a los rezos de la comunidad, porque se entretenía con asuntos de negocios. Adela le recordó que, independientemente de lo ocupada que estuviera, la superiora debía ser la primera en dar ejemplo a sus hermanas; debía tener cuidado en no buscar excusas para sus retrasos. Como la propia Adela había aprendido, en estos asuntos nadie es menos "libre" que la superiora. (20)

Como Adela le había dicho a su amiga, el cargo de superiora era una cruz; pero era una cruz que Jesús llevaba con ellas. Algún día las llevaría al cielo, donde finalmente encontrarían descanso, calma y paz. «Podremos estar reunidas ante la presencia del divino esposo, agradeciendo eternamente las misericordias divinas que han sido tan grandes para nosotras». Durante la cuaresma, animó a sor Sagrado Corazón a que trabajara con un interés renovado para corregir sus defectos y adquirir la virtud. Y cuando pareció que, como en el pasado, iba a sucumbir a su imaginación demasiado activa, Adela le recomendó que practicara el silencio, el recogimiento, «la clausura interior» y que renovara su confianza en Dios y reafirmara cien veces su decisión de amar solamente a Dios y de agraderle y, cuando la imaginación demasiado activa la llevaba por el camino de los escrúpulos, Adela le insistía en la simple y total obediencia a los consejos del padre Larribeau. (21)

Parece que la sensible sor Sagrado Corazón se tomó algunos de los comentarios de Adela demasiado personalmente e incluso interpretó su silencio como un reproche. Su superiora le aseguró que: «los lazos que nos unen son muy fuertes y nada puede debilitarlos. Los comentarios que a veces te hago son meras observaciones, no reproches. Serías injusta si dudases de mis sentimientos hacia ti». Y en otra ocasión: «¿Cómo pudiste creer que no iba a contestar porque recordaría ciertas naderías que tú misma te reprochabas? Yo no tengo memoria para acordarme de las faltas de mis hijas. No, no me acuerdo y no quiero acordarme.» (22)

La pobreza es un tema muy frecuente en las cartas de Adela a sor Sagrado Corazón. Las dos comunidades estaban pasando por un período de dificultades físicas y económicas. En una carta, Adela exhortaba a sor Sagrado Corazón que incrementara su amor a la pobreza, siguiendo el ejemplo de san Francisco y de otros religiosos. En otra, le recordaba las tremendas dificultades que tuvo la primera comunidad de los marianistas en Saint-Remy. Y sin embargo, estaban llenos de caridad, unión fraterna, ardor, fervor y entrega al Instituto. Una religiosa, añadió, «que busca su propia comodidad, que no quiere carecer de nada ni sufrir nada, sólo tiene de religiosa el hábito». Según parece, hubo algunos fallos en la práctica de la pobreza religiosa. A Adela no le preocupaba tanto que algunas hermanas no entregaran algo que hubiesen recibido, sino que lo ocultasen, lo cual era una falta evidente de madurez. (23)

Adela estaba convencida de que era la enfermedad más que la penuria lo que estaba debilitando el Instituto. Lo mismo que a sor Teresa, a sor Sagrado Corazón, que tenía un gran corazón, le resultaba muy difícil despedir a las postulantes. También en esto Adela le ordenó que fuera firme, y que se diera cuenta de que mantener unas candidatas que no eran aptas, especialmente por su mala

salud, era perjudicial para ellas y para la comunidad. Recordó a sor Sagrado Corazón la leyenda franciscana que cuenta cómo una reunión de demonios organizó la destrucción de la orden: decidieron enviar a ella candidatas con mala salud. A la vez que insistía a sor Sagrado Corazón que despidiera a ciertas postulantes, Adela le aseguró que era su deber, y no su corazón, lo que la llevaba a hablar así. Aprovechando la felicitación que le envió el día de santa Águeda, Adela sugirió a sor Sagrado Corazón que hiciera suyas las palabras de la santa: "Mi alma encuentra su fuerza en Jesucristo". (24)

Otra de las dificultades que había en Tonneins era la falta de sacerdotes en aquella zona, medio protestante. En varias cartas de principios de 1824, Adela sugirió a sor Sagrado Corazón un número de sacerdotes con los que podía contactar para los servicios de las Cuarenta Horas, durante el Carnaval, antes de la Cuaresma; pero parece ser que era muy difícil encontrar a uno que pudiera ir. También resultaba difícil encontrar un sacerdote para el retiro anual de las hermanas. Algunas veces, llena de escrúpulos, como cuando era más joven, sor Sagrado Corazón sufrió mucho al no poder disponer de sacerdotes. Estaba ya dispuesta a recomendarle al obispo el nombre de un nuevo capellán, pero Adela le advirtió que «no es asunto de una religiosa inmiscuirse en el nombramiento de los capellanes». (25)

Durante la primavera de 1824, cuando Adela estuvo algo enferma, sor Sagrado Corazón la invitó a ir a Tonneins a descansar. Adela le dijo que le encantaría ir y ver a todas, pero que no podía justificar el abandono de la clausura sólo por razones de amistad. Eran precisamente las superiores quienes tenían que valorar más la clausura y las que tenían que observarla más estrictamente. Sin embargo, añadió, si el padre Chaminade le ordenara que fuera a descansar, la cuestión sería distinta: «Yo no criticaría lo que el Buen Padre hiciera; él es más ilustrado que yo y sabe muy bien por qué hace lo que hace [...]. Dios puede inspirarle unos caminos que nosotras no entendemos». De hecho, tres meses más tarde, de camino a Burdeos para instalar allí el noviciado, Adela se detuvo en Tonneins y lo mismo hizo después de regreso a Agen. (26)

En su primera parada en Tonneins, la primera visita que hacía desde la fundación, Adela encontró huellas que revelaban la presencia santa de sor Teresa. Pero también había problemas en la comunidad, que tendría que ayudar a solucionar. Sor Estanislao estaba tan disgustada con algunos miembros del Consejo, que quería dejar de asistir a las reuniones del mismo; sor Dositea había marginado a algunas hermanas debido a sus formas y críticas, y exigía demasiado de las jóvenes hermanas candidatas. En general, la comunidad carecía de espíritu de obediencia, calma y silencio. (27)

Adela presentía que la propia sor Sagrado Corazón provocaba esta situación. La superiora llegaba a menudo tarde a los rezos de la comunidad y a las comidas. Además, tenía la mala costumbre de reprender a las hermanas en público y sin mucha paciencia. Parece ser que pasaba demasiado tiempo hablando en privado con las hermanas y no se ocupaba lo suficiente de cuidar de la vida de la comunidad; además, oía lo que las otras querían que supiera, pero no siempre se enteraba de lo que realmente ocurría en la comunidad y en el trabajo. «Cuando la superiora -le escribió Adela- está demasiado ocupada con los detalles, el bien común se resiente». Sor Sagrado Corazón, decía Adela, comía muy poco y se quedaba levantada hasta muy tarde por las noches. Adela le recomendó que comiera y durmiera más; su mayor penitencia sería el perfecto cumplimiento de sus obligaciones como superiora y tener un gran amor a sus hermanas. La paz y la calma que vendrían a la comunidad compensarían a sor Sagrado Corazón de sus esfuerzos en su cargo de superiora. Dos años más tarde, Adela volvería a recomendar a sor Sagrado Corazón que durmiera más: tenía que dejar en manos de la Providencia todo lo que no pudiera terminar a tiempo; de otro modo, acabaría como su superiora, prácticamente inútil e incapaz de hacer nada. (28)

Debido a las dos nuevas comunidades de Burdeos y Condom, las cartas de Adela a sor Sagrado Corazón se referían habitualmente a cuestiones personales, como el discernimiento de las vocaciones, la formación de las candidatas y el cambio de comunidad de las hermanas. Tonneins no sólo tenía sus propias postulantes, sino que al estar a medio camino entre Burdeos y Agen, era lugar de parada para las candidatas que iban al noviciado o para las recién profesas que volvían de Burdeos. Adela advirtió a sor Sagrado Corazón que no aceptara candidatas mayores sólo porque el convento necesitara personal para los trabajos o para los servicios internos. Tampoco se debía meter prisa a las candidatas para que fueran al noviciado ni precipitar su formación simplemente para cubrir esas necesidades. Insistiendo en lo que decía una carta del padre Chaminade en la que se hablaba de la política a seguir en cuanto a la admisión de candidatas, Adela recalcó mucho en que éstas fueran

personas firmes y de nuevo recordó a sor Sagrado Corazón que debía preocuparse de la buena marcha de todo el Instituto, más que de la de cada candidata en particular. (29)

Los costes adicionales de la casa de Burdeos aumentaron los problemas financieros del Instituto y las perspectivas de obtener ingresos del internado de Condom quedaban todavía en el futuro (se abrió en la primavera de 1825). El propio Condom necesitaba ayuda. Equipar el noviciado había privado a Agen de camas, cortinas y fundas. Si Tonneins pudiese enviar algo, sin perjudicar al señor de Lacaussade, sería muy bien recibido. (30)

Adela era muy consciente de que sor Sagrado Corazón necesitaba ayuda, especialmente desde que su Jefe de Celo, sor María José, la prima de Adela, había sido retirada de Tonneins para ser la nueva superiora de la comunidad del noviciado de Burdeos. Adela la animaba apelando a sus sentimientos de fe: «Ten ánimo, madre, el Señor quiere que seas una gran santa, estoy convencida de ello. Pero debes subir el Calvario, ser crucificada, clavada y atada. La maternidad tiene sus sufrimientos; la maternidad espiritual es dolorosa». En otra carta aconsejaba a sor Sagrado Corazón que estuviera muy cerca de Jesús en el desierto y muy atenta a las astutas infiltraciones del demonio. Aceptemos este principio de fe: «El camino del cielo es el camino de la cruz». Hagamos todo bajo la perspectiva de la fe, «a pesar de nuestras inclinaciones. Sólo Dios, en todo y para todo». Con ocasión del retiro anual de Tonneins en 1824, Adela recordó a sor Sagrado Corazón y a sus hermanas el significado de los cinco votos que acababan de renovar. (31)

El cargo de superiora requería prudencia, amor y sabiduría. ¿Dónde adquiriría todo esto sor Sagrado Corazón? En la oración: «Procuremos convertirnos en mujeres de oración [...], recemos mejor, recojámonos más y estemos más unidas a Dios en nuestros actos». Conociendo bien a Águeda, y conociéndose bien a sí misma, le pidió moderación en su viveza natural y en su costumbre de hablar sin pensar (¡para lamentarlo luego!). Además, el cariño y afecto hacia sus hermanas no debía cegarlas en su deber de corregirlas: «Curemos las heridas del alma con gran amor, pero no dudemos en aplicar fuego y cauterio donde sea necesario». (32)

Sor Sagrado Corazón era la receptora de los pensamientos más íntimos de Adela. Adela le escribió una larga carta dándole detalles de la muerte de la joven sor Teresa de san Agustín (enero de 1825) y compartiendo con ella sus reflexiones sobre el final tan ejemplar de una vida santa. A ella confió Adela los detalles de su progresiva enfermedad. Y fue a sor Sagrado Corazón a quien Adela confesó la profunda soledad interior que sentía al separarse de sus amigas más íntimas, separación impuesta por la obediencia religiosa: Sor Estanislao y sor Sagrado Corazón, en Tonneins; María José y sor Luis Gonzaga, en Burdeos; sor Encarnación (Lolotte) y sor San Vicente (aunque ésta última sólo temporalmente), en Condom. (33)

En marzo de 1825 escribió a sor Sagrado Corazón: «Siento que mis hijas más antiguas jamás podrán ser sustituidas en mi corazón. El otro día pensé que si la madre San Vicente se separara de mí, bien porque muriera o por cualquier otra circunstancia, entonces yo estaría sola aquí, la última de las veteranas; a veces siento la necesidad de confiarme a alguna de ellas [...]. Pero sólo Dios debería bastarnos. Soy consciente de que estos sentimientos son demasiado humanos y que, de acuerdo con nuestra forma de vida, necesitamos almas fuertes que no escuchen ni a la carne ni a la sangre. Debemos tener un espíritu apostólico, deseando que se conozca y se ame a nuestro Esposo celestial. ¡Incluso si tuviésemos que ir al otro extremo de la tierra, y si estuviéramos entre gentes salvajes, tendríamos que estar contentas de hacer ese trabajo!». (34)

Cuando, pocos días después, le llegó la noticia de que la propia sor Sagrado Corazón estaba enferma, Adela se sintió desolada. Suplicó a sor Dositea que la mantuviera informada y que se asegurara de que la «querida madre» estaba bien atendida. La comunidad de Agen comenzó una novena por su curación, y Adela volvió a los pensamientos de fe: «Justamente el otro día, escribió a sor Dositea, leí que las enfermedades son fuente de bendiciones para una comunidad, y que la hacen mejor que aquellas otras en las que no hay problemas de salud. Tratemos de ver las cosas con los ojos de la fe, y permanezcamos, igual que María, firmes al pie de la Cruz». (35)

Adela repetía estos pensamientos de fe en las cartas que escribía a sor Sagrado Corazón. El buen Jesús, le decía, añadía al sufrimiento interior de la hermana el sufrimiento exterior. «A los ojos de la fe, este sufrimiento es un gran regalo». Esperaba, según las palabras de Jesús junto a Lázaro, que su enfermedad fuera para la gloria de Dios. Pero también reconocía: «Predico mucho, mi querida hermana, pero mi corazón está triste sabiendo que estás enferma». Adela le dijo que temía que todas sus hijas mayores muriesen antes que ella, y quedarse sola entre las nuevas. (36)

Después del restablecimiento de sor Sagrado Corazón, Adela esperaba que con esa experiencia hubiese aprendido a morir a sí misma, a renunciar a la propia voluntad, a obedecer y a valerse de todo ello para su crecimiento espiritual. Habiendo pasado ella misma por la enfermedad física, tal vez sor Sagrado Corazón estuviese ahora más dispuesta a seguir los consejos de Adela y asegurarse de que todas las hermanas comían y descansaban lo suficiente: «No tengas escrúpulos en darles cualquier cosa que necesiten, la Regla es para ellas. Este es el principio que nos da libertad para actuar». Sin embargo, como en todo, tenía que haber una cierta moderación, y Adela le comentaba los detalles del menú de las hermanas tal como se los había explicado el padre Mouran. (37)

Cuando sor Sagrado Corazón se trasladó a Tonneins, eran muchos los visitantes que paraban para darle noticias de Agen, especialmente de su familia. Pero fue Adela la que le mantuvo informada cuando su hermana Juana, la señora Belloc, estuvo enferma y no podía escribirle ni visitarla. No en vano, según Adela, eran amigas desde hacía casi veinte años y a Adela le hacía feliz poder confiarse a ella y ser consolada por ella. En muchas cartas, Adela compartió con su amiga detalles de sus enfermedades. (38)

Desde luego, el bienestar de la superiora y de las hermanas no era el único tema que preocupaba a Adela. También hacía hincapié en que sor Sagrado Corazón encontrara tiempo durante el día para sí misma, para rezar y ofrecerse como víctima por las flaquezas de su comunidad, especialmente por aquellas de las que ella era la responsable. Explicó cómo debía rezarse en la comunidad el nuevo Oficio de la Santísima Virgen, los misterios del Rosario y las oraciones especiales. En su felicitación de año nuevo de 1826, pedía a sor Sagrado Corazón que tuviera paciencia con sus hermanas y espíritu de discernimiento para guiarlas. (39)

Pero los asuntos temporales también preocupaban a sor Sagrado Corazón. Había pensado aumentar el número de cerdos de la comunidad, salvo que el coste del mantenimiento los hiciera improductivos. Junto con el señor de Lacaussade y David Monier, discutió con los vecinos los detalles del muro de clausura del convento. Además, seguía presente su preocupación por la salud de las hermanas, especialmente la de sor Espíritu Santo en su última enfermedad. Sor Sagrado Corazón tuvo que ocuparse de la pequeña Melania, enviada rápidamente desde Agen para protegerla del destino que la esperaba si se quedaba en casa. Lo mismo tuvo que hacer con sor Eulalia, que estaba sufriendo duras pruebas de su familia. (40)

La situación económica de Tonneins era siempre precaria, y sor Sagrado Corazón escribía frecuentemente a Agen pidiendo ayuda casi desesperadamente; pero la situación en Agen no era mejor. Adela recordó a su amiga que esperaban que la profesión de pobreza que habían hecho implicara verdadera privación. La superiora de una casa no podía disponer libremente de lo que recibía la comunidad, sino que lo debía someter al juicio del padre Chaminade, como Superior General. Lo mismo que en Agen, la comunidad de Tonneins procuraba ayudarse económicamente recogiendo "oblatas", esto es, mujeres mayores que aceptaban dejar sus bienes a la comunidad a cambio de acabar sus vidas con las hermanas. (41)

Siguiendo el ejemplo de santa Teresa y de santa Juana de Chantal, Adela decía: «Amemos la práctica de la sagrada pobreza que hemos profesado». La pobreza, insistía, es una virtud fundamental en el estado religioso, y el no practicarla ha llevado a muchos conventos a la ruina. «Lo hemos dejado todo para seguir a Jesucristo pobre; seamos pobres con él». Ninguna de las dos encontraba fácil la práctica de la pobreza. Adela reconocía que para ella la peor carga de la pobreza era no poder ayudar a otros conventos del Instituto. Y en su última carta a sor Sagrado Corazón le decía que uno de los mayores sacrificios impuestos por la pobreza religiosa era precisamente el no poder dar generosamente a otros. (42)

A su vuelta de Burdeos, a finales de octubre de 1826, Adela tuvo la oportunidad de hacer una última y muy breve visita a Águeda. Dada la salud de Adela, no cabe duda de que las dos pensaron que aquél sería el último encuentro que tendrían. Se conocían desde hacía veintitrés años y habían compartido sus vidas durante todo ese tiempo. Como Adela había escrito en su primera carta a Águeda: «Si nos amamos en Dios, para Dios y por Dios, podemos estar seguras de que nos amaremos siempre». Y esperaba que su amistad durara hasta la muerte. (43)

Incluso cuando la vida de Adela se acercaba a su fin, siguió aconsejando a sor Sagrado Corazón en sus dificultades interiores y en su trabajo con las candidatas y con las hermanas jóvenes, enseñándole la manera en que ella misma había aprendido a darse a los demás con éxito y la forma de recibir a las candidatas que iban al noviciado en Burdeos. Continuó guiándola en el ejercicio de sus

responsabilidades como superiora. Después de su última visita, escribió varias veces sobre la observancia de la clausura en Tonneins y sobre la preocupación del padre Chaminade por no estar la clausura lo suficientemente bien definida. Y también le habló de su amigo común desde hacía años, el padre Laumont. (44)

Al final de su vida, Adela habló con franqueza a sor Sagrado Corazón sobre su estado: «Nunca me recuperaré. Tengo dolores constantemente. Sólo puedo comer muy poco, y entonces me pongo peor. Incluso he perdido las ganas de rezar, no tengo fuerzas para nada. ¡Ay!, me voy a la eternidad sin prepararme seriamente para ello». En su última carta a su «querida Águeda», a quien llamaba «mi hija mayor», Adela reconoció que el sufrimiento le impedía escribir más. Acabó con un último adiós: «Mi corazón os quiere a todas y comparte vuestras dificultades y desea que todas seáis unas grandes santas». (45)

Sor Sagrado Corazón murió más de veinte años después que Adela, el 5 de agosto de 1848, en Tonneins, a los cincuenta y nueve años de edad. (46)

NOTAS:

- (1) ABT.vol.2,p.597.
- (2) Ver *Adèle*, caps. 5-12; ABT.277.
- (3) ABT.vol.2,p.597. Pero ver también *Adèle*, App.D.Nota especial sobre la fecha de entrada
- (4) GJC-098:ABT.533.
- (5) ABT.337.
- (6) ABT.360;363.
- (7) ABT.365;491.
- (8) ABT.365.
- (9) GJC.134.
- (10) GJC.134.
- (11) ABT.366;368.
- (12) GJC.139S;173.
- (13) GJC.243;257;ABT.489.
- (14) ABT.485;486.
- (15) ABT.486.
- (16) ABT.495;510.
- (17) ABT.486;487;488.
- (18) ABT.370;491.
- (19) ABT.495;503.
- (20) ABT.492.
- (21) ABT.505;508;513;514.
- (22) ABT.495;510.
- (23) ABT.486;497;498.
- (24) ABT.494;499;500;ver también sor Margarita y sor Susana.
- (25) ABT.506;507;510;514;525;526;527;530;531.
- (26) ABT.510.
- (27) ABT.513;515;516.
- (28) ABT.516;517;518;645.
- (29) ABT.518;540;558;583.
- (30) ABT.518;526;558.
- (31) ABT.530;531;534;544.
- (32) ABT.565;567.
- (33) ABT.506;511;513;518;557;567;594.
- (34) ABT.567.
- (35) ABT.568;ver 583.
- (36) ABT.569.
- (37) ABT.571;576;606.
- (38) ABT.578;581;598;642;645;653;655;656;662.

- (39) ABT.601;606;609;629.
- (40) ABT.606;612;ver Melania; sor Eulalia.
- (41) ABT.672;677.
- (42) ABT.695;697;698;718;736.
- (43) ABT.001.
- (44) ABT.675;677;682;689;692;693;695;697;700;701;703;719;721;728.
- (45) ABT.728;736.
- (46) ABT.vol.2,p.597.

7. Sor San Vicente (María Magdalena Cornier de Labastide). 2ª Superiora general del Instituto

María Magdalena nació en Lusignan-Petit (departamento de Lot-et-Garonne), a unos doce kilómetros al noroeste de Agen, el 3 (o el 5) de diciembre de 1879. Hija de un miembro del Parlamento de Burdeos, era seis meses más joven que Adela. Igual que ésta, desde muy pequeña sentía gran compasión por los niños abandonados de la zona, de manera que, ya de joven, abrió una pequeña escuela para ellos en casa de sus padres. Al cabo de algún tiempo, pensó que estaba llamada a la vida religiosa y entró como postulante en la congregación de las Hijas de la Caridad, que se dedicaban al cuidado de enfermos en el hospital de Agen. Allí se encontró con Adela por primera vez en una de las visitas de ésta al hospital. A María Magdalena le impresionó mucho la labor de Adela en la Asociación, así como su entrega a obras de caridad. (1)

La postulante estaba decidida a ir a París, para entrar en el noviciado de las Hijas de la Caridad, pero a sus padres no les hacía mucha gracia que se marchara tan lejos. Por eso, cuando se enteraron de la fundación de las Hijas de María en el Refugio, propusieron a su hija que entrara allí. Ella accedió a pasar en el Refugio un período de prueba para discernir más claramente cuál era la voluntad de Dios sobre ella. Escribió a Adela pidiendo que la admitiera en la comunidad, pero sin ningún tipo de compromiso por ninguna de las dos partes. Con este acuerdo, María Magdalena fue admitida en la nueva comunidad el 28 de junio de 1816. Pero al cabo de unos pocos días pidió ingresar en el Instituto. Adoptó el nombre de sor San Vicente, en memoria de San Vicente de Paul, fundador de las Hijas de la Caridad. (2)

Cuando el convento, por insistencia del obispo Jacoupy, comenzó a dar clases gratuitas para pobres, a primeros de diciembre de 1816, sor San Vicente, gracias a su experiencia, las dirigió. Adela y el padre Chaminade pensaban que lo mejor era empezar con un número reducido de alumnas, para ir aumentándolo poco a poco. Menos de seis semanas después, el número de alumnas era tan grande que enviaron a sor Luis Gonzaga como ayudante y suplente de sor San Vicente. Ésta, como el resto de las hermanas, tomó el hábito la víspera de Navidad. (3)

En julio de 1817, aunque previamente no había sido miembro de la Asociación, sor San Vicente fue admitida para emitir los votos perpetuos junto con las otras fundadoras del Instituto. Además de sus deberes en la clase, sor San Vicente fue nombrada muy pronto Jefe de Asuntos Temporales de la pequeña comunidad, cargo que ocuparía hasta la muerte de Adela. Debido a sus otras ocupaciones, tanto sor San Vicente como sor Luis Gonzaga estaban exentas de algunos de los trabajos manuales que se exigía a todas las hermanas. Chaminade recordó que la práctica del recogimiento era incluso más necesaria en aquellas circunstancias. (4)

Durante el verano de 1818 se construyó una mampara de madera o tabique en la entrada del convento, para evitar estar abriendo y cerrando la puerta constantemente. Algunas hermanas, no contentas con este arreglo, se quejaron y parece que echaron la culpa a sor San Vicente. El padre Chaminade las reprendió diciéndoles que debían haber expuesto sus quejas a la superiora y haberse quedado en paz. Y disculpó a sor San Vicente, aclarando que la idea no había sido de ella, sino de otra hermana. La utilidad y conveniencia, por no decir la absoluta necesidad, fue lo que decidió que se construyera el tabique; además, él y la señorita de Lamourous ya habían hablado de ello cuando estuvieron en Agen en los primeros días de la fundación (5).

Sor San Vicente, como otras muchas hermanas durante los primeros años, sufrió varias enfermedades en el Refugio. A pesar de su experiencia, no se mostraba muy comprensiva con las enfermas y le desagradaba especialmente "hacer de niñera" de las hermanas conversas cuando estaban enfermas. Adela consideraba que era un tanto severa en este punto. (6)

Al ser nombrada Jefe de Asuntos Temporales, se adaptó enseguida al nuevo cargo. En una ocasión en que la comunidad tenía muy pocos fondos y debía pagar una cuenta, convenció a su hermano para que prestara esa cantidad a las hermanas hasta que el padre Chaminade pudiera enviar el dinero desde Burdeos. Durante el período invierno primavera de 1820, cuando la comunidad estaba examinando las propiedades de los Agustinos y de Tonneins para nuevas fundaciones, se autorizó a sor San Vicente que dejara la clausura de Agen para examinar las dos propiedades. Chaminade escribió al señor de Lacaussade que sor San Vicente tenía la personalidad adecuada para "dar la batalla" en tales negociaciones. De hecho, fue ella quien sugirió que se encalaran los edificios de los Agustinos antes de trasladarse allí las hermanas. (7)

Sor San Vicente tenía también mucha habilidad para instruir a las mujeres pobres que venían al convento. Con la marcha de sor San Francisco a Tonneins, sor San Vicente se dedicó más a este trabajo, dando catequesis cuatro días por semana a un gran número de mujeres. Más tarde, tras la entrada de sor Encarnación, sor San Vicente daba catequesis sólo los lunes, y sor Encarnación los miércoles y viernes. (8)

Sin embargo, siendo Jefe de Asuntos Temporales no estaba de acuerdo en que sor Encarnación, todavía novicia, dedicara tanto tiempo a la correspondencia. El padre Chaminade salió en su defensa, señalando que el "noviciado" de sor Encarnación era una mera formalidad después del largo período de prueba que tuvo que sufrir antes de entrar; y señaló el valor de tal correspondencia que extendía la misión de la comunidad, especialmente por aquellas zonas en las que sor Encarnación era conocida y respetada. Y dijo que seguía la misma política con los miembros de la Compañía de María. (9)

A sor San Vicente le entristecía que se aceptara como candidatas a tantas jóvenes que enfermaban, bien en el momento de ser aceptadas o poco después. Pensaba que tanto Adela como sor Sagrado Corazón dudaban demasiado cuando había que despedirlas. Chaminade estaba completamente de acuerdo con ella en este tema. Su política era ser generoso a la hora de aceptar candidatas, sobre todo si mostraban buena voluntad y parecían tener las cualidades necesarias; pero también, ser firmes a la hora de despedirlas si fuese necesario. (10)

Tras su visita a los dos conventos durante el verano de 1822, el padre Chaminade escribió a sor San Vicente una larga carta sobre las finanzas de las dos casas. La carta incluía una fuerte reprimenda para sor Teresa, en Tonneins, ya que había dispuesto que sor Encarnación pagara los gastos de su noviciado. Dedicó todo un párrafo de su carta a la necesidad de empaparse del espíritu del Instituto, y de progresar en el espíritu de caridad y de obediencia: «La Hija de María abre sus horizontes a los de Dios; su corazón, por decirlo así, abraza el universo. En cambio, la mezquindad desarrolla la miopía del espíritu y ahoga los sentimientos del corazón. Una persona caprichosa, llena de amor propio, vive sólo por y para sí misma». (11)

Con frecuencia Chaminade mantenía correspondencia directamente con sor San Vicente, tratando asuntos que tenían que ver con su cargo y con el cuidado de las hermanas conversas. Respecto a esto último, sor San Vicente insistía en que sus hábitos se pareciesen lo más posible a los de las otras hermanas. A veces el padre Chaminade retrasaba sus respuestas a sor San Vicente hasta tener tiempo para dedicarles la atención que se merecían, y pedía a Adela que dijera a su ayudante que no se olvidaba de sus peticiones. En una ocasión le escribió a Adela que sor San Vicente no debería pasar la factura de los hábitos a algunas candidatas, y tampoco a sus padres, hasta que pudiera darle más detalles de lo que pensaba sobre ese asunto. (12)

Chaminade delegó en sor San Vicente la inmediata responsabilidad del cuidado de la salud de Adela, cuando la fundadora comenzó a mostrar los primeros indicios de la enfermedad que acabaría con su vida. Durante el invierno de 1822-23, escribió a Adela: «Cuide su salud. Sobre todo, haga todo lo que la madre San Vicente le diga; ella es la asesora de su salud». El invierno siguiente le repitió lo mismo, añadiendo que estaba bajo voto de obediencia. Durante los años siguientes, sor San Vicente continuó ejerciendo este cargo y, en el último año de vida de Adela, durmió en su misma habitación para poder atenderla en lo que necesitara. (13)

Tras la muerte de sor Teresa en Tonneins, en noviembre de 1823, sor San Vicente cambió radicalmente: se volvió muy paciente, amable y considerada. Adela recalcó esta transformación, la llamó metamorfosis, la atribuyó al poder de la gracia y a la intercesión de la propia sor Teresa. Sor San Vicente se volvió tan atenta a las necesidades de sus hermanas que Adela dijo que era difícil reconocerla: «Te sorprenderías del cambio que se está operando en ella», escribía a sor Sagrado Corazón, (14)

A medida que la salud de Adela empeoraba, sor San Vicente se esforzaba en asumir más y más responsabilidades de la comunidad. Cuando algunas de las hermanas estaban demasiado enfermas para asistir a las reuniones de la Congregación, sor San Vicente, junto con la señora Belloc o con la propia Adela, las sustituía. Organizó los pormenores de la visita del padre Larribeau al convento, hizo las propuestas concernientes a las candidatas, supervisó el embalaje que se hizo para el traslado del noviciado a Burdeos y acudió mucho al padre Mouran para que le aconsejara y ayudara. (15)

En otoño de 1824, el padre Chaminade envió a sor San Vicente a Condom durante dos semanas para que se hiciera una idea clara de las finanzas de la casa y para que regulara una serie de detalles de la comunidad: sor Encarnación estaba teniendo serias dificultades en sus primeros meses como superiora. Adela la echó mucho de menos. Afortunadamente la salud de Adela había mejorado momentáneamente, ya que con sor San Vicente ausente y sor Teresa de san Agustín enferma, todo el peso de la comunidad quedó a cargo de Adela. (16)

Una vez que el noviciado se trasladó a Burdeos, sor San Vicente colaboraba mucho a la unión de la comunidad de Agen, como lo reconoció la misma Adela. Sin ella, el momento de recreo habría sido un tiempo deprimente más que de esparcimiento. La casa hervía de ocupaciones, con demasiada actividad, pero sor San Vicente se las arreglaba muy bien. Adela escribió a sor Luis de Gonzaga, en Burdeos, que la hermana había hecho grandes progresos en lo referente al espíritu de comunidad y a la caridad. (17)

Desgraciadamente, meses más tarde sor San Vicente cayó enferma debido al duro trabajo. Enfermó del estómago y Adela temió que su ayudante muriera, entonces ella sería la única de las veteranas que quedaría. Sin embargo, el tratamiento prescrito por el señor de Lacaussade, a quien Adela había consultado, le devolvieron pronto la salud. Pocos días más tarde, aunque no recuperada del todo, volvió al trabajo ayudando a servir las comidas y cuidando de los asuntos de la comunidad. (18)

Parece ser que tanta actividad despertó en sor San Vicente el deseo de llevar una vida más tranquila y sedentaria. El padre Chaminade la previno que tuviera cuidado en este sentido. El fundador pensaba que una vida menos activa no era deseable para ella ni le daría esa paz que estaba buscando para su alma. Lo que necesitaba era estar ella misma en paz y tranquila, a la vez que continuaba su vida activa; y esa autoposición le conduciría, si no ponía trabas, a ser poseída por Dios. Sólo entonces podría llevar con provecho una vida más sedentaria. Iría aprendiendo a poseerse en pequeñas cosas, no ocupándose más que de Dios, para llegar a estar trabajando así durante una hora al día. Entonces, no sería un estorbo para los demás, como ella creía, ni una molestia para sí misma. (19)

Por aquella época, sor San Vicente se embarcó en otra aventura. Un grupo de chicas jóvenes y de mujeres venía todos los domingos por la mañana desde Saint-Hilaire, a unas dos kilómetros y medio de Agen, para tener reuniones con ella. Les enseñaba en su propio dialecto gascón. Pronto se formó otro grupo que venía de Colayrac; eran muy puntuales en sus visitas, y su ánimo, según Adela, era admirable. Esta "pequeña asociación" era también responsabilidad de sor San Vicente. Aunque parece que Chaminade había pensado que ella fuera a Condom antes de su visita de 1825, una serie de cambios en el personal lo hizo imposible. (20)

En las cartas que escribía a sor Sagrado Corazón a Tonneins, a sor Encarnación a Condom y a sor Luis Gonzaga a Burdeos, Adela daba una serie de detalles sobre las actividades de sor San Vicente: otra vez está enferma; hay pares de zapatos mal emparejados que hay que ordenar; cartas de negocios que se han extraviado; decisiones pendientes sobre la admisión o rechazo de varias candidatas; felicitaciones y recados que enviar; hay que advertir a sor Sagrado Corazón que no intente adquirir cerdos con la idea de obtener beneficios, porque el grano y el pienso están muy caros... (21)

Cuando el noviciado de las hermanas se trasladó a Burdeos, el noviciado de las hermanas conversas permaneció en Agen, bajo la dirección de sor San Salvador. Pero, como Jefe de Asuntos Temporales, sor San Vicente se preocupó mucho de su formación. Tras la fundación de Arbois y el

traslado de sor San Salvador allí, sor San Vicente asumió también los deberes de maestra de novicias de las hermanas conversas. (22)

Cuando en 1826 se empezó a planear que la señora Clairfontaine se retirara al convento, hubo una gran agitación, acusaciones y rumores. Sor San Vicente optó por ignorarlos, diciendo que el convento tenía que actuar de acuerdo con sus propios planes, sin preocuparse de lo que la gente pudiera decir. El padre Chaminade no estaba de acuerdo, porque así podría parecer que el convento era culpable de algo. Pidió a Adela y a sor San Vicente que revisaran sus conciencias ante Dios y que, sin cambiar impresiones la una con la otra, le enviaran sus reflexiones. Estaba seguro de sus buenas intenciones y de la rectitud de conducta de sor San Vicente, pero también le preocupaba que se hiciera justicia en aquel asunto. (23)

La llegada de Clairfontaine aumentó el trabajo de sor San Vicente. Adela escribió a sor Dositea que sor San Vicente no sabía qué hacer: «Tenemos tres familias: las *Damas de Paravis*; Clairfontaine que come con Laumont, y la comunidad. La despensa y la cocina se han convertido en una gran empresa». Sor San Vicente y sor Visitación estaban abrumadas con tanta carga. Además, se pidió a sor San Vicente que sustituyera en las reuniones de la Congregación a las hermanas que estuvieran enfermas. Ella tampoco estaba segura de no volver a caer enferma. (24)

Como Jefe de Asuntos Temporales, sor San Vicente participó también de las dificultades económicas de los otros conventos. Enviaba dinero, ropa y provisiones cuando podía. En lo referente a sus relaciones con las candidatas, con las hermanas conversas y con el resto de los miembros de la comunidad, sor San Vicente era una verdadera joya. En septiembre de 1827 Adela elogió a sor San Vicente en una carta que escribió a sor Sagrado Corazón: «Es realmente una ayuda para la dirección; te asombrarían su diligencia, su compasión y su comprensión; es realmente una madre». (25)

Sin embargo, fue sor San Vicente quien, junto con Santa Foy, puso objeciones a que los miembros de la Orden Tercera Secular estuvieran presentes en el retiro de la hermanas en Agen, a pesar de que esa había sido la costumbre desde el principio. (26)

Sor San Vicente estaba en la lista de las que habían colaborado a la compra y mobiliario del edificio de los Agustinos. Su participación era de un monto de 14.000 francos. También figura en la lista de las que firmaron las Actas del Consejo que empezó el proceso de aprobación del Instituto por parte del Gobierno. (27)

Al final de la última enfermedad de Adela, fue sor San Vicente quien estuvo al cuidado de la paciente y de la comunidad y se hizo cargo de mucha de la correspondencia atrasada de Adela. Mantuvo también informada a Emilia de Rodat sobre el curso de la enfermedad de Adela. En la última carta que Adela escribió a sor Luis Gonzaga, el 21 de noviembre de 1827, sor San Vicente añadió esta postdata: «Reza y pide a las demás que recen también por nuestra Buena Madre, porque está muy mal. Se está muriendo. Dudo que pase el invierno. (28)

Sor San Vicente fue nombrada por Adela en sus últimas voluntades como una de sus cuatro herederas universales. A la muerte de la fundadora, monseñor Jacoupy eligió a sor San Vicente como superiora *ad interim*, hasta que tuvieran lugar las elecciones. Era la última de los miembros fundadores, que seguía todavía en Agen, había estado allí desde su fundación y el obispo la conocía mejor que a las demás. Había sido la más estrecha colaboradora de Adela en los años finales de la vida de la fundadora. Ella fue la que escribió a sor Luis Gonzaga y a Emilia de Rodat contándoles los detalles de la muerte y el entierro de Adela. (29)

Durante el tiempo en que sor San Vicente fue superiora interina, las Hijas de María recibieron la aprobación del rey como Instituto Religioso de mujeres (1828). Llena de alegría, sor San Vicente se apresuró a ir a la habitación de Adela para darle la noticia. De repente, cuando llegó a la puerta, se paró y se echó a llorar al darse cuenta: «¡Nuestra Buena Madre ya no está aquí!». (30)

Sor San Vicente, que había pasado toda su vida religiosa, menos dos semanas, en el convento de Agen, fue elegida Superiora General en el Capítulo General de 1830, y de nuevo en los Capítulos Generales de 1840 y 1850. Durante este tiempo, hubo algunas dificultades entre el padre Chaminade y las hermanas, se fundó en Auch (1836) la Orden Tercera Regular, el Instituto recibió de la Santa Sede el Decreto Laudatorio (1839) y las Hijas de María extendieron sus actividades fuera de Francia, en Córcega (1840). (31)

Sor San Vicente tenía el mismo espíritu que Adela en el cuidado de los niños de las zonas rurales y creía que las profesoras de los internados tendrían que envidiar a las que enseñaban a los pobres. Su entusiasmo era igual que el de Adela cuando se trataba de enseñar a los pobres o de darles

catequesis para prepararlos a la primera comunión. Todos los años, el 25 de mayo, hablaba de Adela, de sus virtudes y de su vida tan entregada a Dios y al prójimo. (32)

Poco a poco la salud de sor San Vicente se fue resintiendo. En el verano de 1856 se sentía con muy poca fuerza, y sabía que el final estaba cerca. Murió el 5 de septiembre de 1856 a los sesenta y siete años de edad y veintinueve de gobierno del Instituto. (33)

Para una biografía más extensa:

Marie Luce Baillet. “Madre San Vicente de Labastide”.

NOTAS:

- (1) POS.543-544.MEM.
- (2) POS.543-544.MEM
- (3) GJC.084;ABT.311.
- (4) GJC.099S.
- (5) GJC.099S.
- (6) ABT.336;363;378.
- (7) GJC-134;136;ABT.356;382;389.
- (8) ABT.405;407;414;423.
- (9) GJC.2192.
- (10) GJC.185:ver:sor Angélica, sor Susana.
- (11) GJC.209.
- (12) GJC.211;246;262;ABT.485
- (13) POS.555.MEM;GJC .217;272.
- (14) ABT.492;527;538;576.
- (15) ABT.506;518;519;681;GJC.291.
- (16) ABT.529;530.
- (17) ABT.551.
- (18) ABT.565;567;570;573;574;577;591.
- (19) GJC.344.
- (20) ABT.581;627;GJC.349.
- (21) ABT.586;588;590;591;592;599;606;609;610
- (22) ABT.631;690;716.
- (23) ABT.392S;394S; ver Clairefontaine.
- (24) ABT.649;656;667;681;710.
- (25) ABT.669;682;708;721;723;724.
- (26) ABT.715.
- (27) POS.356;372;ABT.737.
- (28) GJC.440;ABT.735.Ver POS.460.
- (29) POS.373;465;467.
- (30) ROU.671
- (31) ver ROU.670-682;SIM.440-448.
- (32) ver POS.500.
- (33) ver ROU.682.

8. Sor Santísimo Sacramento (Paulina Yannasch)

Ciertamente, Paulina fue una de las figuras más dramáticas de la primera comunidad de Agen. Más joven que su bella e inteligente hermana Clementina (aunque se desconoce la diferencia de edad entre las dos), abandonó, como ella, las diversiones mundanas, bailes y fiestas. Desde ese momento se dedicó, junto a Clementina y su madre, a rezar y a hacer obras de caridad, hasta que finalmente entró en la Asociación. Aunque parece que hubo algún obstáculo para admitirlas en la nueva fundación religiosa, éste se solucionó y probablemente Paulina ingresó en la comunidad muy poco después de su fundación. Fue una de las que hicieron los votos perpetuos el 25 de julio de 1817. (1)

Al parecer, desde el primer momento tuvo serias dificultades y escrúpulos. Mantenía correspondencia directamente con el padre Chaminade, que se veía obligado a contestar a sus largas cartas. Sin embargo, a mediados de 1818, el padre Chaminade ya estaba perdiendo la paciencia. Escribió a Adela diciéndole que debería explicar a sor Santísimo Sacramento que no quería oír nada más sobre sus escrúpulos; que sirviera a Dios con confianza y simplicidad ¡y que sus confesiones fueran cortas y sencillas! (2)

Muy pronto quedó claro que el estado mental de sor Santísimo Sacramento era muy frágil y ya en 1819 entró en un proceso de gran inestabilidad. Cuando, en enero de 1820, sor Estanislao estuvo enferma, sor Santísimo Sacramento la sustituyó unos días en la clase, pero era demasiada tensión para ella. Sufrió lo que Adela llamaba un ataque de nervios, sus pensamientos eran muy confusos y continuamente seguía a Adela queriendo hablar con ella. Su mente, escribía Adela al padre Chaminade, estaba en un estado lamentable, aunque no parecía estar tan mal como el año anterior. Esta situación se prolongó varias semanas. (3)

El padre Chaminade se compadeció de ella y la incluyó en una cuarentena especial de oraciones; pidió a Adela, al padre Mouran y a sor Teresa (su hermana) que hicieran lo mismo. Quería que Adela le mantuviera informado del estado de sor Santísimo Sacramento y prometió prestarle una atención especial en su próximo viaje a Agen. Una semana más tarde, Adela le informó de que sor Santísimo Sacramento estaba mucho mejor. (4)

Pero la recuperación duró poco tiempo. En abril (1820), Adela escribió una larga carta al padre Chaminade contándole su preocupación. Sor Santísimo Sacramento se había negado a recibir la comunión. A veces estaba tan triste que Adela no se hubiera sorprendido si se hubiera escapado del convento. Sor Santísimo Sacramento estaba mostrándose muy distinta, muy mundana en su manera de andar, en su compostura, en su comportamiento, en su forma de hablar y cantar. Aunque ahora estaba mucho más moderada, no parecía una religiosa. (5)

Adela no descartaba la posibilidad de que sor Santísimo Sacramento estuviera poseída. Ahora, que ya no estaba preocupada por la humildad y otras virtudes, mostraba una inteligencia, capacidad e ingenio desconcertantes. Parecía capaz de hacer cualquier cosa que quisiese sin haberla aprendido antes: bordar, dibujar, pintar, hacer flores artificiales, hacer distintos tipos de decorados y obras de arte, hacer progresos asombrosos en escritura, en la lectura de francés y latín, en música. Hizo dos ángeles de cartón, los vistió con trajes de punto con lentejuelas de oro y plata, les pintó las caras e incluso les rizó el pelo. (6)

Hablaba mucho mejor y más alto, se conducía con mucha elegancia y tenía una apariencia impresionante. Más aún, había crecido, había engordado algo y era capaz de hacerse querer donde quisiera y por quien quisiera. Además se había vuelto muy inteligente y perspicaz; podía adivinar claramente las disposiciones interiores de la mayoría de las hermanas (con gran sorpresa de éstas). El padre Mouran, según escribía Adela, pensaba que sor Santísimo Sacramento podía ser o una excelente religiosa o un camino de perdición para ella y para las demás. (7)

Adela admitió que le daba algo de miedo: sor Santísimo Sacramento no obedecía y la seguía a todas partes, incluso durante los rezos se ponía cerca de ella y le decía "las cosas más absurdas." Adela pensaba que quizás el problema era que sor Santísimo Sacramento, que al principio fue un "serafín de fervor", intentaba progresar espiritualmente con demasiada rapidez y acabó no haciendo nada. Dirigía muy rara vez las oraciones de la comunidad, ni siquiera cuando muchas otras hermanas estaban demasiado enfermas para hacerlo. Adela suplicó a Emilia de Rodat que rezara para que "la cabeza de sor Santísimo Sacramento volviera pronto a regir o para que al menos ella se salvara." (8)

Un año más tarde, cuando Adela escribió a Tonneins pidiendo que se rezara por la salud de sor Estanislao, propuso a sor Teresa que rezaran también por sor Santísimo Sacramento "que nos preocupa mucho." Le aseguró que su hermana no estaba peor que antes, pero necesitaba las oraciones de "algunas almas buenas." Sor Apolonia, que iba a ser trasladada a Tonneins, le daría más detalles. (9)

Cuando el padre Chaminade visitó la comunidad en el verano de 1821, estaba algo mejor. Con gran sencillez y para alivio de todos, se disculpó públicamente por su comportamiento anterior; Adela se dio prisa en comunicar la buena noticia a sor Teresa. En el retiro del verano siguiente, Adela se propuso estar más pendiente y tener más paciencia con sor Santísimo Sacramento. El padre Chaminade, a su vez, pidió a sor Santísimo Sacramento que le enviara un informe de su propia conducta; y pidió a Adela que observara si había experimentado una auténtica conversión. (10)

Tras la muerte de sor Teresa en Tonneins (el 3 de noviembre de 1823), sor Santísimo Sacramento experimentó un cambio que Adela atribuyó a la santa intercesión de su hermana. Ahora se comportaba muy bien, practicando la humildad y edificando a toda la comunidad. El padre Mouran le permitió recibir la comunión en la fiesta de la Presentación y Adela pidió a sor Sagrado Corazón que la comunidad de Tonneins se uniera a la acción de gracias que se ofrecía en Agen. (11)

Sin embargo, esta mejoría duró poco tiempo. En febrero la mente de la hermana estaba otra vez confusa. El padre Larribeu pudo visitarla cuando fue a Agen algunas semanas más tarde. Además de las mentales, sufrió también enfermedades físicas durante los meses siguientes. Podía hacer algunos pequeños trabajos para la comunidad, pero a su ritmo. Incluso envió al padre Chaminade una palia, pero sin terminar, porque estaba muy impaciente por enviarla. (12)

Sor Santísimo Sacramento estuvo entre las que firmaron la carta dirigida al Ministro de Asuntos Eclesiásticos, pidiendo la aprobación del Instituto. Tres años y medio después de la muerte de Adela, el 12 de septiembre de 1831, sor Santísimo Sacramento abandonó la comunidad en la que había entrado quince años antes. Durante todos aquellos años, fue motivo de preocupación para las hermanas, mientras ella se tambaleaba en la débil línea que existe entre la normalidad y el desequilibrio mental. (13)

NOTAS:

- (1) ROU.412-416;ABT.290;292.
- (2) GJC.093S;099
- (3) ABT.361;365.
- (4) ABT.367;GJC.134.
- (5) ABT.375.
- (6) ABT.375.
- (7) ABT.375.
- (8) ABT.376;414.
- (9) ABT.427;429;436;438.
- (10) ABT.446;POS.403;GJC.211.
- (11) ABT.490;497.
- (12) GJC.291;ABT.529;538;551;572;574;582;684.
- (13) ABT.737;vol.2,p.611.)

9. Sor Emanuel (María Rosalía Lhuillier)

Sin duda, María Rosalía era la mejor educada de la pequeña comunidad del Refugio. Hija de Mene Lhuillier y María Descordes, nació en Angulema, en el departamento de Charente, el 30 de noviembre de 1789. Era, pues, de la misma edad que Águeda Diché (sor Sagrado Corazón). Era congregante en la rama de las jóvenes en Burdeos. Gran oradora, estaba llena de entusiasmo y era querida por todos. Algunas en la Congregación pensaban incluso que era demasiado atractiva y encantadora. (1)

En julio de 1816, ya estaba claro que tenía la intención de ir a Agen para entrar en la nueva fundación y el padre Chaminade estaba seguro de que sería una gran ventaja tenerla en la comunidad. Sin embargo, no fue una incorporación fácil. La señora Lhuillier, viuda, había creado en Burdeos un buen internado para jóvenes de las clases sociales más altas y María Rosalía enseñaba todas las artes más delicadas. Tenía mucho talento para la música vocal e instrumental, tocaba el piano y el arpa con gran exquisitez y tenía en casa todas las grandes obras de los maestros. Era muy competente en gramática, pronunciación francesa, conocía bien el italiano, así como "muchas otras ramas del saber" sería de gran ayuda para las hermanas. El padre Chaminade estaba seguro de ello. (2)

Inició una correspondencia directa con Adela y sólo necesitaba el consentimiento de su madre para ir a Agen. A su madre, lógicamente, no le hacía muy feliz la idea de perder a María Rosalía; supondría contratar a otros profesores para sustituirla. Como la madre tendría que hacer un gran sacrificio si su hija dejaba el colegio, María Rosalía no podría llevar dote alguna a la comunidad. A pesar del rechazo de su madre, María Rosalía se mantuvo firme en su propósito de entrar en la nueva fundación. En agosto (1816) hizo una bonita copia del *Grand Institut* que el padre Chaminade envió a Adela. (3)

María Rosalía estaba tan entusiasmada con la idea de hacerse religiosa, que una de sus pequeñas alumnas (tenía ocho años) de Nantes quería ir con ella para "convertirse en esposa de Jesucristo." Tan pronto como la madre de la niña se enteró de esto, tomó la diligencia hasta Burdeos y se alió con la señora Lhuillier en contra de María Rosalía. Sin embargo, como dijo el padre Chaminade, "la tormenta pasó"; después del encuentro con María Rosalía, la madre de la niña se unió a ella en contra de la señora Lhuillier y le aconsejó que dejara ir a Agen a su hija. Incluso consentiría en que su propia hija la acompañara y se educara como religiosa; incluso escribió a su marido para obtener su permiso. (4)

En octubre, la señora Lhuillier había dado su consentimiento y Adela se alegró mucho de que María Rosalía, ya sor Emanuel, llegara antes de que finalizara el mes. Después de consultarlo con el padre Chaminade, se acordó que debía traerse su piano (no tenía arpa, aunque tenía más talento para ésta que para el piano). Fue la primera de la Congregación de Burdeos que entró en el Instituto de Hijas de María. (5)

Sor Emanuel entró en el convento el 28 de octubre de 1816 (parece que sin su admiradora de ocho años), tomó el hábito religioso con el resto la víspera de Navidad y emitió los votos perpetuos el 25 de julio del año siguiente. Desde el primer momento se hizo uso de sus muchos talentos. Enseñó a escribir y ortografía a la joven sor Estanislao, así como a las dos hermanas Yannasch (sor Teresa y sor Santísimo Sacramento) que hablaban alemán. Enseñó a las novicias a leer, escribir, gramática y música. El padre Chaminade aconsejó a Adela que mantuviera bien ocupada a sor Emanuel y que se le podía motivar fácilmente para que hiciera todo por amor a Dios, devoción a María y para la salvación del prójimo. El padre Chaminade estaba seguro de que sería una "religiosa perfecta" bajo la dirección de Adela. (6)

Con las enseñanzas de Adela, sor Emanuel empezó a trabajar inmediatamente en la Congregación de las jóvenes en el Refugio. En dos semanas, según escribió Adela a Lolotte, ya se había ganado los corazones de todas las jóvenes. Adela continuaba frecuentando las reuniones, pero era sor Emanuel quien las presidía ahora. Su personalidad, alegría, cercanía, y cariño hacia las chicas, la hacían atractiva. Trataba a las chicas con gran libertad, se ganaba su confianza, acogía sus (a veces humillantes) confesiones. Se parecía algo, como Adela escribía a Lolotte, a la señora de Lormes (la tía de Adela), y era un miembro selecto de la comunidad claramente enviado por Dios. Hacía mucho bien porque ella misma era encantadora, atraía los corazones de las chicas y conseguía que hicieran todo lo que les proponía. (7)

El padre Chaminade mantuvo correspondencia directa con sor Emanuel, y después de un tiempo comenzó a preguntarse si ella (lo mismo que Adela y sor Teresa) no estarían dedicando demasiado tiempo a las congregantes en perjuicio de la vida de comunidad. Le pidió que practicara la obediencia que había prometido, reduciendo las entrevistas personales con las congregantes, pero que lo hiciera prudentemente, poco a poco. Así, debía animar a las chicas a que acudieran a las Damas del Retiro o a los confesores en busca de dirección espiritual. (8)

Algunos meses más tarde Adela informó al padre Chaminade del cambio que habían hecho: los domingos por la mañana sor Emanuel y ella se reunían con las congregantes durante media hora y podía así hablar en privado con algunas de ellas; por las tardes, había una reunión general sin entrevistas particulares. (9)

Pero había, además, otros problemas que tocaban las reuniones de la Congregación. La señora Belloc, por ejemplo, quería que las congregantes cantaran algunas canciones de ópera, poniéndoles letra religiosa, pero sor Emanuel se negaba en redondo. Y cuando durante el tiempo de vacaciones (1817) se hacía difícil que las congregantes asistieran a las reuniones, sor Emanuel se desanimaba mucho. Se preguntaba si realmente merecía la pena todo el esfuerzo y tiempo empleados. Continuó trabajando obedientemente, pero habría preferido que se hubiera eliminado un poco más el ambiente mundano que, en ocasiones, surgía en las reuniones. El padre Chaminade la animó a cultivar la ilusión, la prudencia y la perseverancia, seguro de que algún día afrontaría su trabajo con mayor entusiasmo. (10)

En una larga carta a Adela, le aconsejaba que apoyara a sor Emanuel en su trabajo con las congregantes. Le indicó que lo importante para el apóstol de Cristo no era si el mundo había escuchado la palabra, sino si ésta se había predicado. Se perdía el tiempo si uno no predicaba; no, si lo predicado se recibía mal o se rechazaba. El apóstol debía predicar siempre, sabiendo muy bien que no siempre sería escuchado. (11)

En cuanto a la preocupación de sor Emanuel por estar demasiado expuesta a las influencias mundanas, el padre Chaminade reconoció que era una preocupación lógica y loable. Esto la llevaría a reconocer su debilidad y a suplicar la gracia y fuerza necesarias; no debía llevarle a abandonar la instrucción a la que se había comprometido para servir al mundo. Ni siquiera una predicación improductiva es una pérdida de tiempo, porque con ella se glorifica a Dios. (12)

Cuando se le nombró Jefe de Instrucción de la comunidad, el campo de trabajo de sor Emanuel con la Congregación se hizo aún mayor. Como madre encargada de la Congregación, se hacía responsable de mantener correspondencia con todas las fracciones de la diócesis, así como con algunas congregantes en particular, como María Poitevin, Lolotte de Lachapelle, Melania Figarol y Florentina Abeilhé. (13)

Tan ocupada como estaba y con el ambiente tan cargado de gérmenes que se respiraba en el Refugio, no es de extrañar que al cabo de dos años sor Emanuel acabara en la enfermería. Ya a principios de 1819, el padre Chaminade había advertido a Adela que habría que dar a sor Emanuel las dispensas cuaresmales necesarias para conservar su salud. El verano de ese mismo año, estuvo tan enferma que Adela temió que muriera. Escribió a Emilia de Rodat diciéndole que la comunidad podía sufrir la pérdida de una de las Jefes de oficio y una de sus mejores miembros. En un esfuerzo porque se recuperara, la comunidad del Refugio ofreció un ayuno en honor a san José todos los miércoles durante un año, turnándose una hermana cada miércoles. (14)

Pocas semanas más tarde, sor Emanuel se encontraba lo suficientemente bien como para enseñar italiano a sor Inés (Clara, la prima de Adela), para tocar el piano para las congregantes (pero no tan bien como para predicar o cantar), y para proseguir poco a poco su trabajo con las novicias. En noviembre ya estaba mucho mejor, aunque todavía seguía tomando leche de burra para recuperarse totalmente. Justo por aquella época, sor Dositea cayó enferma de una enfermedad muy parecida a la de sor Emanuel. (15)

Apenas se hubo recuperado, cuando se le puso a cargo de la enfermería, sucediendo en el puesto a sor Sagrado Corazón. Como su salud era tan frágil, sor Emanuel no podía visitar a todas las enfermas que quería y las hermanas novicias le ayudaban; tampoco podía realizar gran parte del duro trabajo de la enfermería. (16)

Cuando se preguntaban qué hermana iría primero a Villefranche a visitar la comunidad de sor Emilia, Adela propuso dos nombres: sor Teresa, porque era la que mejor encarnaba el espíritu del

Instituto y sor Emanuel, porque era la más cualificada para el trabajo de la Congregación. (Adela estaba enferma en ese momento.) Sin embargo, monseñor Jacoupy no permitió que fuera ninguna de las dos. Durante la enfermedad de Adela, cuando tuvo que renunciar a asistir a las reuniones de la Congregación, sor Emanuel la sustituyó, y con el aumento de novicias, su trabajo con las jóvenes hermanas se hizo más y más absorbente. No es de extrañar que en el verano de 1820 sufriera una recaída. Incluso le habían encargado (hasta agosto de 1823) el cuidado de las prepostulantes del *Petit Habit*, aunque para este trabajo contó con la gran ayuda de sor Teresa de san Agustín. (17)

Tras la fundación de Tonneins, sor Emanuel escribió varias cartas a sor Teresa y se molestó al no recibir respuesta alguna. Adela pensó que había que reprochar a la nueva superiora su indiferencia. Sor San Francisco, en Tonneins, estaba a su vez molesta con sor Emanuel porque ésta permitía que a la pequeña Eulalia (la sobrina de sor San Francisco) le enseñara una de las niñas más jóvenes de Agen en vez de una de las mayores. Cuando la propia sor Sagrado Corazón se trasladó a Tonneins, porque sor Teresa se estaba muriendo, Adela no pudo encontrar la copia del *Grand Institut* que sor Emanuel había escrito cuando todavía estaba en Burdeos. (18)

Durante el invierno de 1820-21, sor Emanuel sufrió una recaída tan seria que el padre Chaminade pensó en trasladarla a Tonneins para que la tratara el señor de Lacaussade si creía que podía ayudarla. Y escribió a su amigo que autorizaría a sor Emanuel a que permaneciera en Tonneins durante algún tiempo para organizar un internado para chicas jóvenes de clase social alta y también para dar "nuevos ímpetus" a las Damas del Retiro: podía hacer las dos cosas muy bien. (19)

Sin embargo, sor Emanuel no fue a Tonneins. A causa del escaso personal de Agen, ayudó en las clases para los pobres y sustituyó a sor Dositea como religiosa encargada de la Tercera Orden Secular. Cuando surgieron los problemas entre las señoras de la Tercera Orden, el padre Chaminade insistió en que sor Emanuel fuera amable pero enérgica con ellas. Debía explicarles el asunto en una asamblea general; si alguna de ellas no estuviera de acuerdo, podía reunirse con sor Emanuel en privado. Si la terciaria persistía en su obstinación, podía retirarse de la Tercera Orden y sor Emanuel quedaría en paz con el resultado. (20)

La fuerte escena con sor Presentación incluía directamente a sor Emanuel, probablemente porque enseñaba a las novicias y era Jefe de Instrucción. Cuando dijo que tenía que dejar el convento, sor Presentación recurrió primero a sor Luis Gonzaga, la maestra de novicias; luego a sor Emanuel, protestando, prometiendo y admitiendo sus faltas; y por último a Adela. Sucedió todo esto en enero de 1824. (21)

El siguiente mes, sor Emanuel volvió a ponerse enferma, con una grave afección bronquial que le duraría meses. La señora Belloc y sor San Vicente la sustituyeron en las reuniones de la Congregación. Tres meses más tarde ya volvía a estar en condiciones de volver a tocar el piano para las congregantes, pero todavía no podía dar las catequesis; para lo cual fue sustituida por una de las novicias, quien tuvo tanto éxito que Adela llegó a reconocer que las congregantes no echaban de menos ni a sor Emanuel ni a Adela. (22)

A pesar de su mala salud, sor Emanuel estuvo en el grupo de religiosas que formó la primera comunidad de Condom bajo la dirección de sor Encarnación. Allí dirigiría el primer internado de chicas de la misma forma que lo llevaban haciendo las tías de Adela desde 1801. A sor Emanuel se le iba a echar mucho de menos en Agen, sobre todo las congregantes y los miembros de la Tercera Orden. Sin embargo, la Congregación seguía prosperando bajo la dirección de dos jóvenes hermanas, sor Natividad y sor Teresa de san Agustín. Eran capaces de atraer a chicas jóvenes que ni siquiera habían respondido a sor Emanuel, llevándole a Adela a comentar que cualquier instrumento podía ser bueno en manos de Dios. (23)

En Condom, además de organizar, administrar y enseñar en el internado, sor Emanuel seguía interesándose por la Congregación. Aunque después de los primeros días de la llegada del grupo a Condom la clausura se guardaba muy estrictamente, Adela recordó a sor Encarnación que debería permitirse a sor Emanuel que se reuniera con las congregantes cuando fuera necesario, pero siempre con una hermana conversa. La comunidad también organizó clases para sordomudas y el padre Chaminade las animó a que siguieran, aunque aquello perturbara de alguna forma la vida del convento. (24)

Tanto el padre Chaminade como Adela mantuvieron correspondencia con sor Emanuel, animándola, aconsejándola y enviándole noticias de sus amigas. Desde luego seguían preocupados por su salud, especialmente cuando el trabajo en Condom aumentó. El padre Chaminade consideró que

sería una magnífica Jefe de Instrucción para el convento de Condom, pero necesitaría algunas ayudantes, ya que el internado y la comunidad estaban aumentando su número considerablemente. (25)

En Condom hubo fuertes tensiones entre sor Encarnación, la superiora, y sor Emanuel, la directora del internado. A sor Encarnación le costaba mucho adaptarse a su nuevo cargo; era demasiado tímida e insegura. Sor Emanuel, mejor educada y más activa, se estaba volviendo más independiente y dominante. El padre Chaminade y Adela trataron de animar y apoyar a sor Encarnación. Adela le dijo que hiciera lo que considerara correcto y que no se preocupara de lo que sor Emanuel pudiera pensar; al mismo tiempo, daría libertad a sor Emanuel para realizar su trabajo, para asesorar a algunas postulantes sin tener al lado una "hermana oyente", y para escribir a las candidatas que lo habían dejado y que necesitaban apoyo emocional. (26)

Adela tuvo unas palabras de advertencia cuando las dos hermanas intentaron acabar con sus diferencias. Les escribió que las caricias y los abrazos servían muy bien como símbolos de reconciliación o como medios de abrir los corazones que las diferencias habían cerrado; pero esas manifestaciones debían evitarse en la medida de lo posible porque podían constituir "un veneno oculto." "Debemos", decía, "amarnos los unos a los otros, pero sin demostrarlo con abrazos y tocamientos" excepto en ocasiones muy especiales. (27)

Cuando la comunidad de Condom estaba de retiro en octubre de 1825, Adela deseó para sor Emanuel "un espíritu de recogimiento y de humilde subordinación." Justo en este momento la señorita Bruite fue a Condom. Sor Emanuel ya la conocía de antes; recibiría clases de dibujo a cambio de emplearla en el internado como profesora de arte. Bruite fue la causa de muchos problemas para sor Encarnación y, más tarde, para sor Luis Gonzaga y para la propia sor Emanuel. Lo mismo ocurriría con la controvertida señorita Dardy, otra amiga de sor Emanuel, que fue al internado meses más tarde. (28)

Muy pronto surgieron diferencias entre sor Emanuel y sor Luis Gonzaga cuando ésta fue enviada temporalmente a Condom desde Burdeos. Adela escribió a ambas con la esperanza de suavizar la situación. Aconsejó a sor Luis Gonzaga oración, paciencia y ánimo; y confió en que sor Emanuel recibiera su carta con el mismo cariño con el que había sido escrita. (Al principio pensó enviar la carta a sor Luis Gonzaga para que la leyera antes de dársela a sor Emanuel, pero al final decidió enviársela directamente.) Adela aseguró a sor Luis Gonzaga que incluso los santos se hacían sufrir unos a otros; "creo que esto es lo que pasa entre ti y madre Emanuel." (29)

Otro motivo de tensión fue una sugerencia (¿de Collineau?): había que pintar un retrato de la directora del internado. A Adela le horrorizaba la idea, la encontraba "altamente irregular". Escribió a sor Luis Gonzaga para que el padre Castex (confesor habitual de la comunidad de Condom) denegara el permiso, o al menos para que escribiera a Collineau sobre este asunto. (29)

Cuando se estaba organizando la fundación de Arbois, el padre Chaminade, desde el mismo Arbois, escribió a David Monier a Burdeos sobre el personal que debía enviarse. Si se pudiera disponer de sor Emanuel durante dos o tres meses, formaría parte del grupo inicial. Estaba deseoso de tenerla en Arbois durante los primeros meses por su gran atractivo físico, su educación y maneras refinadas. Era necesario "causar sensación", para que no se comparase desfavorablemente a las Hijas de María con las Madres del Sagrado Corazón que dirigían un internado para chicas de alta sociedad cerca de Besançon. De otra forma, no podrían atraer candidatas apropiadas para el internado o para su noviciado. (31)

Mientras sor Emanuel estuviera organizando el internado en Arbois, sor Encarnación podría gozar de un poco de tranquilidad en Condom. Sor Encarnación, decía el padre Chaminade, era demasiado tímida y débil, y no sabía cómo mandar o dirigir a sor Emanuel. Y si la señorita Dardy, otra fuente de tensión para sor Encarnación, no era indispensable como sustituta de sor Emanuel en Condom, también podía ir a Arbois. Cuando sor Emanuel volviera a Condom, dejaría a Dardy a cargo del internado en el nuevo convento. (32)

Sin embargo, una semana más tarde, en otra carta a Monier, esta vez desde Nancy, el padre Chaminade reconoció que probablemente sería imposible que sor Emanuel pudiera salir de Condom, a causa del internado y de la Congregación. De hecho, aunque sor Emanuel acompañó a Adela y al resto a Burdeos, donde se juntaron todas las pioneras de Arbois, finalmente, ella no fue. Volvió con Adela a Tonneins, deteniéndose allí para pasar la noche. Al día siguiente, se volvió a ir con Adela a Port-Sainte-Marie, donde una diligencia la condujo a Condom. A las hermanas de Agen les desilusionó que

no pudiera parar allí, pero Adela les recordó que "el espíritu de clausura era más importante que las satisfacciones de la naturaleza." (33)

En Condom las cosas se calmaron. Sor Emanuel se volvió más tratable (sensata, como dijo Adela). Adela siguió alentando a sor Encarnación, asegurándole que podía motivar a sor Emanuel haciendo un llamamiento a la fe, al que, seguramente respondería. Sor Emanuel aparece en el testamento de Adela como una de sus "herederas universales." Permaneció en Condom hasta su muerte, el 18 de octubre de 1837, a la edad de cuarenta y ocho años. (34)

NOTAS:

- (1) POS.649;GJC.070.
- (2) GJC.070;071.
- (3) GJC.070;071;073.
- (4) GJC.074.
- (5) ABT.309;GJC.071;076.
- (6) ABT.310;GJC.076.
- (7) ABT.310;315.
- (8) GJC-081:086;088.
- (9) ABT.323.
- (10) ABT.323;GJC.093.
- (11) GJC.093.
- (12) GJC.093.
- (13) ABT.324;330.
- (14) ABT.335;336;349;GJC.117.
- (15) ABT.342;346;350;351;352.
- (16) ABT.352;363;370.
- (17) ABT.371;378;396;416;419;GJC.244.
- (18) ABT.453;463;491.
- (19) GJC.152.
- (20) ABT.490;GJC.262.
- (21) ABT.497;ver sor Presentación.
- (22) ABT.506;510;511;512.
- (23) ABT.522;523;528.
- (24) ABT.543.
- (25) ABT.541;565;567;580;582;GJC.322 ter.349.
- (26) ABT.588;595;614.
- (27) ABT.590.
- (28) ABT.610;614;644;652;694; ver *Adèle*, Bruite; Dardy.
- (29) ABT.621;644.
- (30) ABT.621.
- (31) GJC.413S;414.
- (32) GJC.413S;414.
- (33) ABT.683;687.
- (34) ABT.690;694;POS.373.

10. Sor Ana (Catalina Isabel Moncet)

Catalina Isabel, congregante de la Congregación de Burdeos, había nacido en América en 1780. Tras la fundación de Agen, pensó en entrar en aquella nueva comunidad. A mediados de noviembre de 1816, el padre Chaminade informó a Adela que el equipaje de Isabel sería enviado al convento en carruaje C. O. D. (treinta francos). Ella llegaría tan pronto como pudiera arreglar su viaje con alguna compañía particular. Si aquello resultaba poco práctico, llegaría en diligencia. Mientras tanto, había saldado todas sus deudas y había arreglado todos sus asuntos económicos oportunamente. Parece ser que disfrutaba de una buena situación económica. (1)

A finales de mes, Isabel ya estaba preparada para abandonar Burdeos. Tuvo un desayuno de despedida en la Magdalena con café con leche, que era lo que más le gustaba. De hecho, el padre Chaminade dijo a Adela que permitiera a Isabel seguir con su desayuno habitual varios días a la semana hasta que se acostumbrara a la dieta de Agen, sin peligro para su salud. Se le dio la bienvenida oficial a la comunidad el 2 de diciembre, asignándole el nombre de sor Ana y admitiéndola como hermana conversa. Adela tenía muy buena impresión de esta nueva candidata. Sor Ana tomó el hábito religioso con las otras pioneras la víspera de Navidad de 1816, y emitió los votos perpetuos el 25 de julio de 1817. (2)

El padre Chaminade había escrito que Isabel tenía magníficas cualidades para la vida religiosa, pero no estaba seguro de qué tarea asignarle. Sugirió que al principio se le confiaran distintos trabajos para conocer así mejor su personalidad y aptitudes. Si Adela era capaz de llegar a su corazón, estaba seguro de que podría hacer grandes cosas por Dios, por el prójimo y por su crecimiento espiritual, porque Isabel era una buena chica; respondería bien a la amabilidad y consideración. (3)

En primavera, sor Ana ya enseñaba a coser a las chicas jóvenes. Trabajaba bien y estaba bien instruida en su fe (aunque no sabía escribir). Podía enseñar al mismo tiempo religión y costura a las niñas pequeñas. Por entonces, sor Ana fue causa involuntaria de una situación embarazosa para su superiora. Parece ser que el padre Passement, un sacerdote misionero y miembro eventual de la Congregación de Agen, fue al convento para confesar a sor Ana. Le dio, bajo promesa de obediencia, algunos consejos, que no estaban totalmente en conformidad con las costumbres de la comunidad. La propia sor Ana estaba perpleja y confundida, porque no sabía cómo compaginar las dos exigencias y porque no comprendía cómo podía someterse a su superiora y al mismo tiempo seguir los consejos que le daba un confesor a quien consideraba sabio y prudente. (4)

Antes de tomar una decisión, Adela consultó prudentemente con el padre Chaminade. Éste fue rápido e incisivo en su respuesta. Aunque estaba seguro de que el padre Passement, una vez consciente del conflicto que había originado, reconsideraría su postura, el padre Chaminade aconsejó a Adela que se mantuviera firme. Tendría que advertir al padre Passement, con respeto y consideración, desde luego, que cualquier promesa hecha por una religiosa de seguir los consejos y recomendaciones de otra persona que no fuera la superiora, es un desorden. La lealtad dividida podía conducir a un cisma en la comunidad y sólo podía justificarse en casos extremos, como por ejemplo que la salvación de un alma estuviera en peligro, en cuestiones de herejía o peligro de cisma en la propia Iglesia. La religiosa, lo mismo que un marinero en el barco, debe obediencia a su capitán y no a un extraño. (5)

De esta difícil situación, el padre Chaminade sacó dos conclusiones que recomendó a Adela para el futuro. No siempre es bueno permitir a una religiosa que se confiese con alguien sólo porque es un famoso predicador; tal petición puede estar motivada por un sentimiento de orgullo o vanidad. Es más útil para la salvación confiar en alguien que conozca a la penitente, que pueda guiarla durante un largo período de tiempo y que pueda dirigirla progresivamente en la práctica de la virtud. (6)

Más aún, las superiores debían tener cuidado a la hora de elegir a los confesores y a los directores espirituales. Debían elegirlos entre aquellos que estuvieran familiarizados con la vida religiosa y las reglas. Y entre éstos, debían escoger a los que conocieran el Instituto y su espíritu. En muchos casos, añadió el padre Chaminade, el consejo que necesita una religiosa está contenido en el texto de la Regla; corresponde a superiores y confesores conocer la Regla lo suficientemente bien como para indicar los pasajes que convienen a quien los necesite. De cualquier forma, concluyó, esperaba que este problema sirviese para la mayor santificación de sor Ana. (7)

En agosto de 1817, sor Ana redactó su última voluntad y testamento, que fue enviado a Burdeos donde tenía la mayor parte de sus fondos confiados al padre Chaminade. En septiembre de

1819, la comunidad de Agen en el Refugio necesitaba urgentemente dinero para invertirlo convenientemente en el antiguo convento de los Agustinos. Adela obtuvo un préstamo de los padres Gardelle y Taillé, y pidió que el padre Chaminade le prestara dinero de los fondos del patrimonio de sor Ana para pagarles. (8)

Sor Ana cayó enferma, igual que muchas otras en el Refugio. Durante el invierno de 1819-20, enfermó varias veces y frecuentemente tuvo que guardar cama con graves casos de reumatismo. Aunque el padre Chaminade se mantuvo en contacto con sor Ana durante los primeros meses después de su llegada a Agen, con el tiempo y otras ocupaciones sus cartas fueron menos frecuentes. Adela le recordó que su silencio había herido a sor Ana y le pidió que le escribiera con más frecuencia. (9)

Muy pronto fue destinada sor Ana a la nueva comunidad de Condom (pudo incluso haber formado parte del grupo de fundadoras). Aunque tenía muy buena voluntad y trabajaba mucho, pronto se hizo necesario cambiarla de allí. Al principio, Adela pensó enviarla a Tonneins, donde podría ser portera (cargo que había desempeñado en Agen después de que sor Espíritu Santo fuera enviada a Tonneins). Sin embargo, volvió a Agen a finales de 1824. Allí siguió con su mala salud. (10)

Pero lo que en realidad preocupaba a Adela era su bienestar espiritual. Parece que el trabajo de sor Ana en la portería del convento estaba dañando su recogimiento interior y su espíritu de oración y silencio. Más aún, su lentitud en responder a la puerta provocaba la impaciencia y las quejas de algunos visitantes de la comunidad, especialmente de aquellos que llevaban regalos y artículos para las hermanas. Además tenía la costumbre, cuando ocupaba el cargo de "hermana oyente" en el locutorio, de seguir con la visita y la charla, una vez que la hermana que había recibido la visita había abandonado el locutorio (11)

A pesar de estas faltas, sor Ana tenía deseos sinceros de mejorar. Adela trató de solucionar la cuestión poniendo a otra hermana más joven en la portería, de manera que sor Ana tuviera que estar sólo por las mañanas. Tendrían que estar cerca de la puerta para contestar así con rapidez, y una postulante se encargaría de recoger los artículos que se trajeran para que ellas permanecieran en su puesto. Las visitas del locutorio tendrían un tiempo limitado, y la "hermana oyente" debería abandonarlo una vez que la visita hubiera terminado. (12)

Durante la mayor parte de 1826, sor Ana continuó su combate contra la enfermedad. En el verano, tuvo fiebre durante seis semanas y estaba agotada, aunque pudo hacer el retiro anual con la comunidad. Su mala salud siguió durante todo el año siguiente. Se le nombra por última vez en dos cartas de Adela de septiembre de 1827. Se la menciona como propietaria de una cuenta de 6.000 francos en los Agustinos, y firmó las Actas de la reunión del Consejo pidiendo al gobierno la aprobación del Instituto. A sor Ana se la menciona en el testamento de Adela, con el nombre Catalina Isabel, como una de sus "herederas universales", y se la nombra también en el testamento de la baronesa de 1831, que dejaba un cuarto de la herencia de Adela para sus hijas herederas. (13)

Sor Ana murió en Agen el 15 de noviembre de 1855.

NOTAS:

- (1) ABT.vol.2,p.605;GJC.077;139S;ABT.339.
- (2) ABT.311;GJC.078;POS.548.
- (3) GJC.077:079.
- (4) ABT.311:649;GJC.090.
- (5) GJC.090.
- (6) GJC.090.
- (7) GJC.090.
- (8) ABT.323:339.
- (9) ABT.351:366:368:437;GJC-081.
- (10) ABT.529;534:551:572:598:616: ver también *Adèle*, nota especial 161.
- (11) ABT.598.
- (12) ABT.598.
- (13) ABT.661;662;663;665;667;698;703;720;722;737;POS.356;372;373;474.

11. Sor Luis Gonzaga (María Poitevin)

María nació en Tonneins el 6 de septiembre de 1793. Era hija de un panadero. Un día entre 1808 y 1810 (tendría unos quince años), ella y una hermana suya se unieron a la Asociación. La tercera hermana, María Seurette, se hizo también asociada el 3 de junio de 1810. En verano de 1811, las tres hermanas viajaron a Burdeos para encontrarse con el padre Chaminade y la señorita Lacombe, faltando por lo tanto a la reunión anual de asociadas en Lompian; Adela lo sintió mucho. El padre Chaminade, por su parte, estaba perplejo por la timidez y aparente distancia que mostraban las jóvenes; pensaba que para entonces todas las asociadas estarían convencidas de su interés y preocupación. (1)

María estuvo, en cambio, en la reunión de Lompian de 1814, cuando las asociadas interesadas en el querido proyecto recibieron los nombres en religión. Sin embargo, no parece que estuviera entre aquellas que ya se habían comprometido con la nueva fundación religiosa, porque en una carta a Seurette en noviembre de ese año, Adela seguía confiando en que, al menos una de las hermanas Poitevin, se uniera al proyecto. En enero de 1816, cuando ya había decidido unirse al proyecto de Adela, tuvo que enfrentarse a las objeciones que ponían sus padres. El padre Chaminade tenía mucho cuidado en que sus cartas le fueran entregadas a través de Adela, sin que se enteraran sus padres. Por entonces, María tenía veintidós años. (2)

Finalmente, se superaron las dificultades, y María ingresó en la nueva comunidad del Refugio el 9 de diciembre de 1816. Tomó el hábito religioso con las demás la víspera de Navidad. El padre Chaminade siguió escribiéndole y animaba a Adela a que pusiera a María, ahora sor Luis Gonzaga, a enseñar, bajo la supervisión de sor San Vicente, en las clases gratuitas para las niñas pobres de Agen. A causa de su trabajo en las clases, no podía realizar las tareas manuales que habitualmente se exigían a todas las hermanas; la gran preocupación del padre Chaminade era que María no pudiera adquirir el espíritu de recogimiento o el silencio interior, considerado como uno de los grandes valores de las tareas manuales. (3)

Cuando en 1820 se estaba preparando la nueva fundación en Tonneins, la ciudad natal de las Poitevin, Adela deseaba que las hermanas de María se ocuparan de organizar los muebles, especialmente las camas para los dormitorios de las hermanas. Le aseguró al señor de Lacaussade que les encantaría ofrecer este servicio a la comunidad. Y unos meses más tarde, para gran alegría de Adela, la nueva comunidad recibió entre sus candidatas a la ahijada de sor Luis Gonzaga. (4)

Sor Luis Gonzaga frecuentemente tomaba nota para la comunidad de las conferencias que daba David Monier, el autor del *Grand Institut*, sobre el espíritu del Instituto. Adela se interesó especialmente por la formación de sor Luis Gonzaga para la vida religiosa, guiándola con mucho cariño y firmeza, animándola a que fuera generosa, fiel a sus talentos y al olvido de sí. Ella la guió en las épocas de desolación, aridez espiritual y sufrimiento interior. Sor Luis Gonzaga, por su parte, por gracia de Dios y por su propia personalidad, tenía una disposición especial para la santidad: mucha fuerza de voluntad y criterio muy recto y gran generosidad. (5)

Cuando sor Sagrado Corazón, la maestra de novicias de Agen, fue a Tonneins para prestar su ayuda en la última enfermedad de sor Teresa, sor Luis Gonzaga la sustituyó en el cargo. Éste sería su cargo de por vida, desempeñándolo con gran habilidad. Adela la consideraba la más adecuada para esa tarea; sor Luis Gonzaga preparaba muy bien las conferencias a las novicias y las daba también de una forma más que satisfactoria. El padre Chaminade también estaba impresionado por su sensatez y entusiasmo y aseguró a Monier que la elección de sor Luis Gonzaga como maestra de novicias había sido muy acertada. (6)

Sor Luis Gonzaga organizó bien el noviciado (no tuvo que encargarse de otras tareas como las que sor Sagrado Corazón tuvo que desempeñar) y encontró en sor Teresa de san Agustín una excelente ayuda. Las novicias, incluso las más difíciles, confiaban en ella y le pedían consejo. Ella misma era muy agradable y comprensiva. Cuando sor Presentación, después de aquella famosa escena, iba a ser despedida, sor Luis Gonzaga quiso que se le concedieran algunos días de prueba. Y cuando la comunidad y el padre Chaminade dudaban en despedir o no a sor María Ángeles (des Latourette), sor Luis Gonzaga insistió en que se la dejara vivir con las hermanas profesas, aunque todavía no hubiera hecho los votos. (7)

Adela dijo de sor Luis Gonzaga que era siempre eficiente en sus responsabilidades. El período de esparcimiento de las novicias, que estaba bajo su dirección, era de lo más ejemplar, auténtico modelo para las hermanas profesas. El padre Chaminade siguió en contacto con sor Luis Gonzaga, aconsejándola en la cuestión de la admisión de candidatas, de sus periodos de prueba, de las cualidades que debían tener: un talento superior a lo habitual y una fuerte vida espiritual serían los signos de una vocación. Si reunían estas condiciones, no se necesitan periodos de prueba demasiado largos para su admisión al noviciado. (8)

En julio de 1824, el noviciado se trasladó a Burdeos, cerca del domicilio que el padre Chaminade tenía en la Magdalena. Acompañada por Adela y su compañera de viaje, así como por el padre Chaminade y su secretario, la comunidad hizo un viaje por la parte baja del río Garona: sor Luis Gonzaga, como maestra de novicias, sor María José como superiora, doce novicias y dos hermanas conversas. Cuando regresó a sus ocupaciones del convento de Agen, Adela reconoció a sor Luis Gonzaga que envidiaba a la comunidad del noviciado, su tranquilidad y proximidad al fundador. A partir de entonces y hasta que estuvo demasiado débil para escribir, Adela mantuvo una constante correspondencia con su "querida sor Luis Gonzaga." (9)

A través de sus cartas, Adela enviaba constantemente a sor Luis Gonzaga noticias de los otros conventos -Agen, Tonneins, Condom-; su principal objetivo era consolar, estimular y guiar. En su primera carta, Adela le recomendó que levantara con frecuencia los ojos al cielo para ver la corona que les esperaba; la esperanza de obtener una recompensa aligeraría las cargas que debían soportar en este mundo. Más tarde, deseó para ella un corazón valiente y generoso. Pensaba que Sor Luis Gonzaga parecía haber sido llamada a un camino de sacrificio y le recordaba que una auténtica religiosa debía ser una víctima constantemente inmolada para gloria del Esposo celestial. (10)

Cuando sor Luis Gonzaga, ahora alejada de Agen por el tiempo y la distancia, se quejó a Adela de su soledad y desolación, la superiora le contestó empleando el duro lenguaje de la fe y el ascetismo. Llamándola "una de mis hijas mayores," Adela le escribió: "Valor, hija mía, el Señor utiliza varios caminos; el tuyo es el de la fe desnuda." Los consuelos que Dios le daría merecerían la pena mucho más que los que podían ofrecerle los humanos; pero tenía que ser generosa y no buscarse a sí misma ni siquiera en las cosas santas. "Nuestros pobres corazones siempre están buscando apegarse a algo... Dejemos que sea sólo a Dios." En cuanto a sus relaciones personales, Adela le recordó las palabras que san Francisco de Sales pronunció en una situación similar: "¿Cómo puedo ser yo objeto de tu apego, cuando únicamente soy bueno si logro conducirte al desprendimiento?" (11)

Adela recomendó a la maestra de novicias que tuviera paciencia con los defectos y fallos de las novicias. Su tarea era formar esposas para el Cordero y misioneras para que continuaran su trabajo en el mundo; y ésta era una tarea de paciencia y oración. No debía confiar demasiado en su capacidad. Al igual que un buen jardinero, debía aprender a plantar y regar, y cuando fuera necesario, a cortar y desechar; pero el crecimiento de las plantas buenas era siempre obra del propietario divino. Sin embargo, al mismo tiempo, no debía descuidar su propio crecimiento espiritual, sino esforzarse con entusiasmo y generosidad. "Entreguémonos totalmente a las tareas de la gracia," escribía en su felicitación de año nuevo de 1825. "No más desgana a la hora de dar; no guardemos nada para nosotras, sino que todo sea para Dios en la vida y en la muerte." Después de todo, ésta es la naturaleza de la vida religiosa, "estar en estado penitencial y cualquiera que se separe de esto es el fantasma de una religiosa." (12)

En enero de 1825, Adela envió a sor Luis Gonzaga detalles de la muerte de sor Teresa de san Agustín, que había sido su ayudante cuando el noviciado estaba en Agen. Un poco más tarde, como la cuaresma estaba cerca, planteó un reto a su anterior asociada, igual que había hecho otras veces en el pasado: "Veamos quién de nosotras renuncia más a su propia voluntad." Sor Luis Gonzaga debía inculcar este mensaje a sus novicias, pero con paciencia y siendo comprensiva con sus limitaciones. "Sería una ilusión pretender tener gente perfecta." Incluso las personas con muchos fallos pueden llegar a ser buenas religiosas si verdaderamente quieren mejorar y están dispuestas a poner los medios, aunque les cueste mucho. "Seamos santas," continuó, "y haremos mucho." (13)

Como se acercaba el mes de mayo, Adela compartió con sor Luis Gonzaga su amor a María con la esperanza de que el noviciado viviera ese mes de forma especial. (Éste sería su primer mayo allí). Era muy importante que las novicias entendieran el lugar que ocupaba María en sus vidas y en el Instituto y que creciera su devoción hacia ella. "Somos tuyas," insistió Adela. "No podremos agrandar a nuestro Esposo del cielo si no amamos a la Madre a quien Él quiso tanto." En esta misma carta Adela

anunciaba a sor Luis Gonzaga que iba a escribir una "historia del Instituto." Dos años y medio después envió una copia a sor Luis Gonzaga. (Desgraciadamente no se conserva ninguna copia de este trabajo). (14)

Adela seguía alentando a sor Luis Gonzaga en sus dificultades interiores, recomendándole humildad y vigilancia. Debía dejar que Dios fuera su único consuelo. Sería una especie de muerte dolorosa a la naturaleza, pero preciosa a los ojos de la fe: "una vida interior, una vida de fe, una vida oculta en Dios, es la vida que mi querida sor Luis Gonzaga debe llevar." Adela estaba convencida de que las dificultades que experimentaba la maestra de novicias le ayudarían a entender las dificultades de las novicias. Adela compartió con ella su sufrimiento cuando sor San Vicente estuvo enferma y su miedo a perder a la última de las pioneras y tener que quedarse sola con las más jóvenes. Sor Luis Gonzaga continuó aprendiendo de sus experiencias y el padre Chaminade estaba muy satisfecho de su trabajo como maestra de novicias. De hecho, cuando algunas de las novicias pasaron por momentos de dudas e indecisión, las enviaba a sor Luis Gonzaga para que las iluminara y tranquilizara. (15)

En Condom, sor Encarnación estaba teniendo serias dificultades en su cargo de superiora. Durante el verano de 1825, el padre Chaminade estuvo considerando la idea de enviar a sor Luis Gonzaga allí como Jefe de Celo de la comunidad. Adela, lejos de poner objeciones a la proposición, dijo a sor Encarnación que aquél sería un gran regalo para la comunidad de Condom. De hecho, sor Luis Gonzaga fue a Condom en agosto y permaneció allí hasta octubre de 1826. Inmediatamente después de su traslado, Adela escribió a las novicias de Burdeos (ahora bajo la responsabilidad directa de sor María José, ayudada por sor Estanislao) para consolarlas por su pérdida. La marcha de sor Luis Gonzaga era una lección práctica de lo que se les había enseñado: destinadas a ser misioneras, debían ser generosas y capaces de hacer grandes sacrificios, debían estar preparadas para el momento de recibir la noticia de marchar adonde la obediencia les requiriera para la gloria y salvación del prójimo. (16)

Adela también escribió a sor Encarnación a Condom, anunciándole que recibía una magnífica Jefe de Celo, que también podía ser su consejera más cercana. Adela dijo que sor Luis Gonzaga era la Regla viva y probablemente la mejor religiosa del Instituto. Sería un gran apoyo para sor Encarnación, y además podía ayudar en las catequesis para los pobres. Sor Encarnación podía contar con sor Luis Gonzaga, podía confiar en ella para cualquier cosa. Pero no debía sobrecargarla de trabajo. (17)

Cuando se fueron de Burdeos, sor Luis Gonzaga y otra compañera de viaje, se detuvieron en el convento de Tonneins. Allí, sor Luis Gonzaga y sor Sagrado Corazón tuvieron tiempo de discutir algunas cuestiones sobre las finanzas de las Poitevin y además intercambiaron algunas ideas acerca de los métodos de oración mental que podían utilizarse en sus respectivas comunidades. Las viajeras siguieron hasta Agen, adonde llegaron sanas y salvas el viernes, 19 de agosto a las 2:00 de la tarde. Durante su breve estancia allí, sor Luis Gonzaga tuvo oportunidad de reunirse con Adela para tratar algunos asuntos de interés común. A la mañana siguiente, sor Luis Gonzaga y su compañera siguieron el viaje a Condom, llevando con ellas a sor Juliana, que también había sido destinada a aquella casa. (18)

Adela esperó con impaciencia la primera carta de sor Luis Gonzaga desde Condom. Por lo que parece, la nueva Jefe de Celo se encontró con muchas más dificultades de las que le habían señalado. Adela le dio ánimos y le recordó que "cualquiera que sea el lugar donde la Providencia nos sitúa, también nos concede una inmensa gracia para nuestra salvación." Dados los problemas que había en Condom entre sor Encarnación, la superiora, y sor Emanuel, directora del internado, sor Luis Gonzaga tuvo que hacer también de mediadora y pacificadora. (19)

Su primer trabajo consistió en establecer una clara separación entre el internado y el convento, tanto para el recreo como para las oraciones. A Adela le preocupaba que algunas hermanas no educaran a las internas como debían, por lo que sor Luis Gonzaga tuvo que trabajar además con sor Emanuel para garantizar que el internado fuera dirigido según el espíritu del Instituto, "para formar jóvenes cristianas," porque las hermanas estaban obligadas a hacerlo por sus votos. Adela también le aconsejó en este asunto. "Procura que el estudio de la religión y de la virtud sea la materia preferida por las alumnas; procura que desprecien las vacías vanidades." Era especialmente importante empezar con buen pie ya que Condom tenía el primer internado del Instituto. (20)

Al mes de llegar sor Luis Gonzaga, la comunidad tuvo su retiro anual, dirigido por el padre Collineau. Al final del retiro, sor Juliana tomó el hábito. Adela pidió a sor Luis Gonzaga que amara a Jesús, y que viera quién de ellas podía amarle más: "Él es nuestro Maestro, nuestro Esposo, nuestro

Todo." En una carta a sor Encarnación, deseó una gracia especial del retiro para cada una de las hermanas. Para sor Luis Gonzaga era el espíritu de generosidad y la negación de sí. Y, para asegurar que sor Encarnación tuviera tiempo para sí misma durante el retiro, sor Luis Gonzaga se hizo cargo de algunas de sus responsabilidades. (21)

Por lo que parece, el retiro de Collineau tuvo gran éxito y la comunidad quedó muy satisfecha. Sor Luis Gonzaga escribió a Adela una carta muy entusiasta, asegurándole que el retiro había resultado una bendición para la comunidad y le transmitió toda la admiración y el aprecio de las hermanas por el joven sacerdote de la Compañía de María. Adela estaba muy agradecida por las gracias que había recibido la comunidad a través del predicador del retiro, pero también advirtió a las hermanas que no confundieran al mensajero con el mensaje. Sería mejor "hablar menos del hombre y más de la divina palabra que anunciaba... Olvidar al ministro pero no olvidarse de lo que había dicho; admirar en él el instrumento de Dios y sólo ver eso. (22)

Además de intentar apoyar a la vacilante sor Encarnación en el cargo de superiora, sor Luis Gonzaga estuvo a menudo reñida con la voluntariosa sor Emanuel. Adela le recordó que muchas veces los santos son causa de sufrimientos los unos para los otros; ella pensaba que esto era lo que ocurría entre sor Emanuel y sor Luis Gonzaga. Ambas eran sinceras y santas, pero ambas se sacaban de quicio. Sor Luis Gonzaga se desanimaba en sus esfuerzos por llevar más paz y armonía a la comunidad. Adela le regañó fuertemente: "Fuera la tristeza, hija mía. Es una tentación muy peligrosa. Esfuérzate más bien por conseguir una alegría santa. El abandono a la voluntad divina te ayudará; ésta debería ser tu virtud preferida." Adela dijo que sor Luis Gonzaga, como Jefe de Celo, tenía a su disposición tres magníficos medios para influir en la comunidad: oración, mucha oración; discretas sugerencias; evitar los respetos humanos y el desánimo. (23)

Poco a poco, sor Luis Gonzaga pudo informar de una mejora en sus relaciones con sor Emanuel y con el internado en general. La señorita Bruite, a causa de algunas desavenencias en la comunidad, se quedó prácticamente sola con las internas. Hubo que tratarla con delicadeza pero firmemente; y Adela esperaba que la señorita Bruite no volviera al internado después de las vacaciones. Aunque sor Luis Gonzaga estaba de alguna manera desilusionada con ciertos hechos de Condom, Adela le recordó que durante el invierno era muy difícil que algunas congregantes pudieran asistir a las reuniones. Las cosas mejorarían con el buen tiempo; mientras tanto, "no tratemos de hacer más de lo que Dios quiere." (24)

A principios de 1826, mientras se hacían los preparativos para la visita del padre Chaminade, sor Luis Gonzaga tuvo que encargarse de preparar los informes sobre los tres oficios: cómo se había llevado a cabo cada uno de ellos, y cómo vivía cada hermana en particular los tres objetivos del Instituto. Adela se dio cuenta de que estaba pidiéndole un gran trabajo e intentó suavizar su exigencia con esta introducción a su carta: "Aunque te esté escribiendo en un trocito de papel, en mi corazón no hay ni mucho menos tan pequeño espacio para ti. Mi querida sor Luis Gonzaga es una de mis mayores." Y concluía su petición diciendo: "¿No estamos consagradas a la gloria de Dios? Nuestro tiempo es suyo; dejémosle que disponga de él como quiera." (25)

En marzo, Adela comunicó a sor Luis Gonzaga ("sólo entre nosotras") algunos detalles acerca de su salud. Reconoció que sentía un debilitamiento general; tenía fiebre constantemente; se mareaba y era incapaz de hacer las cosas con la serenidad que su cargo requería. Pidió a sor Luis Gonzaga que rezara por ella, sobre todo "porque no me deje llevar por la impaciencia y la puerilidad, que es mi estado habitual cuando estoy enferma." (26)

En esa misma carta, Adela puso en guardia a sor Luis Gonzaga contra un excesivo examen de sí misma, que fácilmente le conduciría a un estado de escrúpulo en su vida espiritual. Y es que a sor Luis Gonzaga le preocupaba el que, quizás, no estuviera siendo lo suficientemente severa con sor Emanuel por miedo o por propio interés. "Prudencia," insistió Adela, "sobre todo prudencia. "No era necesario corregir cada error que uno veía ni atribuirlo a una falta de motivación para corregirlo. Hay veces que es mejor pasar por alto los errores; otras hay que intervenir. Pero siempre con prudencia, ¡y sin demasiado autoanálisis! (27)

Cuando sor Luis Gonzaga se detuvo en Agen, conoció a Naïs Lafourcade, de diecisiete años, que deseaba ser religiosa. Sus padres le habían obligado después a marcharse, a pesar de sus lágrimas. Al encontrarse en una situación espiritual muy difícil, la joven suplicó que le dejaran volver al convento. Sus padres se negaron. Sin embargo, al final consintieron en que entrara en el internado de Condom. Adela pidió a sor Luis Gonzaga que le dedicara una atención especial, que le autorizara

(dada su edad) a no llevar el uniforme completo de las internas, y que le permitiera formar parte de vez en cuando de los ratos de recreo de las hermanas. Adela tenía la esperanza de que algún día Naïs se hiciera religiosa. (28)

Cuando el padre Chaminade estaba preparando la lista del personal para la nueva fundación de Arbois, estaba claro que a sor Luis Gonzaga la cambiarían de Condom. Lo primero que tuvo que hacer Adela fue apoyar a sor Encarnación, que sentía pánico ante la idea de que sor Luis Gonzaga se fuera de su comunidad. "Si Dios desea utilizar a la madre Gonzaga," le reprendió Adela, "para la salvación de muchas almas y tú haces este sacrificio con generosidad; te recompensará cien veces." Y a sor Luis Gonzaga: "Dios quiere usarte. Humíllate bajo su poderosa mano." (29)

En aquellos momentos, sor Encarnación estaba enferma, así que Adela pidió a sor Luis Gonzaga que la sustituyese durante el poco tiempo que le quedaba de estar allí. Por eso, sor Luis Gonzaga hizo las veces de superiora y Adela consultó con ella muchas cuestiones que afectaban a la comunidad: el jardinero no debía hospedarse en el convento, aunque las hermanas ahorraran algo de dinero con ello; el dinero para misas no debía utilizarse para pagar las deudas; era mejor contraer algún préstamo si era necesario; las alumnas del internado no debían estar en el patio sin vigilancia, porque entre ellas había algunas de mal carácter. Adela añadió que le hubiera gustado enviar más personal a Condom, pero era imposible con la nueva fundación de Arbois. (30)

Mientras tanto, continuaban los problemas de sor Luis Gonzaga con la señorita Bruite. Además, la señorita Bruite mostraba deseos de entrar en la comunidad; sor Luis Gonzaga hubiera preferido despedirla del colegio. Adela estaba de acuerdo en que a la señorita Bruite no podía admitírsele de ninguna manera en la vida religiosa. Por otro lado, despedirla a mitad de curso no sólo no hubiera sido justo, sino que además daría mala fama al colegio. Sin embargo, podía despedirla a final de curso. En cuanto a sor Emanuel, sor Luis Gonzaga tendría que continuar siendo paciente con sus defectos. Adela le aconsejó que no se fijara tanto en sus faltas. "Aguantemos el mal pequeño que no puede evitarse para evitar uno mayor." (31)

Sor Luis Gonzaga propuso que se permitiera a dos jóvenes novicias de Condom -sor Josefina y sor Juliana- volver a la casa materna de Agen para emitir sus votos; y que no se admitiera a sor Magdalena a la renovación de sus votos. Adela estaba de acuerdo con esto último, pero no en la cuestión de la vuelta de las dos novicias a Agen, alegando que su comunidad no era lo suficientemente recogida o edificante para compensar los inconvenientes que llevaba consigo el viaje. (32)

A principios de octubre (1826), cuando el personal proyectado para Arbois se reunió en Burdeos, sor Luis Gonzaga dejó Condom para volver de nuevo a Burdeos. Sor Santa Foy la sustituyó en el cargo de Jefe de Celo. A su paso por Tonneins, sor Luis Gonzaga se unió a sor Eulalia (Clotilde Saubeau) que estaba a punto de iniciar su noviciado. Sor María José se iba de Burdeos para dirigir la nueva comunidad de Arbois, y sor Luis Gonzaga fue nombrada superiora además de maestra de novicias en la casa de Burdeos. (33)

También Adela había ido a Burdeos para preparar el grupo de Arbois, dándoles una serie de conferencias durante el retiro. A su vuelta a Agen, escribió a sor Luis Gonzaga desde Tonneins informándole de los detalles del viaje (estuvo enferma durante todo el viaje). Pero, sobre todo, le dio ánimos para cumplir con sus nuevas responsabilidades. El Señor que le había dado esa carga, también le concedería la manera de llevarla a cabo. Sor Luis Gonzaga tenía que tener paciencia, igual que el propio Jesús: debía educar a sus hijas lo mismo que una madre. Sobre todo, debía mantener la calma. Adela le citó el dicho de san Francisco de Sales: "No hay nada que agríe más la leche de una madre que la falta de tranquilidad." (34)

Inmediatamente después de su llegada a Agen, Adela escribió de nuevo recomendando a sor Luis Gonzaga que las novicias se esforzaran en la oración, en el estudio y en el trabajo para alcanzar los tres objetivos del Instituto y así lograr la gloria de Dios y el honor de María. "Que conserven, añadió, la exquisita educación inculcada por sor María José y la auténtica caridad. Que crezcan en su devoción a María y que todo lo hagan en su nombre." (35)

Con el padre Chaminade tan ocupado y Monier tan lento contestando cartas, sor Luis Gonzaga se convirtió en intermediaria entre los conventos de la parte alta de la cuenca del río y el padre Chaminade. Si en Tonneins, sor Sagrado Corazón necesitaba una respuesta rápida, se le decía que escribiera a sor Luis Gonzaga, lo mismo que hacía la propia Adela cada vez con más frecuencia. Además, con la nueva fundación, había más necesidad de buenas directoras para los distintos oficios.

A sor Luis Gonzaga se le encargó que las preparara en el noviciado, entrenándolas en las responsabilidades de los oficios. (36)

A mediados de diciembre, cuando las novicias estaban en Burdeos preparándose para recibir el hábito, Adela recordó a sor Luis Gonzaga el momento en que ellas tomaron el hábito once años antes. ¿Cuántos progresos habían hecho desde entonces? ¿Cuántas faltas habían superado? ¿Cuánta virtud habían desarrollado? Y como regalo de año nuevo envió al noviciado un precioso reloj, que les ayudaría a ser más puntuales. (38)

La noticia de la fatal enfermedad de sor María José, justo después de su llegada a Arbois, fue un duro golpe para Adela. Enseguida informó a sor Luis Gonzaga, pidiéndole mayor fidelidad a ella y a su comunidad. En esa misma carta, felicitó el año nuevo a las novicias, con la esperanza de que 1827 trajera más candidatas capaces de desempeñar la tarea de dar a conocer a Jesús y María. (38)

Cuando Adela se puso gravemente enferma, el padre Chaminade mandó, en enero de 1827, que todos los conventos ofrecieran sus oraciones por su recuperación. Sor Luis Gonzaga fue la destinataria de la orden y se le pidió que enviara una copia al nuevo convento de Arbois. Cuatro meses más tarde, Adela estaba de nuevo en condiciones de escribir a sor Luis Gonzaga e informarle de su estado, que era muy débil. Sin embargo, había supuesto una gran gracia haber vivido tan de cerca el misterio de la cruz. Y Adela añadió que, ahora que ella incapaz de dirigir a la comunidad, Dios tenía que hacerlo todo. (39)

A pesar de su enfermedad, Adela siguió estando al tanto de todo lo que ocurría y siguió comunicando a sor Luis Gonzaga noticias de los conventos. Le preocupaba que los hermanos de Agen no comieran lo suficientemente bien. Las hermanas les enviaban comida, pero era muy escasa. ¿Podría sor Luis Gonzaga consultar con el padre Chaminade qué debían tomar? "Quien trabaja, debe comer", afirmaba Adela, "y tiene que cuidar su salud." Adela envió noticias acerca de la terrible inundación que sumergió gran parte de Agen, la iglesia, la bodega y las aulas del convento. Había sido la peor inundación de los últimos cincuenta años. Y después, la triste noticia de la muerte de sor Trinidad, quien hacía menos de un año había dejado Burdeos para ir a Tonneins. Fue a sor Luis Gonzaga a quien Adela confesó que sus tres comidas consistían en tomar un poco de leche, y que entre las tres le llevaba unos quince minutos; irónicamente añadió: como ves, estoy ahorrando tiempo. (40)

A Adela le seguía preocupando la formación de las hermanas jóvenes. Dijo a sor Luis Gonzaga que el noviciado debía ser un semillero de misioneras destinadas a hacer que se amara a Jesús y a María. A las novicias debía animarlas el entusiasmo por vivir para gloria de Dios; pero también debían aprender una doctrina sólida. En respuesta a las peticiones de sor Luis Gonzaga, Adela envió copias de las normas de los tres oficios (dos de las copias estaban tan viejas que suplicó a sor Luis Gonzaga que hiciera otras nuevas). De nuevo, haciendo hincapié en la importancia de que hubiera buenas Jefes de oficios, Adela pidió a la maestra de novicias que las educara en la caridad, bondad y humildad. (41)

Adela, que iba entrando en los últimos meses de su vida, comunicaba a su querida sor Luis Gonzaga noticias sobre su estado: su salud iba a peor; estaba condenada a completo reposo y a ingerir muy poca comida; no se le permitía levantarse de la cama antes de las 11:00 y después debía quedarse sentada en un sillón. Pedía oraciones para que la enfermedad, con todas sus molestias, fuera para su bien espiritual. Pero también estaba preocupada por la salud de la propia sor Luis Gonzaga, prohibiéndole que tomara sopa de berza, insistiendo en que se levantara y acostara según el horario de la casa, recomendándole que comiera más despacio. "Trabajemos incesantemente," escribió Adela dos meses antes de su muerte, "para gloria de nuestro Esposo Celestial: vosotras, trabajando; y yo, sufriendo. Intentemos vivir por la fe." (42)

En su última carta a sor Luis Gonzaga, el 21 de noviembre de 1827, Adela siguió tratando algunas cuestiones personales. Reconoció que su salud no mejoraba. En aquella carta, sor San Vicente añadió su propia posdata: "Reza y haz que las otras recen también por nuestra buena Madre. Está muy enferma; se está muriendo. Dudo que resista el invierno." (43)

Sor Luis Gonzaga siguió con sus funciones como maestra de novicias en Burdeos hasta que el noviciado se trasladó de nuevo a Agen cuando estalló la Revolución de 1830. Tres años más tarde, habiendo sido sustituida en su cargo de maestra de novicias por sor Teresa de san Agustín, fue destinada a Condom como superiora, llegando justo a tiempo para predicar en el retiro anual de las hermanas. Al cabo de tres años volvió a Agen. En 1839, a pesar de su delicada salud, emprendió un largo viaje a Acey, cerca de Arbois, para tomar de nuevo el cargo de maestra de novicias. Algunos

meses más tarde, el 25 de septiembre de 1839, murió con cuarenta y cuatro años de edad y veintitrés de profesión religiosa. (44)

NOTAS:

- (1) POS.341;ABT.124:160:GJC-044.POS.409 dice que las tres hermanas estaban entre las asociadas cuyos nombres fueron enviados a Burdeos en 1808; ¿por que no aparecen en las listas de asociadas de la POS.091-092?
- (2) GJC-062:ABT255: ver también *Adèle*, nota especial 71.
- (3) GJC.081;084;096S.
- (4) ABT.400;431;432;433.
- (5) ABT.450;ROU.643.
- (6) ABT.486;487;489;GJC.257.
- (7) ABT.486;487;490;491:492:497:503.
- (8) ABT.503:GJC.291.
- (9) ABT.519:522:528:542:551:735:GJC.304-
- (10) ABT.519:528.
- (11) ABT.533.
- (12) ABT.539:551:556:ver también ABT.651.
- (13) ABT.560:562:570.
- (14) ABT.574.720.
- (15) ABT.577:584:591:ROU.501.
- (16) ABT.588:597:GJC.349.
- (17) ABT.599.
- (18) ABT.599:600:603;609.
- (19) ABT.605.
- (20) ABT.605.
- (21) ABT.608:610.
- (22) ABT.611.
- (23) ABT.621:644.
- (24) ABT.621:630:644.
- (25) ABT.639.
- (26) ABT.644.
- (27) ABT.644.
- (28) ABT.651.658.
- (29) ABT.664:666.
- (30) ABT.669:673.
- (31) ABT.674.
- (32) ABT.674.
- (33) ABT.682;GJC.414.
- (34) ABT.684.
- (35) ABT.685:688.
- (36) ABT.689:690:692:703;713;715;716;717;727.
- (37) ABT.698.
- (38) ABT.702.
- (39) ABT.704;GJC.427.
- (40) ABT.706:708:709;711.
- (41) ABT.711:713:717.
- (42) ABT.723:725:726;730:733.
- (43) ABT.735.
- (44) RMS.021-035:ROU.730.